

MINOTAURO 8

Jorge Luis Borges
Ursula K. Le Guin
J. G. Ballard
Mario Levrero
Cordwainer Smith
Ana Maria Shua
Philip K. Dick
Pablo Capanna
Angelica Gorodischer



«Almas»

21

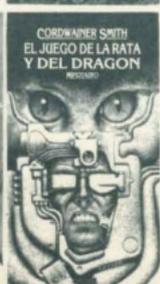
73

2711

AI-CV

66

LOS CLASICOS



INDICE

- 2 *Minotauro 8*
- 5 *Etcétera*
- 9 JORGE LUIS BORGES *Los caminos de la imaginación*
- 11 ÚRSULA K. LE GUIN *Rey de Invierno*
- 29 ÚRSULA K. LE GUIN *Dualismo y sexualidad*
- 37 MARIO LEVRERO *Capítulo XXX*
- 53 J. G. BALLARD *Salvador Dalí (el inocente como paranoide)*
- 63 ANA MARÍA SHUA *Más sueña*
- 67 PABLO CAPANNA *El desafío intelectrónico*
- 79 PHILIP K. DICK *Desayuno en el crepúsculo*
- 93 ANGÉLICA GORODISCHER *Belleza rubia para secundar a héroe, se necesita*
- 99 CORDWAINER SMITH *Los miniños de Mamá Hitton*
- 116 CARLOS GARDINI *Libros: Naves de la imaginación*
- 121 PABLO CAPANNA *Libros: Cinco prólogos para una biblioteca inexistente*
- 125 ÁNGEL FARETTA *Cine: El cine como voluntad y representación (II)*

Director: MARCIAL SOUTO

Diseño gráfico: SERGIO PEREZ FERNANDEZ

Corrección: ELVIRA IBARGÜEN

Publicidad: NORBERTO PAGANELLI

Ilustración de la tapa: OSCAR CICHIONI



Ediciones Minotauro

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Ursula Kroeber Le Guin (Berkeley, California, 1929) es tal vez la más notable de todas las escritoras de ficción especulativa. Dos de sus novelas, *La mano izquierda de la oscuridad* (premios Nebula y Hugo) y *Los desposeídos* (premios Nebula, Hugo y Jupiter) son auténticas obras maestras. La semilla de la primera (que acaba de ser reeditada por Minotauro) está en "Rey de Invierno", el relato que presentamos hoy. Así lo explica la autora en su primera colección, *The Wind's Twelve Quarters*:

"Cuando escribí este cuento, un año antes de empezar *La mano izquierda de la oscuridad*, no sabía que los habitantes del planeta Invierno o Gueden eran andróginos. Cuando el cuento se publicó sí lo sabía, pero era demasiado tarde para enmendar tratamientos tales como "hijo", "madre", etcétera.

"Muchas feministas se han sentido ofendidas por *La mano izquierda de la oscuridad* porque allí a los andróginos se los llama "él" todo el tiempo. En la tercera perso-



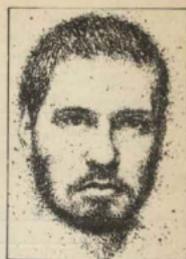
Le Guin



Borges



Capanna



Dick

na del singular, el pronombre genérico del inglés equivale al pronombre masculino. Algo sobre lo que vale la pena reflexionar. Y es una trampa sin salida, porque la exclusión del femenino (ella) y el neutro (ello) del genérico masculino (él) vuelve el uso de ambos más específico, más injusto, si cabe la cuenta que el uso de "él". Y los pronombres inventados como "ela", "ella" etcétera me parecen pesados y fastidiosos.

"Al revisar el cuento para esta edición, vi la oportunidad de reparar ligeramente esa injusticia. En esta versión uso el pronombre femenino para todos los guedenianos, conservando algunos títulos masculinos como rey y señor para recordarnos que existe una ambigüedad. Esto quizá saque de las casillas a algunos no feministas, lo que también es justo.

"La androginia de los personajes tiene muy poco que ver con el trama del cuento, pero el cambio de pronombre no deja dudas de que la relación central, paradójica,

entre madre e hija no es, como puede haber parecido en la otra versión, una especie de Edipo al revés sino algo menos familiar y más ambiguo."

En el artículo "Dualismo y sexualidad", Ursula Le Guin cuenta cómo escribió la novela, concebida casi como un experimento científico.

Mario Levero (v. *Minotauro* 2) vuelve a estas páginas con "Capítulo XXX", la historia de un extraño viajero y una aún más extraña metamorfosis.

Ana María Shua (v. *Minotauro* 1 y 6) acaba de publicar su cuarto libro, *La sueñera*, una admirable colección de textos fantásticos breves. Al mismo ciclo pertenecen los que ofrecemos en este número.

Philip K. Dick (v. *Minotauro* 3) escribió "Desayuno en el crepúsculo" (sobre el violento choque de dos tipos de realidad) hace treinta años, pero hoy es tal vez más dramático y más actual.

Cordwainer Smith, a quien Pablo Capanna ha dedicado un minu-

cioso estudio (*El Señor de la Tarde*, Sudamericana, 1984) nos muestra en "Los niños de Mamá Hitton" las terribles defensas de Norstrilia, el planeta más rico del universo, y tal vez el último esfuerzo por eludirlas. Según el autor, este cuento es una versión de "Ali Babá y los cuarenta ladrones".

Jorge Luis Borges, en un texto compuesto especialmente para *Minotauro*, define los principales caminos de la literatura fantástica.

J. G. Ballard, en "Salvador Dalí (el inocente como paranoide)", repasa la obra de un auténtico genio de nuestro siglo, y su innegable relación con la ficción especulativa.

Pablo Capanna, en "El desafío intelectual", reflexiona sobre los cerebros de silicio que sucederán a los de los hombres.

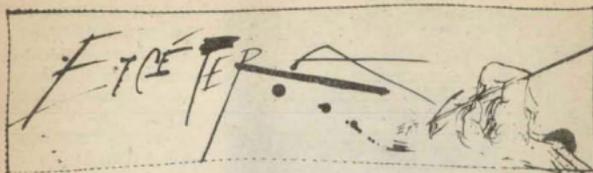
Angélica Gorodischer, en "Belleza rubia para secundar a héroe, se necesita", ataca uno de los puntos más débiles de la ciencia ficción.

Carlos Gardini describe dos libros cuyos imágenes abarcan el

universo, y **Pablo Capanna** se mete en los laberintos de la última traducción de Stanislav Lem. **Ángel Faretta** vuelve al cine como voluntad y representación.

Oscar Chichoni, autor de la cubierta de este número, nació en 1957 en Corral de Bustos, provincia de Córdoba. Autodidacta, fue dibujante de historietas e ilustra-

dor publicitario. Sus ilustraciones de portadas de libros y revistas han aparecido en la Argentina y en España, y acaba de realizar su primera exposición.



Recuerdos del imperio

La publicación en setiembre del último libro de J. G. Ballard, *Empire of the Sun* (El imperio del sol), una novela autobiográfica contada en tercera persona, se ha convertido en un acontecimiento editorial en Inglaterra: el editor Victor Gollancz (informa la revista *Locus* en su número de noviembre) presentó este libro al público con el tratamiento normalmente reservado para los bestsellers: una fiesta de lanzamiento, dos ediciones antes de la distribución, y una insólita campaña publicitaria. *The Times* publicó tres fragmentos, y casi todos los medios se han ocupado del libro. *Empire of the Sun* es uno de los seis candidatos al prestigioso premio Booker (comparable al Pulitzer o al National Book Award de los Estados Unidos), y aparentemente el que tiene más posibilidades de ganarlo. El Booker va acompañado (además del prestigio) por una suma de quince mil libras esterlinas y

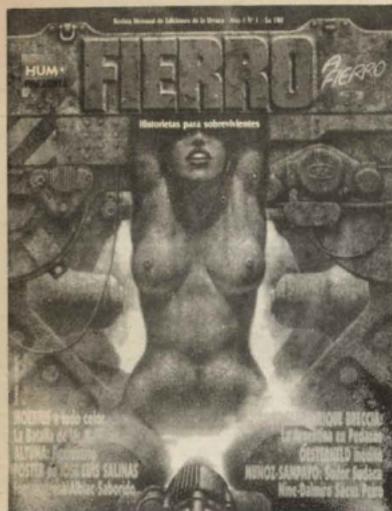


Ballard

por un espectacular incremento en las ventas del libro. El editor norteamericano Simon & Schuster pagó un anticipo de 75.000 dólares por los derechos de publicación de esta obra en su país. Curiosamente, los dos libros anteriores de Ballard no habían encontrado editor en los Estados Unidos. *Empire of the Sun* cuenta de algún modo las experiencias de Ballard en Shan-

gai durante la ocupación japonesa en la Segunda Guerra Mundial.

"Leer *Empire of the Sun* (escribe Dan Chow en el número de julio de *Locus*) es encontrar en su forma primera, y más destilada, las imágenes y las visiones que aparecen una y otra vez en los cuentos y las novelas de Ballard. El extraño animal negro, con caparazón, que aparece en "Las voces del tiem-



po", es una tortuga, la mascota de Jim en la prisión. Los paisajes urbanos devastados, los aeródromos, los aviones destrozados, y otros desperdicios militares e industriales, los moradores de los departamentos de *Rascacielos*, el automovilista abandonado de *La isla de cemento*... Todo eso parece creado directamente como resultado de las experiencias evocadas en *Empire of the Sun*."

Una nueva revista

Dirigida por Juan Sasturain y diseñada por Juan Manuel Lima,

apareció en setiembre el primer número de *Fierro*, una lujosa revista de historietas, artículos y experimentos gráficos. Las cubiertas de los primeros números pertenecen a Oscar Chichoni, y adentro encontramos nombres como Moebius, Altuna, Breccia, Piglia, Nine, Muñoz, Sampayo, Fontanarrosa, Viñas, Faretta, Gandolfo, etcétera.

El Hugo

El domingo 2 de setiembre, durante el banquete de la 42ª Convención Mundial de Ciencia Ficción reunida en Anaheim, Califor-

nia, fueron entregados los premios Hugo correspondientes a los mejores títulos publicados durante 1983. Estos son los ganadores:
Novela: *Starline Rising*, de David Brin.

Novela corta: "Cascade Point", de Timothy Zahn.

Cuento largo: "Blood Music", de Greg Bear.

Cuento corto: "Speech Sounds", de Octavia Butler.

David Brin y Greg Bear habían obtenido el premio Nebula 1984 por las mismas obras.

El World Fantasy

La décima Convención Mundial de Fantasía tuvo lugar en Toronto, Canadá en el mes de octubre, y premió las siguientes obras:

Novela: *The Dragon Waiting*, de John M. Ford.

Cuento largo: "Black Air", de Kim Stanley Robinson.

Cuento corto: "Elle Est Trois (La Mort)", de Tanith Lee.

Por el conjunto de su obra fueron también premiados L. Sprague de Camp, Richard Matheson, E. Hoffman Price, Jack Vance y Donald Wandrei.

El Cimoc

La revista española de historietas *Cimoc* entregó el 27 de junio sus "premios de narrativa fantástica 1984".

Ciencia Ficción

Novela (empate): *Los desposos-*

dos, de Ursula K. Le Guin, y *Rascacielos*, de J. G. Ballard. Antología: *Visiones peligrosas*, de Harlan Ellison. Relato: *Desierto*.

Fantasía

Novela: *Un mago de Terramar*, de Ursula K. Le Guin. Antología: *Desierto*. Relato: "El dios gris pasa", de Robert E. Howard.

Terror

Novela: *Sueño de Fevre*, de George R. R. Martin. Antología: *Desierto*. Relato: *Desierto*. Mejor colección: *Minotauro*. Mejor revista: *Desierto*. Mejor fanzine: *Tránsito*, *Fan de fantasía* y *Maser*, conjuntamente.

Mención especial a: *Jawiga Maurizio*, por su traducción de la

CIMOC

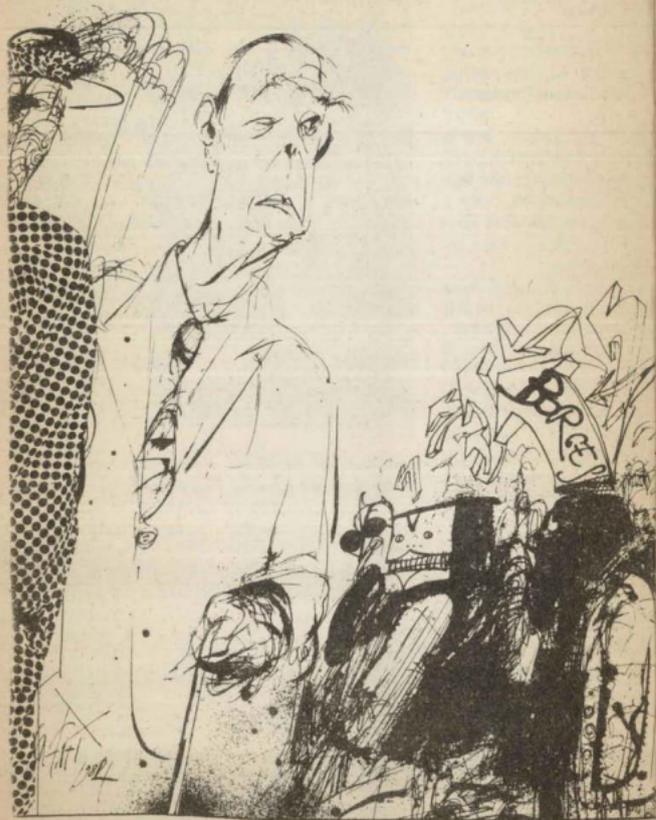


obra de Lem; *Anaya* (ed.), por su reedición de *Ella*, de Haggard; revista *Minotauro* (2ª época), por su carácter renovador.

En el número de setiembre, *Cimoc* nos dedica buena parte de un artículo y llama "fenómeno" a lo que está ocurriendo dentro del género en la Argentina.

El Konex

El 9 de noviembre, en el Centro Cultural General San Martín, la Fundación Konex entregó diplomas al mérito "a las cien mejores figuras de la historia de las letras argentinas". Un jurado presidido por Edmundo Guibourg eligió a las cinco personalidades más representativas de cada una de las disciplinas más importantes relacionadas con la creación literaria, y una de esa disciplinas es... la ciencia ficción. Y los ganadores del diploma al mérito fueron Juan Jacobo Bajarla, Carlos Gardini, Eduardo Golligorsky, Angélica Gorodischer y Alberto Vanasco.



JORGE LUIS BORGES

LOS CAMINOS DE LA IMAGINACION

Ilustración de Luis Scafati

Valéry afirmó que la cosmogonía es el más antiguo de los géneros literarios. La poesía, según se sabe, empieza por el mito y por la epopeya. El concepto de literatura realista es asaz nuevo. También lo es la idea, hoy común, de que el deber del escritor es reflejar su época y las circunstancias sociales que la rodean. La imaginación ha preferido siempre tierras lejanas y épocas antiguas o venideras. No huelga señalar que todos los personajes de la épica anglosajona son escandinavos. Las Mil y Una Noches se complacen, como los poemas homéricos, en la veneración de nombres anti-

guos y de regiones alejadas o fabulosas.

Actualmente, la literatura fantástica oscila entre dos caminos. Uno, el onírico, el de Henry James, el de Arthur Machen y el de Kafka; otro el científico, el de Wells y el de Ray Bradbury, que prefiere atribuir sus maravillas a invenciones mecánicas.

El anillo de Gyges hace que su poseedor sea invisible; Wells opta por un líquido imaginario en el que se baña un albino.

Ambos medios son lícitos. En cuanto a mí, creo tender al primero, al onírico, al mágico, al tal vez real.

© 1984, Jorge Luis Borges.

URSULA K. LE GUIN

REY DE INVIERNO

*El tiempo hace
todo, menos invertir
su propio curso.*

Ilustración de Oscar Chichoni



Cuando surgen remolinos en la corriente del tiempo y la historia parece girar alrededor de un tronco hundido, como en el curioso asunto de la Sucesión de Karhide, son oportunas las fotografías: instantáneas que se pueden cotejar para comparar a la madre con la hija, a la rey joven con la vieja, y que también se pueden reacomodar y mezclar hasta que los años encajan en un orden. Pues pese a las ilusiones creadas por la comunicación interestelar instantánea y el viaje interestelar sublumínico, el tiempo (como señaló el plenipotenciario Axt) no invierte su curso; y no se burla la muerte.

Así, aunque la fotografía más conocida es esa oscura imagen de una rey jo-

ven de pie junto a una rey vieja que yace muerta en un corredor iluminado apenas por los reflejos de una ciudad ardiente, olvidémosla por un momento. Miremos primero a la rey joven, orgullo de una nación, un ser brillante y afortunado entre quienes alcanzaron la edad de veintidós años; pero cuando se tomó esta foto la joven rey estaba de espaldas contra la pared. La joven rey estaba sucia, temblorosa, y tenía la cara tensa y desencajada, pues había perdido esa mínima confianza en el mundo que denominamos cordura. Dentro de su cabeza repetía, como lo había repetido durante horas o durante años, una y otra vez: "Abdicaré. Abdicaré. Abdicaré." Dentro de sus ojos veía las habitaciones

de paredes rojas del Palacio, las torres y calles de Erhenrang bajo la nieve, las encantadoras planicies de la Cascada del Oeste, las cumbres blancas del Kargav, y renunciaba a todo ello, a su reino. "Abdicaré", decía en voz baja, y de pronto, en voz alta, gritó, cuando la persona vestida de rojo y blanco se le acercó una vez más para decirle: "¡Majestad! Se ha descubierto un complot contra tu vida en la Escuela de Artesanos", y el ruido zumbón empezó, suavemente. Se ocultó la cabeza entre los brazos y susurró: "Basta, por favor, basta", pero el gemido zumbón se intensificó y creció y se acercó, implacable, hasta ser tan intenso y ensordecedor que le penetró la carne, le desquició los nervios y le hizo bailar y resonar los huesos, imponiéndoles su melodía. La joven rey brinco y tembló, huesos desnudos en jirones blancos, y soltó lágrimas secas, y gritó: "Hacedlos... hacedlos... ellos deben... ejecutados... detenidos... ¡Que termine de una vez!"

Terminó.
Cayó en el suelo, un guñapo ruidoso y parlanchín. ¿Qué suelo? No eran baldosas rojas, ni parquet, ni cemento manchado de orina, sino el suelo de madera de la habitación de la torre, la pequeña alcoba de la torre donde estaba a salvo, a salvo de su madre ogresca, la rey fría, loca, desamorada, a salvo para jugar a la cuna del gato con Piry y sentarse junto al fuego en el tibio regazo de Borhub, tibio y profundo como el sueño. Pero no había escondite, ni seguridad, ni sueño. La persona vestida de negro había llegado aun aquí y le había aferrado la cabeza, alzándola, y alzándole con cordeles delgados y blancos los párpados que intentaba cerrar.

—¿Quién soy?

La máscara negra e inexpresiva la miró fijamente. La joven rey forcejeó, sollozando, porque ahora empezaría la asfixia: no podría respirar hasta que dijera el nombre, el nombre correcto. "¡Geret!" Pudo respirar. Le permitieron respirar. Había reconocido a la persona de negro a tiempo.

—¿Quién soy?—dijo con dulzura una voz diferente, y la joven rey buscó esa presencia fuerte que siempre le traía reposo, tregua, solaz.

—Rebade—susurró—, dime qué hacer...

—Duerme.

Obedeció. Un sueño profundo, y sin sueños, pues era real. Ahora los sueños venían con la vigilia. Irreal, la horrible y seca luz roja del poniente le quemó los ojos, abriéndolos, y una vez más estuvo en el balcón del Palacio, mirando cincuenta mil fosas negras que se abrían y cerraban. De las fosas venía un espasmódico chorro de sonido, un eructo rítmico y áspero: su nombre. Su nombre le rugía en los oídos como una incitación, una burla. Golpeó con las manos la angosta baranda de bronce y gritó: "¡Os haré callar!" No podía oír su propia voz, sólo la voz de ellos, la boca pestilente de la turba que la odiaba, gritando su nombre.

—Ven, mi rey—dijo la única voz gentil, y Rebade la condujo desde el balcón hasta la vista y roja quietud de la sala de audiencias. Los gritos cesaron de golpe. La expresión de Rebade era, como siempre, serena y compasiva.—¿Qué harás ahora?—dijo con voz gentil.

—Yo... abdicaré...

—No—dijo Rebade con calma—. No has dicho lo correcto. ¿Qué harás ahora?

La joven rey calló, temblando. Rebade la ayudó a sentarse en el catre de hierro, pues las paredes se habían oscurecido como lo hacían a menudo, creando a su alrededor una pequeña celda.

—Llamarás...

—Llamad a la Guardia de Erhenrang. Que disparen a la multitud. Que disparen a matar. Hay que darles una lección.—La joven rey habló con rapidez y claridad, con una voz alta, intensa.

—Muy bien, mi señor—dijo Rebade—, ¡Una sabia decisión! Saldremos enseñuida. Has sabido actuar. Confía en mí.

—Confío en ti. Sácame de aquí—susurró la joven rey, aferrando el brazo de Rebade: pero su amiga frunció el ceño. Eso no era correcto. De nuevo había ahuyentado a Rebade y la esperanza. Rebade se marchaba ahora, calma y dolorida, aunque la joven rey le rogó que se detuviera, que regresara, pues el ruido comenzaba de nuevo, el zumbido gemebundo que le desgarraba la mente, y la persona vetida de rojo y blanco ya se le acercaba por un suelo rojo, interminable.

—¡Majestad! Se ha descubierto un complot contra tu vida en la Escuela de Artesanos...

En la Calle del Puerto Viejo, hasta la orilla, las lámparas ardían con un brillo cavernoso. En sus rondas, el guardia Peeperener miró por esa entornada bóveda de luz sin esperar nada, y vio que algo avanzaba hacia ella. Peeperener no creía en *pornropes*, pero vio una *pornroppe*, viscosa, tambaleándose sobre pies delgados y deformes, jadeando aire seco, gimiendo... Las viejas historias de marineros se borraron de la mente de Peeperener y vio a una borracha o una

maniática o una víctima trastabillando entre las paredes húmedas y grises de los depósitos.

—¡Alto ahí! ¡Detente!—gritó, a la carrera. La borracha, medio desnuda y con los ojos desencajados, soltó un aludido de terror y trató de huir, resbaló en las piedras escarchadas y cayó de bruces. Peeperener desenfundó la pistola y soltó un disparo paralizante, para que la borracha se tranquilizara; luego se acercó junto a ella, conectó la radio y pidió un coche a la Jefatura Oeste.

Los dos brazos, flojos y flácidos sobre los adoqueines ríos, estaban constelados de pinchazos. No borracha, sino drogada. Peeperener olfateó, pero no percibió el olor resinoso del orgrevy. Entonces la habían drogado; ladrones, o la venganza ritual de un clan. Los ladrones no habrían dejado el anillo de oro del índice, un objeto macizo, tallado, casi tan ancho como la articulación del dedo. Peeperener se agachó para observarlo. Luego volvió la cabeza y observó la cara demacrada y ausente contra los adoqueines, iluminada por el resplandor crudo de las lámparas callejeras. Extrajo del bolsillo una moneda nueva de un cuarto de corona y miró el perfil izquierdo acuñado en la hojalata brillante, y luego el perfil derecho acuñado en luz y sombras y piedra fría. Después, al oír el ronroneo del coche eléctrico que entraba en la Calle del Puerto Viejo desde Camino Largo, se guardó la moneda, murmurando:—Maldita idiota.

De todos modos, la rey Argaven estaba cazando en las montañas desde hacía un par de semanas; lo habían dicho todas las proclamas.

—Verás—dijo Hoge la médico—, po-

demostramos suponer que le han manipulado la mente; pero eso nos deja prácticamente con las manos vacías. Hay demasiados expertos en manipulación mental en Karhide, e incluso en Orgoreyn. No son criminales sobre los cuales la policía tenga una pista, sino mentalistas o médicos respetables. Que pueden conseguir las drogas legalmente. En cuanto a sonsacarle algo, si conocían su trabajo le habrán bloqueado todos los recuerdos de lo que hicieron. Todas las pistas estarán sepultadas, las sugerencias clave ocultas, y ni siquiera sabremos qué preguntarle. No hay modo de indagarle la mente sin destruirle el cerebro; y aun bajo hipnosis y dosis masivas no habría modo de distinguir entre las ideas o emociones implantadas y las autónomas. Quizá los alienígenas pudieran hacer algo, aunque dudo que su ciencia mental sea tan profunda como ellos alardean; de cualquier manera, está fuera de nuestro alcance. Sólo nos queda una esperanza.

—¿Cuál? —preguntó Gerer, estólidamente.

—La rey es rápida y resuelta. Al principio, antes que la doblegaran, tal vez supo lo que le hacían y presentó algún bloqueo o resistencia, se dejó una vía de escape...

La voz baja de Hoge titubeó y se perdió en el silencio de la habitación alta, roja, crepuscular. No obtuvo ninguna respuesta de la vieja Gerer, que se quedó plantada ante el fuego con su ropaje negro.

La temperatura de esa habitación del Palacio Real de Erhenrang era de doce grados donde estaba la señor Gerer, y de cinco grados entre los dos grandes hogares; afuera nevaba ligeramente, un

día templado con sólo unos pocos grados bajo la temperatura de congelación. La primavera había llegado a Invierno. El fuego de ambos extremos de la habitación crepitaba, rojo y dorado, devorando gruesos leños. Magnificencia, un lujo áspero, un esplendor fugaz; hogares, fuegos artificiales, rayos, meteoros, volcanes; tales cosas satisfacían al pueblo de Karhide en el mundo llamado Invierno. Pero, excepto en las colonias árticas por encima del paralelo 35, jamás habían instalado calefacción central en ningún edificio durante los muchos siglos de su Edad de la Tecnología. El confort se les permitía como una rareza bienvenida e inesperada: un regalo, como la alegría.

La sirviente personal de la rey, sentada junto a la cama, se volvió hacia la médico y la consejero, pero no habló. Ambas cruzaron de inmediato la habitación. La cama ancha y dura, alta sobre columnas doradas, cubierta por exquisitas colchas y cobertores rojos, sostenía el cuerpo de la rey casi a la altura de los ojos de las presentes. Gerer la imaginó como una nave que remontaba, inmóvil, una rápida y vasta corriente de tinieblas, internándose con la joven rey en las sombras, los terrores, los años. Luego, con un terror propio, la vieja consejero vio que Argaven tenía los ojos abiertos y miraba las estrellas por una ventana que el cortinado no tapaba del todo.

Gerer temió la locura, la idiotéz; no supo qué temía. Hoge le había advertido: —La rey no se comportará "normalmente", señor Gerer. Ha sufrido trece días de tormento, intimidación, agotamiento y manipulación mental. Puede haber daño cerebral, y sin duda habrá

efectos laterales y residuales de las drogas. —Ni el temor ni la advertencia amortiguaron la conmoción. Los ojos brillantes y cansados de Argaven se volvieron hacia Gerer y se detuvieron un instante en ella; luego la vieron. Y Gerer, aunque no podía ver el reflejo de la máscara negra, vio el odio, el horror, vio a la joven rey, infinitamente amada, jadeando en un terror imbécil y forcejeando con la sirvienta, con Hoge, con su propia debilidad en un esfuerzo por soltarse, por alejarse de Gerer.

De pie en el centro frío de la habitación, donde la cabecera de la cama la ocultaba de la rey como la proa de un barco, Gerer oyó cómo apaciguaban a Argaven y la acostaban de nuevo. La voz de Argaven sonaba aflautada, infantil. También la vieja rey, Emran, había hablado con voz infantil en su locura final. Luego el silencio, y el crepitar de los dos fuegos.

Korgy, la sirviente personal de la rey, bostezó y se frotó los ojos. Hoge pasó un líquido de una redoma a una hipodérmica. Gerer se angustió. Mi niña, mi rey, ¿qué te han hecho? Un tesoro tan grande, una promesa tan bella, perdida, perdida... Así se lamentaba, abrumada por la pasión, la que parecía un trozo de roca negra a medio tallar, una robusta, prudente y ruda cortesana para quien el amor y el servicio a la joven rey eran lo único que valía la pena en el mundo.

Argaven habló en voz alta: —Mi hija...

Gerer pestañeó, sintiendo que le arrancaban las palabras de su propia mente; pero Hoge, no turbada por el amor, comprendió y le dijo suavemente a Argaven: —La príncipe Emran está bien, mi señor. Está con sus servidores en el castillo de Warrever. Estamos en

comunicación permanente. Todo está bien allí.

Gerer oyó la áspera respiración de la rey y se acercó un poco a la cama, aunque todavía oculta por la alta cabecera.

—¿He estado enferma?

—Aún no estás bien —dijo la médico con dulzura.

—¿Dónde...?

—En tu propia habitación, en el Palacio, en Erhenrang.

Pero Gerer, acercándose un paso más, aunque sin que la viera la rey, dijo: —No sabemos dónde has estado.

La cara lisa de Hoge se arrugó en una mueca de reproche, pero, aunque era médico y a su manera los gobernaba a todos, no se atrevió a dirigir el reproche al consejero. La voz de Gerer no pareció turbar a la rey, quien formuló un par de preguntas más, cuerdas y concisas, y luego guardó silencio. Después la sirviente Korgy, que la acompañaba desde que la habían traído al Palacio (anoche, en secreto, por puertas laterales, como a una vergonzosa suicida del reinado anterior, pero todo a la inversa), Korgy cometió un pecado de lesa majestad: encorvándose en el taburete alto, apoyó la cabeza en el costado de la cama y se durmió. La guardiana de la puerta fue reemplazada por otra guardiana, entre susurros. Vinieron funcionarios y recibieron una nueva proclama para informar al público sobre el estado de la rey, entre susurros. Sorprendida por la fiebre mientras descansaba en el Alto Kargav, la rey había vuelto de prisa a Erhenrang, y ahora respondía satisfactoriamente al tratamiento, etcétera. La médico Hoge rem ir Hogeremme de Palacio ha hecho la siguiente declaración, etcétera, etcétera. "Que la Rueda gire

para nuestra rey", decían solemnemente las aldeanas mientras encendían el fuego del altar hogareño, y las ancianas sentadas cerca del fuego comentaban: "Eso es por merodear de noche alrededor de la ciudad, escalar montañas, y otras tonterías", pero dejaban la radio encendida para escuchar la siguiente proclama. Mucha gente había ido y venido ese día por la plaza, demorándose para charlar delante del Palacio, observando a las que entraban y salían; aún había allí cientos de personas, aguardando con paciencia en la nieve. Argaven xvii era amada en sus dominios. Después de la ciega brutalidad del reinado de Emran, que había terminado en la sombra de la locura y la bancarrota del país, había venido ella: impetuosa, gallarda, joven, emprendedora; cuerda y astuta, pero magnánima. Tenía el fuego, el esplendor que convenía a su pueblo. Era la fuerza y el centro de una nueva era: alguien que había nacido, por una vez, para ser rey del reino adecuado.

—Gerer.

Era la voz de la rey, y Gerer atravesó rigidamente el calor y el frío de la enorme habitación, la luz y la oscuridad.

Argaven estaba sentada. Le temblaban los brazos y el aliento se le atoraba en la garganta; los ojos ardían en el aire oscuro, fijos en Gerer. Junto a su mano izquierda, que lucía el anillo real de la dinastía Harge, yacía la cara dormida de la sirvienta, abandonada y serena. —Gerer —dijo la rey, con esfuerzo y claridad—. llama al Consejo. Anuncia que abdicaré.

¿Tan crudo, tan simple? Las drogas, los terrores, las hipnosis, la parahipnosis, los estímulos neuronales, la mani-

pulación sináptica, los haces de luz que había descrito Hoge, ¿todo ello para este resultado cortante? Pero no era momento para razonar. Debían contemperizar. —Señor, cuando recobres tu fuerza...

—Ahora. ¡Llama al Consejo, Gerer!

Luego cedió, como la cuerda de un arco al partirse, y tartamudeó en medio de un temor exasperado que no hallaba sentido ni fuerza donde encarnarse; y la fiel sirvienta aún dormía a su lado, sorda.

En la foto siguiente parece que las cosas han mejorado. Aquí está la rey Argaven xvii, saludable y elegante, terminando un suculento desayuno. Habla con varias de las cuarenta o cincuenta personas que comparten o sirven la comida (la singularidad es prerrogativa de una rey, pero rara vez la privacidad), e incluye al resto en la generosidad de su cortesía. Parece, como han dicho todas, totalmente recobrada. Sin embargo, quizá no se haya recobrado del todo; algo falta, cierta serenidad juvenil, cierta suficiencia, reemplazadas por una cualidad similar pero menos tranquilizadora, una suerte de ausencia. Ella la supera con ingenio y calidez, pero siempre recae de nuevo en esa oscuridad que la absorbe y la ausenta: ¿temor, dolor, resolución?

El móvil Axt, embajador plenipotenciario del Ecumen de los Mundos Conocidos ante Invierno, que había pasado los últimos seis días en la carretera tratando de conducir un coche eléctrico a más de 50 kilómetros por hora desde Mishnory de Orgoreyn hasta Ehrenrang de Karhide, durmió a la hora del desayuno, y así llegó a la sala de audiencias

puntual pero hambriento. La vieja jefe del Consejo, Gerer rem ir Verhen, prima de la rey, recibió al alienígena en la puerta de la sala y saludó con la cortesía polisilábica de Karhide. El plenipotenciario respondió como mejor pudo, discerniendo en la elocuencia de Gerer el deseo de contarle algo.

—Me han dicho que la rey se ha recobrado —dijo—, y deseo francamente que sea verdad.

—No lo es —dijo la vieja consejera, la voz repentinamente chata e inexpressiva—. Señor Axt, debo decirte esto confiando en tu discreción; en Karhide no hay más de diez personas que sepan la verdad. No se ha recobrado. No estuvo enferma.

Axt cabeceó. Desde luego había oído rumores.

—A veces sale de noche por la ciudad, con ropa de plebeya, a caminar, a charlar con desconocidos. Las presiones de la realeza... Ella es muy joven. —Gerer hizo una pausa, luchando contra una emoción contenida.— Una noche, hace seis semanas, no regresó. Al amanecer la segunda señor y yo recibimos un mensaje. Si anunciáramos su desaparición, la matarían; si esperáramos una quincena en silencio, nos la devolverían ilesa. Guardamos silencio, mentimos al Consejo, difundimos noticias falsas. En la noche decimotercera la encontraron vagando por la ciudad. La habían drogado y le habían manipulado la mente. Aún no sabemos qué enemigo o facción lo hizo. Debemos trabajar en absoluto secreto; no podemos debilitar la confianza que le tiene el pueblo, ni la confianza de ella en sí misma. Es difícil: no recuerda nada. Pero lo que le hicieron es obvio. Doblegaron su voluntad y

le impusieron un solo deseo. Cree que debe abdicar al trono.

La voz aún era baja y chata; los ojos delataban angustia. Y el plenipotenciario, al volverse, vio de golpe el reflejo de esa angustia en los ojos de la joven rey.

—¿Celebras mi audiencia, primo?

Argaven sonreía, pero con sarcasmo. La vieja consejera se excusó estólidamente, se inclinó y se marchó, una figura paciente y desgana reduciéndose en un largo corredor.

Argaven tendió ambas manos al plenipotenciario en el gesto del saludo entre iguales, pues en Karhide el Ecumen era reconocido como un reino hermano, aunque nadie lo había visto. Pero no pronunció el discurso cortés que Axt había esperado. Sólo dijo, y hurañamente: —¡Al fin!

—Parti en cuanto recibí tu mensaje. Aún hay hielo en las carreteras del este de Orgoreyn y la Cascada del Oeste y no pude viajar con mayor rapidez. Pero me alegró mucho venir. Y también me alegró irme. —Axt sonrió al decirlo, pues la joven rey y el gozaban de una mutua franqueza. Esperó para ver qué implicaba la bienvenida de Argaven, observando con cierta euforia el rostro móvil, bello, andrógino.

—Orgoreyn cria fanáticos como un cadáver cria gusanos, decía una antepasado mio. Me alegra que el aire de Karhide te resulte más respirable. Ven por aquí. Gerer te habrá contado que me secuestraron, y toda esa historia. Si. Todo se hizo según la tradición. El secuestro es un arte muy formal. Si hubiera sido uno de los grupos antialienígenas que piensan que tu Ecumen se propone esclavizar nuestro mundo, tal vez habrían ig-

norado las reglas; pienso que fue uno de los viejos clanes, con la esperanza de recobrar el poder a través de mí, el poder que tuvieron durante el último reinado. Pero aún no lo sabemos. Es raro saber que una les ha visto la cara pero no podría reconocerlos. Quién sabe si no veo esas caras a diario. Bien, de nada sirven esas sospechas. Ellos han borrado sus huellas. Sólo estoy segura de una cosa. No fueron ellos quienes decidieron que yo abdicara.

La rey y el plenipotenciario caminaban juntos por el salón largo, inmensamente alto, hacia el estrado y las sillas del extremo opuesto. Las ventanas eran meras ranuras, según la costumbre de ese mundo frío; desde ellas, rayos de sol leonados caían diagonalmente al suelo de baldosas rojas, penumbra y resplandor en los ojos de Axt. Miró la cara de la joven rey en ese fulgor sombrío y cambiante. —¿Quién, entonces?

—Yo.

—¿Cuándo, mi señor, y por qué?

—Cuando me capturaron, cuando me estaban manipulando para que me prestara a sus planes y les siguiera el juego. ¿Por qué? ¿Para no prestarme a sus planes ni seguirles el juego! Escucha, Axt, si desearan mi muerte me habrían liquidado. Me quieren viva, para que gobierne, para que sea rey. En tal condición debo obedecer las órdenes impresas en mi cerebro, servir a sus propósitos. Soy su herramienta, su máquina, esperando a que muevan el interruptor. El único modo de impedirlo es... librarse de la máquina.

Axt tenía la mente ágil, pues ése era un requerimiento mínimo en un móvil del Ecuem; además, las costumbres y problemas de Karhide, las tensiones y

sediciones de ese reino vivaz, le eran bien conocidas. Aunque Invierno era un mundo alejado del resto de la raza humana, tanto en el espacio como en la fisiología de sus habitantes, su nación dominante, Karhide, había resultado ser un miembro leal del Ecuem. Los informes de Axt eran comentados en los consejos centrales del Ecuem, a ochenta años-luz de distancia; el equilibrio del Todo depende de cada una de sus partes. Mientras se sentaban en los rígidos sillones del estrado, frente al fuego, Axt dijo: —Pero si abdicas, ni siquiera necesitarán mover el interruptor.

—¿Si dejo a mi hija como heredera, y a una regente elegida por mí?

—Tal vez —dijo Axt con cautela— elijan a la regente por ti.

—No lo creo —dijo la rey, frunciendo el ceño.

—¿A quién pensabas nombrar?

Hubo una larga pausa. Axt vio cómo se tensaban los músculos de la garganta de Argaven mientras la rey se esforzaba por llegar a una palabra, un nombre, sorteando un bloque, un obstáculo difícil; al fin dijo, en un susurro áspero y estrangulado: —Gerer.

Axt cabeceó, sorprendido. Gerer había actuado como regente durante un año, después de la muerte de Emran y antes del ascenso de Argaven; él conocía su honestidad y su absoluta devoción por la joven rey. —Gerer no sirve a ninguna facción —dijo.

Argaven meneó la cabeza. Parecía exhausta. Al cabo de un rato dijo: —¿La ciencia de tu gente podría deshacer lo que me han hecho, Axt?

—Tal vez. En el Instituto de Ollul. Pero si pidiera un especialista esta no-

che, llegaría aquí dentro de veinticuatro años... ¿Estás segura, pues, de que tu decisión de abdicar era...? —Pero una sirvienta, entrando por una puerta lateral a espaldas de ambos, puso una mesita junto al sillón del plenipotenciario y trajo frutas, pan de manzana en rodajas, una jarra plateada de cerveza. Argaven había advertido que su huésped no había desayunado. Aunque la dieta de Invierno, casi toda vegetariana y para colmo cruda, no le resultaba muy sabrosa, Axt empezó a comer con gratitud; y como era indecoroso comentar asuntos graves durante una comida, Argaven se puso a hablar de generalidades. —Una vez dijiste, señor Axt, que pese a que soy diferente de ti, y pese a que mi pueblo es diferente del tuyo, somos de la misma sangre. ¿Era un acerto moral o material?

Axt sonrió ante la distinción, muy típica de una karhidera. —Ambas cosas, mi señor. En lo que conocemos, apenas un rincón de espacio polvoriento bajo las vigas del Universo, todos los pueblos que hemos encontrado son humanos. Pero el parentesco se remonta a un millón de años atrás y más, a las protoeras de Hain. Los antiguos hainis fundaron cien mundos.

—Nosotros llamamos "antigua" a la época previa al reinado de mi dinastía en Karhide. ¡Setecientos años atrás!

—Y nosotros llamamos "antigua" a la Edad del Enemigo, que fue hace menos de seiscientos años. El tiempo se estira y se encoge; cambia con el ojo, con la edad, con la estrella; lo hace todo excepto invertir su curso... o repetirse.

—¿El sueño del Ecuem, pues, es restaurar esa comunidad verdaderamente antigua, volver a unir a todos los pue-

blos de todos los mundos en un solo hogar?

Axt asintió, masticando pan de manzana. —Propiciar cierta armonía entre ellos, al menos. La vida ama conocerse a sí misma hasta sus límites más extremos; se complace en abrazar la complejidad. Nuestra diferencia es nuestra belleza. Todos estos mundos y las diversas formas y costumbres de las mentes, las vidas y los cuerpos que los habitan... juntos serían una armonía espléndida.

—Ninguna armonía perdura —dijo la joven rey.

—Nunca se ha alcanzado ninguna armonía —dijo el plenipotenciario—. El placer consiste en intentarlo. —Vació la jarra, se engujo los dedos con la servilleta de hierba trenzada.

—Ése era mi plan como rey —dijo Argaven—. Y ha terminado.

—Debicera...

—Ha terminado. Créeme. Te retendré aquí, señor Axt, hasta que me creas. Necesito tu ayuda. ¡Tú eres la pieza que los jugadores olvidaron! Tienes que ayudarme. No puedo abdicar contra la voluntad del Consejo. ¡Ellos rechazarán mi abdicación, me obligarán a gobernar, y si gobierno, serviré a mis enemigos! Si no me ayudas, tendré que matarme. —Hablabla mesurada y razonablemente; pero Axt sabía lo que la sola mención del suicidio, el acto más despreciable, significaba para un karhidero.

—Una cosa o la otra —dijo la joven rey.

El plenipotenciario se arrebujó en su pesado manto; tenía frío. Hacía siete años que tenía frío, en este lugar. —Mi señor —dijo—, soy un extraño en tu mundo, con un puñado de colaboradores y un pequeño artefacto que me per-

mite conversar con otros extraños de mundos distantes. Represento el poder, desde luego, pero yo no tengo ninguno. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Tienes una nave en la isla Horden.
—Ah. Me lo temía —dijo el plenipotenciario, con un suspiro—. Señor Argaven, esa nave está apuntada hacia Ollul, a veinticuatro años-luz de distancia. ¿Sabes lo que eso significa?

—Mi escapatoria de esta época, donde me he transformado en instrumento del mal.

—No hay escapatoria —dijo Axt, con repentina intensidad—. No, mi señor. Perdóname. Es imposible. No podría admitir...

La helada lluvia de primavera repiqueaba en las piedras de la torre, el viento gemía en los ángulos y remates del techo. En la alcoba había silencio, oscuridad. Una luz pequeña y guarnecida ardía junto a la puerta. La nodriza roncaba ligeramente en la cama, la niña estaba cabeza abajo en la cuna. Argaven se detuvo junto a la cuna. Miró la alcoba, o mejor dicho la vio, la conoció íntegramente, sin mirar. Ella también había dormido allí en su infancia. Había sido su primer reino. Era allí donde había amantado a su primogénita, sentada junto al hogar mientras la boquita le tironeaba del pecho, canturrándole a la niña las canciones que Borhub le había canturreado a ella. Éste era el centro, el centro de todo.

Con mucha cautela y suavidad, deslizó la mano bajo la cabeza tibia, húmeda, suave del bebé, y pasó por encima de ella una cadena de donde colgaba un anillo macizo con el sello de los señores de Harge. La cadena era demasiado larga

y Argaven le hizo un nudo para acortarla, temiendo que se enredara y asfixiara a la niña. Al aplacar ese pequeño temor, trataba de aplacar el gran miedo y la angustia que la embargaban. Se agachó para rozar con la mejilla la mejilla de la niña, susurrando inaudiblemente: —Emran, Emran, debo abandonarte, no puedo llevarte conmigo, tienes que gobernar en mi lugar. Sé bondadosa, Emran...

Se enderezó, se volvió, se alejó corriendo de la alcoba de la torre, el reino perdido.

Conocía varios caminos para salir del Palacio inadvertida. Tomó el más seguro, y luego se dirigió al Puerto Nuevo atravesando la cellisca que azotaba las luminosas calles de Erhenrang, sola.

Ahora no hay foto: nadie la ve. ¿Con qué ojo se observa un proceso que es un cienmilonésimo por ciento más lento que la velocidad de la luz? Ahora no es una rey ni un ser humano; está transfigurada. Apenas se puede llamar congénere a alguien cuyo tiempo transcurre setenta mil veces más lento que el nuestro. Está más que sola. Parece que no existe, así como no existe un pensamiento incomunicado; que no va a ninguna parte, así como un pensamiento no va a ninguna parte. Y sin embargo, a una velocidad muy cercana a la de la luz, viaja. Ella es el viaje. Rápida como el pensamiento. Su edad se ha duplicado, pero ha envejecido menos de un día cuando llega a la porción de espacio curvado alrededor de una mota de polvo llamada Ollul, el cuarto planeta de un sol amarillento. Y todo esto ha ocurrido en un silencio absoluto.

Ahora, con ruido, y con fuego y resplandor meteórico suficientes para sa-

tisfacer el ansia de espectáculos de un karhidero, la inteligente nave se dirige a la Tierra, posándose entre llamaradas en el mismo sitio del cual partió hace cincuenta y cinco años. Enseguida, visible, recatada, vacilante, la joven rey sale de ella y se detiene un instante en la rampa, protegiéndose los ojos de la luz de un sol extraño y caliente.

Axt, desde luego, había anunciado su llegada, con el transmisor instantáneo, veinticuatro años atrás, o diecisiete horas atrás, según como se mire; y los colaboradores y agentes del Ecumen habían ido a recibirla. Ni siquiera los peones pasaban inadvertidos para quienes participaban en el gran juego, y esta guedeñiana era, al fin y al cabo, rey. Uno de los agentes había pasado un año de los veinticuatro aprendiendo karhidi, para que Argaven pudiera hablar con alguien.

—¿Qué noticias hay de mis tierras? —preguntó de inmediato.

—El móvil Axt y su sucesor han enviado resúmenes regulares de los acontecimientos y varios mensajes personales para usted, encontrará todo el material en sus aposentos, señor Harge. En pocas palabras, la regencia del señor Gerer fue apacible y benigna; hubo una depresión en los dos primeros años, durante los cuales las colonias árticas fueron abandonadas, pero en la actualidad la economía es muy estable. El heredero de usted subió al trono a los dieciocho años, y hace siete años que gobierna.

—Sí. Entiendo —dijo la persona que la noche anterior había besado a esa heredera en su cuna.

—Cuando usted lo crea conveniente, señor Harge, los especialistas de nuestro Instituto, en Belxit...

—Estoy a vuestra disposición —dijo la señor Harge.

Entraron en su mente con suavidad, con sutileza, abriendo puertas. Para las puertas cerradas tenían instrumentos delicados que siempre descubrían la combinación; y luego se apartaron, para dejarla entrar. Encontraron a la persona de negro, que no era Gerer, y al compasivo Rebade, que no era compasivo; estuvieron con ella en el balcón del Palacio, y treparon por las grietas de la pesadilla hasta la alcoba de la torre; y al fin la persona que debía haber estado primero, la persona de rojo y blanco, se le acercó diciendo: «¡Majestad! Se ha descubierto un complot contra tu vida...» Y la señor Harge soltó un grito de terror y despertó.

—¡Bien! Ése era el desencadenante. La señal para poner en funcionamiento las demás instrucciones y determinar el curso de sus fobias. Una paranoia inducida. Y bellamente inducida, debo admitirlo. Tome, bebe esto, señor Harge. ¡No, es sólo agua! Usted pudo haberse convertido en una gobernante cruel, cada vez más obsesionada por el temor al complot y la subversión, cada vez más distanciada del pueblo. No de la noche a la mañana, desde luego. Allí está la belleza del procedimiento. Usted habría tardado años en convertirse en una verdadera tirana; aunque sin duda tendrían planeados ciertos estímulos a lo largo del camino, mientras Rebade se abría paso, ganándose la confianza de usted... Bien, bien, entiendo por qué Karhide tiene buena fama en la Casa de Intercambio. Si usted excusa mi objetividad, esta habilidad y paciencia es muy rara... —Así divagaba el médico, el manipulador mental, la persona velluda, gris y

unisexualada de alguna parte llamada Ceti, mientras la paciente se recobraba.

—Entonces hice bien —dijo al fin la señor Harge.

—En efecto. La abdicación, el suicidio o la huida eran los únicos actos de peso que usted podía realizar por propia voluntad, libremente. Ellos contaban con el tabú moral del suicidio, y con el rechazo del Consejo a la abdicación. Pero, al estar poseídos por la ambición, ellos... o ellas, olvidaron la posibilidad de la abnegación, y le dejaron una vía de escape. Una vía que sólo una persona de mente fuerte, si usted excusa mi literalidad, podía escoger. En verdad debo estudiar esta otra ciencia mental de ustedes... ¿Cómo la llaman, profecía? Pensé que era una superchería ocultista, pero evidentemente... bien, bien, supongo que pronto querrán que usted visite la Casa de Intercambio, para hablar sobre su futuro, ahora que ha puesto el pasado donde corresponde, ¿eh?

—Como usted desee —dijo la señor Harge.

Habló con varias personas en la Casa de Intercambio del Ecuemen de los Mundos del Oeste, y cuando le sugirieron que fuera a la escuela, asintió de buena gana. Pues entre esas gentes moderadas, cuyo rasgo distintivo parecía ser una tristeza fría y profunda indiscernible de una hilaridad tibia y profunda, entre ellas, la ex rey de Karhide se sabía un ser bárbaro, inculto y tosco.

Asistió a la Escuela Ecueménica. Vivió en barracas cerca de la Casa de Intercambio de Ciudad Vaxstix, con otros doscientos alienígenas, ninguno de los cuales era andrógino ni ex rey. Como nunca había tenido muchas pertenencias

personales, y nunca había tenido mucha privacidad, la vida en la barraca no le molestaba; vivir entre personas de un solo sexo tampoco era tan malo como había esperado, aunque el estado de kénmer perpetuo en que vivían le resultaba agotador. Nada le molestaba demasiado, y resistía los trabajos y los días con energía y eficacia, pero siempre con cierta indiferencia, como alguien cuyo centro está en otra parte. La única incomodidad era el calor, el espantoso calor de Ollul, que a veces llegaba a 35 grados en esa ardiente e interminable estación en que no nevaba durante doscientos días consecutivos. Aun en invierno sudaba, pues rara vez la temperatura exterior bajaba de los 10 grados por sobre la marca de congelación, y en las barracas se achicharraba aunque los demás alienígenas usaran abrigos gruesos todo el tiempo. Dormía sin taparse, desnuda y agitada, y soñaba con las nieves del Kargav, el hielo del Puerto Viejo, el hielo que bordeaba la cerveza en las frescas mañanas del Palacio, el frío, el entrañable y crudo frío de Invierno.

Aprendió mucho. Ya había aprendido que la Tierra, aquí, se llamaba Invierno, y que Ollul, aquí, se llamaba la Tierra: uno de esos datos que dan vuelta el universo como una media. Aprendió que una dieta de carne causa diarrea en un estómago desacostumbrado. Aprendió que las personas unisexuadas, a quienes se esforzaba por no considerar perversitas, se esforzaban por no considerarla a ella una perversita. Aprendió que cuando pronunciaba Orrur en vez de Ollul algunas personas reían. También trató de desaprender que era rey. Una vez que se habituó a la Escuela aprendió y

desaprendió mucho más. Llegó a atribuir, mediante las máquinas y dispositivos y experiencias y (lo más simple y lo más exigente) palabras que el Ecuemen tenía a su disposición, el significado de comprender la naturaleza y la historia de un reino que tenía más de un millón de años y billones de kilómetros de anchura. Cuando había empezado a adivinar la inmensidad de este reino de la humanidad y el perdurable dolor y el monótono derroche de su historia, también empezó a ver qué había más allá de sus confines en el espacio y el tiempo, y entre las rocas desnudas y los soles abrasadores y la brillante desolación que continuó sin cesar atisbó el origen de la hilaridad y la serenidad, los manantiales inagotables. Aprendió muchos datos, números, mitos, gestas, proporciones, relaciones y demás, y vio, más allá de las fronteras de lo que había aprendido, de nuevo lo desconocido, una espléndida inmensidad. En este ensanchamiento de su mente y su ser había una gran satisfacción; pero aun así estaba insatisfecha. No siempre le permitían internarse tanto como quería en ciertos campos, matemática, física cetiana.

—Usted empezó tarde, señor Harge —le decían—, tenemos que construir sobre los cimientos existentes. Además, queremos que aprenda materias que a usted le puedan servir.

—¿Servir para qué?

Ellos (el señor Gist, etnógrafo y móvil, los representaba a Ellos en ese momento, en esa biblioteca) la miró sardónicamente. —¿Usted piensa que ya no sirve para nada, señor Harge?

La señor Harge, normalmente reservada, habló con repentina furia: —Así es.

—Es natural que una rey sin reino —dijo Gist con su chato acento terrestre—, exiliada, dada por muerta, se sienta un poco superflua. Pero ¿por qué cree que nos molestamos en enseñarle?

—Por amabilidad.

—Oh, amabilidad... Por amables que seamos, no podemos darle nada que la haga feliz. Excepto... Bien. Es una lástima desperdiciar a alguien. Usted era sin duda la rey adecuada para Invierno para Karhide, según los propósitos del Ecuemen. Usted tiene un sentido del equilibrio. Incluso habría podido unificar el planeta. Por cierto no habría aterrorizado y fragmentado el país, como parece hacerlo la rey actual. ¡Qué desperdicio! Sólo piense en nuestras esperanzas y necesidades, señor Harge, y en sus propias aptitudes, antes de pensar que no sirve para nada. A fin de cuentas, le quedan cuarenta o cincuenta años de vida...

La última instantánea tomada a la luz del sol de otro mundo; erguida, con una capa gris estilo haini, una persona apuesta de sexo indeterminado está de pie, sudando profusamente, en un parque verde junto al agente principal del Ecuemen en los Mundos del Oeste, el estable, el señor Hoalans de Alb, que puede inmiscuirse (si lo desea) en los destinos de cuarenta mundos.

—No puedo ordenarte que vayas, Argaven —dice el estable—. Tu propia conciencia...

—Entregué mi reino a mi conciencia, hace doce años. Ya tuvo su parte. Todo en su medida —dice Argaven Harge. Luego rié de golpe, así que el estable rie también; y se despiden con la armonía

que los Poderes del Ecumen desean entre las almas humanas.

La isla Horden, frente a la costa meridional de Karhide, fue cedida al Ecumen por el Reino de Karhide durante el reinado de Argaven xv. Nadie vivía allí. Cada año generaciones de caminantes marinos trepaban por las rocas desnudas, ponían y empollaban sus huevos, y criaban su prole, y por último volvían en fila hacia el mar. Pero cada diez o veinte años el fuego corría sobre las rocas y el mar hervía en las costas, y si había algún caminante marino en la isla perecía.

Cuando el mar dejó de hervir, la pequeña lancha eléctrica del plenipotenciario se acercó. La nave estelar extendió una planchada de acero trasilucido hasta la cubierta, y una persona empezó a subir mientras otra empezaba a bajar, de modo que se encontraron a medio camino, en mitad del aire, entre el mar y la tierra, un encuentro ambiguo.

—¿Embajador Horrsed? Soy Harge —dijo la que bajaba de la nave estelar. Pero el que había venido en la lancha ya se arrodillaba, diciendo en voz alta, en karhide: —¡Bienvenida, Argaven de Karhide! —Mientras se enderezaba, el embajador añadió en un rápido susurro: —Vienes como tú misma... Me explicaré en cuanto pueda... —Detrás y debajo de ella, en la cubierta de la lancha, había un numeroso grupo de gente que miraba intensamente a la recién llegada. Todas eran karhíderas por su aspecto; varias eran muy viejas.

Argaven Harge se quedó quieta un minuto, dos minutos, tres minutos, erguida y totalmente inmóvil, aunque la capa gris flameaba y ondulaba en el frío

viento marino. Luego miró una vez el opaco sol al oeste, una vez hacia la tierra gris del norte, allende las aguas, y se volvió nuevamente hacia la gente silenciosa reunida en la cubierta. Se adelantó tan repentinamente que el embajador Horrsed tuvo que apartarse con brusquedad. Caminó hacia una de las ancianas en la cubierta de la lancha.

—¿Tú eres Ker rem ir Kerheder?

—Así es.

—Te conocí por el brazo deformado, Ker. —Hablabas con claridad; sus emociones eran indiscernibles.— No te reconocí la cara al cabo de sesenta años. ¿Hay otros que haya conocido? Soy Argaven.

Todos callaron, mirándola.

De pronto, una persona curtida y vejada por el tiempo como madera chamuscada por el fuego, avanzó un paso.

—Mi señor, yo soy Bannith de la guardia palaciega. Serviste conmigo cuando yo era maestra de ejercicios y tú eras muy joven. —Y la cabeza gris se inclinó de repente, en señal de respeto, o para ocultar lágrimas. Luego se adelantó otra, y otra. Las cabezas que se inclinaban eran grises, blancas, calvas; las voces que saludaban a la rey temblaban. Una, Kera, la del brazo inutilizado, a quien Argaven había conocido como una tímida paje de trece años, habló severamente a los que permanecían inmóviles:

—Ésta es la rey. Tengo ojos que han visto, y eso ven ahora. ¡Ésta es la rey!

Argaven los miró uno por uno, rostro tras rostro, las cabezas inclinadas y las erguidas.

—Yo soy Argaven —dijo—. Fui rey.

¿Quién reina ahora en Karhide?

—Emran —respondió uno.

—¿Mi hija Emran?

—Sí, mi señor —dijo la vieja Bannith; la mayoría de las caras no comunicaban nada.

Pero Ker dijo, con su voz intensa y trémula: —¡Argaven, Argaven reina en Karhide! He vivido para ver la vuelta de los días de esplendor. ¡Viva la rey!

Uno de los más jóvenes miró a los demás, y dijo resueltamente: —Así sea. ¡Viva la rey! —Y todas las cabezas se inclinaron.

Argaven recibió el homenaje impasiblemente, pero en cuanto pudo hablar a solas con Horrsed el plenipotenciario, preguntó: —¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me engañaron? Me dijeron que vendría aquí para ayudar, como colaboradora del Ecumen...

—Eso fue hace veinticuatro años —dijo el embajador, en tono de disculpa—. Sólo he vivido aquí cinco años, mi señor. Las cosas andan muy mal en Karhide. La rey Emran rompió relaciones con el Ecumen el año pasado. No sé cuál era el propósito del estable al enviarte aquí cuando lo hizo; pero en este momento estamos perdiendo Invierno. De modo que los agentes de Hain me sugirieron que utilizáramos a nuestra rey.

—Pero yo estoy muerta —dijo Argaven airadamente—. ¡Hace sesenta años que he muerto!

—La rey ha muerto, viva la rey —dijo Horrsed.

Cuando se acercaron algunas de las karhíderas, Argaven se apartó del embajador y fue junto a la baranda. El agua gris burbujeaba deslizándose junto al flanco de la embarcación. La costa del continente estaba ahora a la izquierda, gris moteado de blanco. Hacía frío: un día de principios del invierno en la Edad de Hielo. El motor de la nave ronronea-

ba suavemente. Hacía doce años que Argaven no oía ese ronroneo de motor eléctrico, el único motor que la lenta y estable Edad de la Tecnología de Karhide había optado por emplear. El sonido le resultaba muy grato.

Habló abruptamente, sin volverse, como quien ha sabido desde la niñez que siempre hay alguien allí para responder: —¿Por qué vamos hacia el este?

—Nos dirigimos a la Tierra de Kerm. —¿Por qué la Tierra de Kerm?

La que respondió fue una de las más jóvenes. —Porque esa región del país se ha rebelado contra la... contra la rey Emran. Yo soy de Kerm: Perreth ner Sode.

—¿Emran está en Erhenrang?

—Erhenrang fue tomada por Orgoreyn hace seis años. La rey está en la nueva capital, al este de las montañas... la Vieja Capital, en verdad, Rer.

—¿Emran perdió la Cascada del Oeste? —preguntó Argaven, y se volvió hacia los formidos jóvenes—. ¿Perdió la Cascada del Oeste? ¿Perdió Erhenrang?

Perreth retrocedió un paso, pero respondió enseguida: —Hace seis años que nos ocultamos detrás de las montañas.

—¿Las orgotas están en Erhenrang? —La rey Emran firmó un tratado con Orgoreyn, hace cinco años, cediendo las Provincias Occidentales.

—Un tratado vergonzoso, majestad —intervino la vieja Ker, más furibunda y temblorosa que nunca—. ¡El tratado de una imbécil! Emran baila al son de Orgoreyn. Todas nosotras somos rebeldes en el exilio. La embajador está en el exilio, ocultándose.

—La Cascada del Oeste —dijo Argaven—. Argaven 1 tomó la Cascada del Oeste para Karhide hace setecientos

años... —Se volvió nuevamente hacia las demás con esa mirada extraña, intensa, ausente.— Emran... —balbucó, pero se contuvo—. ¿Cuán fuertes sois en la Tierra de Kerm? ¿Está la Costa con vosotros?

—La mayoría de los hogares del Sur y del Este están con nosotros.

Argaven calló un instante. —¿Tuvo Emran alguna heredera?

—No heredera de la carne, señor —dijo Bannith—. Engendró seis.

—Ha nombrado heredera a Girvy Harge rem ir Orek —dijo Perreth.

—¿Girvy? ¿Qué clase de nombre es éste? Las reyes de Karhide se llaman Emran —dijo Argaven— y Argaven.

Ahora viene al fin la fotografía oscura, la instantánea tomada a la luz del fuego; luz del fuego porque las plantas de energía de Rer están destruidas, las líneas de aprovisionamiento cortadas, y media ciudad en llamas. La nieve revolotea pesadamente sobre el fuego y lanza destellos rojos antes de derretirse en el aire con un siseo.

La nieve, el hielo y los guerrilleros

Título del original en inglés: *Winter's King*. Del libro *The Wind's Twelve Quarters*.
© 1975 by Ursula K. Le Guin. Traducción de Carlos Gardini.

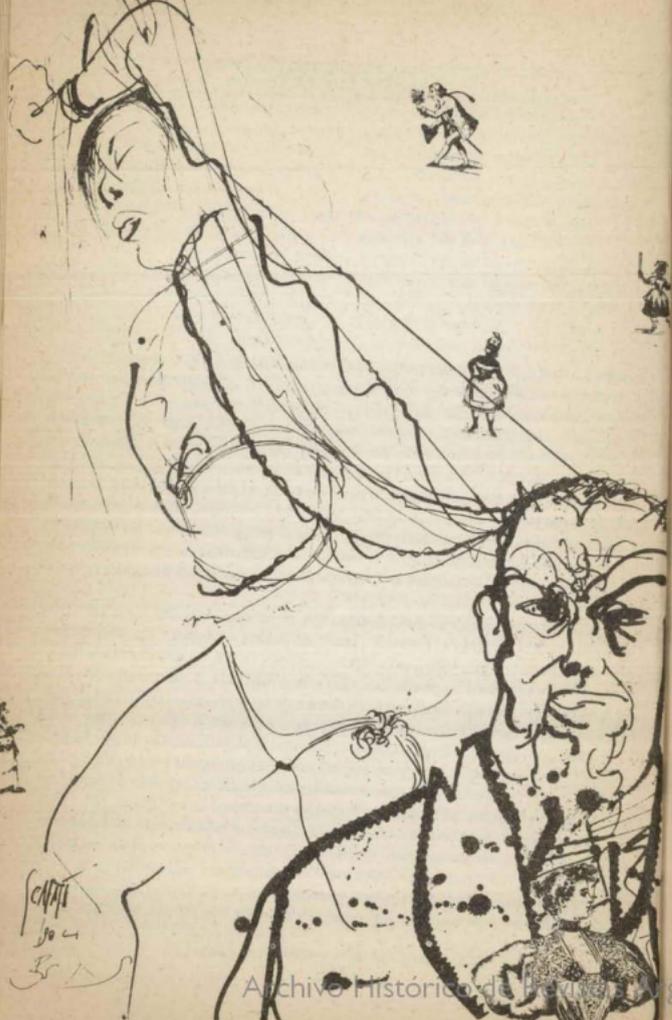
mantiene a raya a Orgoreyn en la zona oeste de las montañas de Kargav. La vieja rey Emran no recibió ninguna ayuda cuando su país se sublevó. Sus guardias han huido, su ciudad arde, y ahora, al final, enfrenta al usurpador. Pero demuestra, al final, parte del orgullo altivo de su familia. No presta atención a los rebeldes. Los mira fijamente sin verlos, tendida en el corredor oscuro, iluminado sólo por espejos que reflejan incendios distantes, el arma con que se mató cerca de la mano.

Inclinándose sobre el cadáver, Argaven alza esa mano fría y trata de arrancar el macizo anillo de oro tallado del índice deformado por la edad. Pero no lo hace. —Consérvalo —susurra— consérvalo. —Por un instante se agacha un poco más, como si susurrara al oído muerto, o apoyara la mejilla contra esa cara fría y arrugada. Luego se endereza, permanece un rato allí y al cabo atraviesa los corredores oscuros, junto a ventanas iluminadas por el brillo de la destrucción, para poner orden en su casa: Argaven, rey de Invierno.

LOREN EISELEY

Imagine usted, por un momento, que acabo de beber de la copa de un mago. Invierta la corriente irreversible del tiempo. Baje la oscura escalera que la raza ha subido. Llegue por fin al último escalón del tiempo, resbalando, deslizándose, chapoteando entre aletas y escamas hasta el lodo de donde salió. Descienda gruñendo y sibilando ya sin voz más allá del último helecho. Sin ojos y sin oídos, flote en las aguas primordiales, sienta la luz del sol que no puede ver y estire absorbentes tejatículos hacia vagos sabores que flotan en el agua. A pesar de todo, en sus informes transmutaciones, el *usted* permanece: las partículas deslizantes, los jugos, las transformaciones están funcionando con un ritmo exquisitamente programado, que no tiene otro propósito que preservarlo, a usted, la entidad, el ser ameboide cuya sustancia contiene el insondable futuro. Pues así asciende cada hombre desde las aguas de su nacimiento.

Pero si en cualquier momento el mago que se agacha sobre usted gritara: "¡Habla! ¡Cuéntanos cómo es el camino!", usted no podría responder. Las sensaciones son suyas, pero el poder sobre su cuerpo —y este es uno de los grandes misterios— no le pertenece. Usted no puede describir cómo funciona el cuerpo que usted habita, ni representarse los raudos giros y danzas de las moléculas que lo componen, ni explicar por qué eligieron danzar dentro de esa particular estructura que es usted, o bien por qué en la larga escalera de las edades pasan bailando de una forma a otra. Es por este motivo que ya no me interesan las partículas finales. Señalame donde quiera, persígale hasta que se vuelvan innumrables cristales de proteínas que vibran en el borde de la vida. Use todos los grandes poderes de la mente y viaje hacia atrás hasta toparse con las caras terribles de los conquistadores en la nube de hidrógeno de donde nació el sol. Usted habrá realizado entonces la última disecación que exige nuestra cultura analítica, pero la nube seguirá velando el secreto, y si no es la nube, entonces la nada en que, parece ahora, puede a su turno disolverse la nube. El secreto, parafraseando un refrán salvaje, yace en el hueco de la noche.



URSULA K. LE GUIN

DUALISMO Y SEXUALIDAD

La historia
de un experimento
fascinante.

Ilustración de Luis Scafati

A mediados de la década del 60 el feminismo se ponía de nuevo en marcha, tras medio siglo de inactividad. Se preparaba una conmoción. Yo la sentía, pero no sabía que era una conmoción; pensaba que era sólo un problema personal. Yo me consideraba feminista; no veía cómo se podía ser una mujer pensante y no ser feminista; pero nunca había dado un paso más allá del terreno que conquistaron para nosotras Emmeline Pankhurst y Virginia Woolf.

Hacia 1967 empecé a sentir cierta inquietud, la necesidad de ir un poco más lejos, y tal vez por mi propia cuenta. Quería definir y comprender el significado de la sexualidad y el significado de los géneros, en mi vida y en nuestra so-

cialidad. En el inconsciente —tanto personal como colectivo— se habían acumulado muchos elementos que debían aflorar a la conciencia o bien volverse destructivos. Era la misma necesidad, creo, que había inducido a la Beauvoir a escribir *El segundo sexo*, y a Friedan a escribir *La mística femenina*, y lo que inducía, en la misma época, a Kate Millet y otras a escribir sus libros y a crear el nuevo feminismo. Pero yo no era una teórica, una pensadora o activista política, ni una socióloga. Era y soy una escritora de ficciones. Mi modo de pensar era escribir una novela. Esa novela, *La mano izquierda de la oscuridad*, es el registro de mi conciencia, el proceso de mi pensamiento.

Ahora que todos hemos pasado a un plano de conciencia más elevada en estas cuestiones, echar una ojeada retrospectiva al libro quizá revista algún interés, para ver qué hizo, qué intentó hacer, y qué pudo haber hecho, en la medida en que es un libro "feminista". (Repito una vez más esa calificación. Lo cierto es que el verdadero tema del libro no es el feminismo, el sexo, el género ni nada por el estilo; a mi entender, es un libro sobre la traición y la fidelidad. Por esa razón, uno de sus dos conjuntos de símbolos dominantes es una metáfora extendida del invierno, del hielo, la nieve, el frío: el viaje en invierno. El resto de este comentario sólo abarcará la mitad, la mitad menor, del libro.)

Está ambientado en un planeta llamado Gueden, cuyos habitantes humanos difieren de nosotros en su fisiología sexual. En vez de nuestra sexualidad continua, los guedenianos tienen un período de estro llamado "kémmer". Cuando no están en kémmer, son sexualmente inactivos e impotentes; además son andróginos. Un observador del libro describe el ciclo:

En la primera fase del kémmer [el individuo] es aún completamente andrógeno. El género, la potencia, no son alcanzados en el aislamiento. [...] No obstante, el impulso sexual es de un tremendo poder en esta fase, dominando el conjunto de la personalidad. [...] Cuando el individuo encuentra a un compañero en kémmer, la secreción hormonal es estimulada todavía más (sobre todo por contacto de secreciones, olor?) hasta que en una de las partes se establece un dominante hormonal masculina o femenina. Los genitales se dilatan o encogen según el caso, el juego preliminar se intensifica, y el

compañero en cuyo organismo el cambio del otro ha desencadenado procesos nuevos pasa a desempeñar el papel del otro sexo (quizá sin excepción...). [...] Los individuos normales no tienen predisposición a ser de un determinado sexo en kémmer; no saben si serán el macho o la hembra, y no tienen posibilidad de elegir. [...] La fase culminante [...] dura de dos a cinco días, y en ese tiempo el impulso y la capacidad sexuales alcanzan un nivel máximo. La fase termina de un modo bastante abrupto, y si no ha habido concepción, el individuo retorna a la fase sómmer [...] y el ciclo común comienza de nuevo. Si el individuo era la parte femenina y ha habido embarazo la actividad hormonal continúa, y durante el período de gestación, 8,4 meses, y el período de lactancia, de 6 a 8 meses, el individuo sigue siendo hembra. [...] Junto con el fin de la lactancia la hembra entra en sómmer, y pasa a ser una vez más un perfecto andrógeno. No se establece ningún hábito fisiológico, y la madre de varios niños puede ser padre de otros.

¿Por qué inventé a esta gente tan especial? No para que el libro pudiera incluir, hacia la mitad, la oración "El rey estaba preñado", aunque confieso que me gusta esa oración. Por cierto no para proponer Gueden como un modelo para la humanidad. No estoy a favor de la alteración genética del organismo humano, por lo menos no en nuestro actual nivel de comprensión. Yo no recomendaba la configuración sexual guedeniana: la utilizaba. Era un recurso heurístico, un experimento mental. Los físicos a menudo hacen experimentos mentales. Einstein disparó un rayo de luz a través de un ascensor en movimiento; Schrödinger pone un gato en una caja. No hay ascensor, no hay gato,

no hay caja. El experimento se realiza —y la pregunta se formula— en la mente. El ascensor de Einstein, el gato de Schrödinger, mis guedenianos, son sólo un modo de pensar. Son preguntas, no respuestas; proceso, no estasis. Creo que una de las funciones esenciales de la ciencia ficción es precisamente esta manera de formular preguntas: inversiones de nuestros hábitos de pensamiento, metáforas para las que nuestro lenguaje aún no tiene palabras, experimentos imaginarios.

El tema de mi experimento, pues, era algo de este tenor: A causa de nuestro condicionamiento social, nos cuesta ver con claridad qué diferencia en verdad a los hombres de las mujeres, aparte de una forma y función puramente fisiológicas. ¿Existen genuinas diferencias en temperamento, capacidad, talento, procesos psíquicos, etcétera? En tal caso, ¿cuáles son? Sólo la etnología comparativa ofrece, hasta ahora, evidencias sólidas sobre el problema, y las evidencias son incompletas y a menudo contradictorias. Los únicos experimentos sociales de la actualidad con verdadera relevancia son los kibbutzim y las comunas chinas, y también son poco concluyentes, al margen de que es difícil obtener información objetiva sobre ellos. ¿Cómo averiguarlo? Bien, siempre podemos poner un gato en una caja. Podemos enviar a un imaginario, aunque convencional, y aun mojado hombre joven de la Tierra a una cultura imaginaria que está totalmente libre de los papetes sexuales porque no existe ninguna distinción sexual de orden fisiológico. Eliminó el género para averiguar qué quedaba. Lo que quedaba sería, presuntamente, meramente humano. Defi-

niría la zona que hombres y mujeres comparten por igual.

Aún pienso que fue una idea bastante atinada. Pero, como experimento, era engoroso. Todos los resultados eran inciertos; si alguien más repetía el experimento, o aun yo misma siete años después, quizá arrojaría resultados totalmente diferentes. Científicamente, esto es muy indecoroso. De acuerdo; no soy científica. Me presto a un juego cuyas reglas cambian constantemente.

Entre estos resultados dudosos e inciertos, conseguidos mientras yo pensaba, y escribía, y escribía, y pensaba, acerca de mi gente imaginaria, tres me resultan bastante interesantes.

Primero: La ausencia de guerras. En los 13.000 años de la historia documentada de Gueden, no ha habido una sola guerra. Los habitantes parecen tan belicosos, competitivos y agresivos como nosotros; tienen peleas, muertes, asesinatos, riñas, saqueos y demás. Pero no ha habido grandes invasiones de pueblos en movimiento, como los mongoles en Asia o los blancos en el Nuevo Mundo: en parte porque las poblaciones guedenianas parecen conservar cierta estabilidad numérica, no se desplazan masiva o rápidamente. Sus migraciones han sido lentas, y ninguna generación ha ido muy lejos. No tienen pueblos nómades, ni sociedades que vivan de la expansión y la agresión a costa de otras sociedades. Tampoco han formado grandes naciones-estado gobernadas jerárquicamente, la entidad movilizable que constituye el factor esencial de la guerra moderna. La unidad social básica en todo el planeta es un grupo de 200 a 800 personas llamado "hogar", una estructura cimentada menos en la conveniencia económi-

ca que en la necesidad sexual (tiene que haber otros en kémmer al mismo tiempo), y por lo tanto de naturaleza más tribal que urbana, aunque con la superposición y el entrelazamiento de un patrón urbano tardío. El hogar tiende a ser comunal, independiente, y a veces introvertido. Las rivalidades entre hogares, y entre individuos, se encauzan hacia una forma de agresión aprobada socialmente y denominada *shifredor*, un conflicto sin violencia física, que involucra la preeminencia, la salvación o la pérdida del prestigio; el conflicto ritualizado, estilizado, dominado. Cuando estalla el *shifredor* puede haber violencia física, pero ella no deriva en violencia masiva, sino que es siempre limitada, personal. El grupo de participantes es siempre pequeño. La tendencia dispersiva es tan fuerte como la cohesiva. Históricamente, cuando los hogares formaron una nación por razones económicas, el patrón celular aún predominaba sobre el centralizado. Aunque hubiera un rey y un parlamento, la autoridad no era impuesta por la fuerza sino más bien mediante el *shifredor* y la intriga, y era aceptada consuetudinariamente, sin apelación a las ideas patriarcales del derecho divino, el deber patriótico, etcétera. El ritual y el desfile eran agentes del orden mucho más eficaces que los ejércitos y la policía. La estructura de clases era flexible y abierta; el valor de la jerarquía social era menos económico que estético, y no había una brecha grande entre ricos y pobres. No había esclavitud ni servidumbre. Nadie era dueño de nadie. No había bienes muebles. La organización económica era comunista o sindical antes que capitalista, y rara vez estaba muy centralizada.

Durante el periodo en que transcurre la novela, sin embargo, todo está cambiando. Una de las dos naciones grandes del planeta se está convirtiendo en nación-estado, sin exclusión del patriotismo y la burocracia. Ha alcanzado el capitalismo de estado y la centralización del poder, el gobierno autoritario y una policía secreta; y está por alcanzar la primera guerra de ese mundo.

¿Por qué presenté la primera imagen y la mostré mientras se transformaba en algo diferente? No estoy segura. Creo que trataba de mostrar un equilibrio, y la delicadeza de un equilibrio. Para mí el "principio femenino" es, o al menos ha sido históricamente, básicamente anárquico. Valora el orden sin confinamiento, el gobierno mediante la costumbre y no mediante la fuerza. Es el hombre quien impone el orden, quien construye estructuras de poder, quien fija, impone y rompe leyes. En Gueden, ambos principios están equilibrados: la descentralización contra la centralización, lo flexible contra lo rígido, lo circular contra lo lineal. Pero el equilibrio es un estado precario, y en el momento de la novela el equilibrio, que se había inclinado hacia lo "femenino", se está volcando hacia el otro lado.

Segundo: La ausencia de explotación. Los guedenianos no vejan su mundo. Han desarrollado alta tecnología, industria pesada, automóviles, radios, explosivos, etcétera, pero lo han hecho muy despacio, absorbiendo la tecnología en vez de permitir que los abrume. No tienen un mito del Progreso. El calendario siempre denomina Año Uno al año presente, y cuentan para atrás y para adelante a partir de él.

En esto, parece que también buscaba

un equilibrio: la linealidad impulsiva "masculina", las causas llevadas al extremo, el logicismo que no admite límites, por una parte, y por la otra la circularidad "femenina", la valoración de la paciencia, la madurez, la practicidad, la capacidad de vivir. Desde luego, existe en la Tierra un modelo de este equilibrio: la civilización china en los últimos seis milenios. (Cuando escribí el libro ignoraba que el paralelismo abarca incluso el calendario; los chinos no tenían un sistema lineal de fechación como el nuestro, que fija las fechas a partir del nacimiento de Cristo.)

Tercero. La ausencia de la sexualidad como un factor social continuo. Durante cuatro quintos del mes, la sexualidad de un guedeniano no desempeña ningún papel en su vida social (a menos que esté embarazado); en el quinto restante, lo domina en forma absoluta. En kémmer, es imperativo tener un compañero. (¿Alguien ha vivido en un departamento pequeño con un gato tabby en celo?) La sociedad guedeniana acepta plenamente este imperativo. Cuando un guedeniano debe hacer el amor, hace el amor, y todos esperan y aprueban que lo haga.

Pero, pese a todo, los seres humanos son seres humanos, no gatos. Pese a nuestra sexualidad continua y nuestra intensa autodomesticación (los animales domésticos tienden a ser promiscuos; los animales salvajes, constantes, familiares o tribales en su apareamiento), rara vez somos promiscuos de veras. Hay violaciones, por cierto, y en ello ningún animal se nos compara. Tenemos violaciones masivas, cuando un ejército (de varones, desde luego) invade un lugar; tenemos prostitución, la

promiscuidad controlada por la economía; y a veces una promiscuidad ritual reactiva controlada por la religión; pero en general solemos eludir los hábitos francamente licenciosos. A lo sumo los concedemos como un premio al Macho Alfa, en ciertas situaciones; rara vez son permitidos a la mujer sin penalidad social. Pareciera que el ser humano maduro, varón o mujer, no es satisfecho por la gratificación sexual sin compromiso psíquico, y quizá en verdad le *tema*, a juzgar por la gran variedad de controles y sanciones sociales, legales y religiosos ejercidos sobre ella en todas las sociedades humanas. El sexo es un gran maná, y por lo tanto la sociedad o la psiquis inmaduras lo rodean de muchos tabús. La cultura o psiquis más madura puede integrar estos tabús o leyes dentro de un código ético interno, el cual, aunque permita una gran libertad, no admite que otra persona sea tratada como objeto. Pero siempre hay un código, por irracional o racional que sea.

Como los guedenianos no pueden tener relaciones sexuales a menos que ambos compañeros lo deseen, como no pueden violar ni ser violados, supuse que la sexualidad les despertaría menos temores y culpas que las habituales entre nosotros, a causa de la característica extrema, explosiva, imperativa de la fase del estro. La sociedad de ellos tendría que controlarla, aunque pasaría con mayor facilidad que nosotros de la etapa del tabú a la etapa ética. De modo que el arreglo básico, descubrí, es el de la casa de kémmer, en toda la comunidad guedeniana, que está abierta a quienquiera esté en kémmer, nativo o forastero, para que encuentre un com-

pañero. Luego hay varias instituciones consuetudinarias (no legales), tales como el grupo de kemmerantes, un grupo que optó por juntarse durante el këmmer en forma regular; esto se asemeja a la tribu de primates, o matrimonio grupal. También está la posibilidad del voto de këmmer, es decir el matrimonio, el vínculo vitalicio, un compromiso personal no sancionado por la ley. Tales compromisos tienen un intenso significado moral y psíquico, pero no son controlados por la iglesia ni el estado. Por último, hay dos actos prohibidos, que pueden ser tabúes o ilegales o simplemente despreciables, según la región de Gueden donde uno se encuentre: primero, uno no copula con un pariente de otra generación (alguien que podría ser nuestro padre o nuestro hijo); segundo, podemos copular con nuestros hermanos, pero no ser sus kemmerantes vitalicios. Estas son viejas prohibiciones del incesto. Están tan generalizadas entre nosotros —y por buenas razones, a mi juicio, no tanto genéticas como psicológicas— que pareciera probable que fueran igualmente válidas en Gueden.

Estos tres "resultados" de mi experimento, pues, me parecen elaborados con bastante claridad y precisión, aunque distan de ser definitivos.

En otras áreas donde pude haber buscado resultados al menos igualmente plausibles, veo ahora una falla de elaboración o de expresión. Por ejemplo, creo que opté por lo más fácil al utilizar estructuras gubernamentales conocidas tales como la monarquía feudal y la burocracia moderna para los dos países guedenianos donde se desarrolla la novela. Dudo que los gobiernos guedenia-

nos, derivados del "hogar" celular, se asemejaran tanto a los nuestros. Podrían ser mejores o peores, pero sin duda serían diferentes.

Lamento aún más ciertas timideces e ineptitudes que exhibí al desarrollar las implicancias psíquicas de la fisiología guedeniana. Como un ejemplo entre muchos, ojalá hubiera conocido la obra de Jung cuando escribí el libro: de ese modo habría resuelto si un guedeniano *no tenía animus o anima*, o ambas cosas, o un animus... Pero la falla central en este aspecto surge en la crítica frecuente que recibo, que los guedenianos parecen *hombres*, no hombresmujeres.

Ello se debe en parte a la elección del pronombre. Llamo a los guedenianos "él" porque me niego terminantemente a forzar el idioma inventando un pronombre para "él/ella". Lamentablemente, "él" es el pronombre genérico en inglés. (Envío a los japoneses, que, según me dicen, tienen un pronombre *él/ella*.) Pero esto no me parece importante de veras. Los pronombres no estorbarían si yo hubiera sido más hábil para *mostrar* el componente "femenino" de los personajes guedenianos en *acción*. Lamentablemente, la trama y la estructura que surgieron mientras elaboraba el libro impusieron al protagonista guedeniano, Estraven, casi exclusivamente papeles que estamos culturalmente condicionados para percibir como "masculinos": primer ministro (Golda Meir e Indira Gandhi no bastan para destruir un estereotipo), intrigante político, fugitivo, convicto, conductor de trineos... Creo que lo hice porque personalmente me deleitaba observar cómo un *hombre*mujer, no un hombre hacia todas estas cosas y las hacía con

bastante gracia y habilidad. Pero, ante el lector, excluí muchos elementos. Uno no ve a Estraven como madre, con sus hijos, en ningún papel que automáticamente percibamos como "femenino": por lo tanto, tendemos a verlo como hombre. Ésta es una verdadera falla del libro, y sólo puedo estar agradecida a los lectores, hombres y mujeres, cuyo entusiasmo por participar en el experimento los indujo a salvar esa omisión con el trabajo de su propia imaginación, y a ver a Estraven como yo lo veía, como hombre y mujer, extraño y diferente, alienígena y totalmente humano.

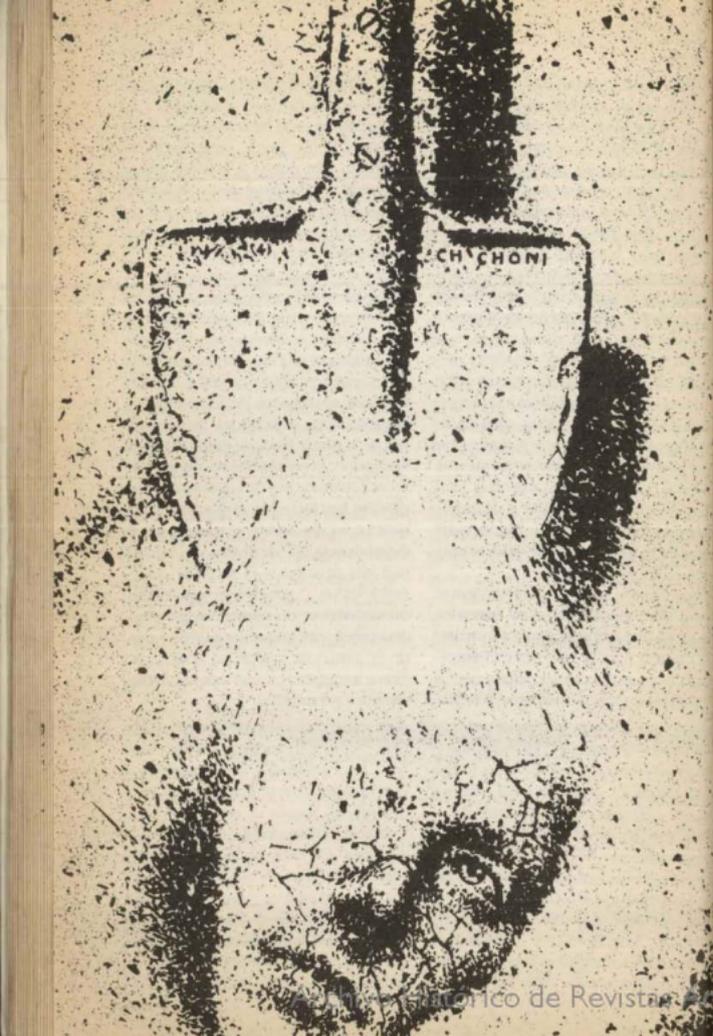
Parecen ser los hombres, con mayor frecuencia que las mujeres, quienes redondean mi obra de esa manera: creo que porque los hombres están más dispuestos a identificarse, mientras leen, con el pobre, confundido y defensivo Genly, el terrestre, y por lo tanto a participar en su doloroso y gradual descubrimiento del amor.

Por último, surge este interrogante: ¿es el libro una Utopía? A mi entender, no lo es; no plantea ninguna alternativa *practicable* para la sociedad contemporánea, pues se basa en un cambio radical e imaginario de la anatomía humana.

Sólo procura brindar un punto de vista alternativo, ensanchar la imaginación, sin hacer sugerencias muy terminantes en cuanto a lo que puede verse desde ese punto de vista nuevo. A lo sumo dice, a mi entender, algo como esto: si fuéramos socialmente ambisexuales, si los hombres y las mujeres fueran total y genuinamente iguales en lo social, iguales en lo legal y económico, iguales en su libertad, responsabilidad y autoestima, la sociedad sería muy diferente. Dios sabrá cuáles serían nuestros problemas; yo sólo sé que los tendríamos. Pero parece probable que nuestro problema central no sería el de ahora: el problema de la explotación, la explotación de la mujer, de los débiles, de la tierra. Nuestra maldición es la alienación, la separación de Yang y Yin. En vez de una busca de equilibrio e integración, hay lucha por el dominio. Se insiste en las divisiones, se niega la interdependencia. El dualismo de valores que nos destruye —el dualismo superior/inferior, gobernante/gobernado, poseedor/poseído, usuario/usado— podría ceder ante lo que me parece, a partir de aquí, una modalidad de integración e integridad mucho más saludable, sensata y promisoría.

Titulo del original en inglés: *Is Gender Necessary?*

© 1976 by Fawcett Publications, Inc. Traducción de Carlos Gardini.



CHICHONI

MARIO LEVRERO

CAPITULO XXX

*El milagro
de la metamorfosis
aparece en
todas partes.*

Ilustración de Oscar Chichoni

Llegó nadando desde la isla, solo, dio unos pasos sobre la arena y cayó. No había en él nada que pudiera inspirarme temor; por el contrario, en esa hazaña que yo creía imposible, una forma de llegar que no coincidía en absoluto con las leyendas que se contaban de invasiones terribles en naves impresionantes, había algo heroico y al mismo tiempo triste, algo que me hizo sentir una instantánea simpatía por el extranjero rubio.

Yo estaba sentado en las rocas, esperando la puesta del sol. Sabía lo que habría de suceder luego; por eso corrí hasta el cuerpo tendido y traté de apresurarme. Tenía los ojos abiertos, la mejilla derecha pegada a la arena, y jadeaba

en el límite del cansancio; estaba desnudo, sólo tenía un cinturón de cuero, y advertí de inmediato la bolsita prendida al cinturón. El ojo, azul, lejano, que me miraba, no mostraba temor.

Traté de levantarlo, pero nunca tuve mucha fuerza y él no parecía poder hacer nada por ayudarme. Era como un cuerpo muerto. Luego lo tomé de los brazos y comencé a arrastrarlo por la arena. Cabía una posibilidad de que no hubiera sido visto; pero pronto se oyeron los gritos en el bosque, y supe que todo era inútil.

Tuve un impulso raro: saqué mi navaja del bolsillo y corté los hilos que ataban la bolsita opaca al cinturón negro; la guardé en el bolsillo, junto con la nava-

ja, y me despedí mentalmente del extranjero.

Regresé a las rocas. No era una forma de esconderme, pues me podían ver; sabía, de todos modos, que a mí no habrían de hacerme daño. Simplemente no quería ser cómplice de lo que iba a suceder, aunque ya sentía por anticipado los remordimientos inevitables.

La luz extraña que sobreviene a la puesta del sol me mostró un cuerpo mutilado, trozado en siete pedazos, y una sangre entre violeta y negra que la arena absorbía rápidamente. Los adultos cavaron en la arena siete pozos distantes entre sí, y el cuerpo del extranjero fue enterrado, los miembros por aquí, la cabeza por allá, las partes del tronco, los pies, las manos. No quería mirar pero no pude evitarlo. La náusea jugó un rato en el estómago y luego vomité entre las rocas. Después, los adultos se retiraron, a través del bosque, y yo quedé solo en la playa, lleno de asco y de odio, y la playa no era ya la misma, era fría y hostil, y cuando aparecieron las estrellas también me parecían amenazadoras y frías.

Llegué a la cabaña muy entrada la noche, y a la luz del farol enterré la bolsita de nailon opaco en el suelo de tierra cerca de un rincón. Pensé que Luisa dormía, pero su voz un poco quebrada y ronca por el sueño me llegó desde la cama grande. Me sobresalté.

—¿Qué estás enterrando? —preguntó.

—Huevos —respondí—. Tres huevos rojos.

Mi forma de contestar eliminaba la posibilidad de nuevas preguntas, especialmente por el tono en que lo dije. De

inmediato lamenté mi sinceridad, pero luego comprendí que daba lo mismo; tarde o temprano habría de averiguarlo; el error fue no haber tomado mayores precauciones.

Me acosté, y Luisa dejó a un lado su muñeca favorita y se enroscó en torno de mi cuerpo.

1

Durante algunas semanas las cosas siguieron su curso aparentemente normal. Yo sabía que ya no era lo mismo, pero no imaginaba qué sucedería ni cuándo. En lo que me es particular, estuve evadiendo tanto los hechos como mis propios pensamientos. Me habría gustado poder olvidar lo visto en la playa, pero la escena volvía una y otra vez a mi memoria. Sentía recrudescer el odio contra los adultos, e incluso llegué a interrumpir deliberadamente mis charlas con uno de ellos, el más aceptable, a quien llamábamos el viejo F. También hacía lo posible por mantenerme apartado de mis compañeros, pero no siempre lo conseguía y muchas veces los necesitaba.

Después de un tiempo no pude menos que advertir algunas cosas y comenzar a relacionarlas entre sí, aunque no quise hallar la clave de inmediato. Hubo dos hechos evidentes y un tercero más subjetivo pero no menos real. El primero fue la desaparición de Inés, que se comentó brevemente entre los muchachos; no es que todos no quisiéramos a Inés y de alguna manera nos preocupara el asunto a todos por igual; pero a ellos ningún problema les duraba, y cuando no encontraban una solución inmediata

lo dejaban a un lado; al cabo de unos cuantos días, para ellos era como si Inés jamás hubiera existido. Luisa, en cambio, se notaba preocupada y como temerosa; y comencé a notar que se ausentaba y volvía sin dar explicaciones.

El segundo hecho fue el nacimiento de una plantita en la cabaña. Descubrí un tímido brote, exactamente sobre el lugar donde había enterrado la bolsita opaca. Se adivinaban un par de hojitas de un verde muy oscuro. El corazón me latió con fuerza y, sin saber por qué, me sentí invadido por una extraña y desconocida alegría.

El tercer hecho, que he llamado subjetivo, se fue manifestando con mucha lentitud pero, una vez constatado, se hizo firme e irreversible: descubrí que recordaba, o sabía, o creía recordar a saber una cantidad de cosas que nunca antes había sabido y que nadie me había enseñado. Lo sentía como una forma de comprensión que no puedo explicar: una relación distinta con el mundo de las hormigas y de los árboles, incluso una comprensión —que no excluía por ello el odio— del mundo de los adultos.

Algunas preguntas que vivían en mí informadas surgieron naturalmente, y también sus respuestas; otras no quise indagarlas, prefería dejarlas imprecisas, sin que afloraran; pero de todos modos, sabía que habrían de surgir en su momento, que dentro de mí estaba creciendo algo fuera de mi voluntad y que no podría detenerlo; sólo podía, tal vez, demorar la conciencia de este crecimiento, y hasta cierto punto. Por eso necesitaba alcohol, o volver a la promiscuidad del caserón, o jugar a las barajas con los muchachos.

El fin de esta etapa estuvo marcado

por mi visita al viejo F. Fue cuando las dos hojitas de la planta se habían unido en el extremo superior, formando como una esfera un tanto achatada, sobre la cual podía verse una circunferencia de pequeños puntos que brotaban, parecidos a verrugas. Quería ver al viejo F para hacerle algunas preguntas, no sólo acerca de estas cosas sino también de mí mismo. El viejo había vivido lo suficiente como para, por lo menos haber observado una serie de hechos; pero me constaba que, además, también sabía pensar. O tal vez quería verlo para que simplemente me confirmara en mi actitud. Pero no pude decirle nada.

Se mostró sorprendido al verme llegar, como quejándose de mi prolongada ausencia. Tenía un cigarrillo apagado en los labios, a un costado de la boca, y después de haberlo visto tantas veces lo noté, recién ahora, extraordinariamente parecido a mí: la cabeza calva, las arrugas, los ojos, pero no tanto los rasgos particulares sino el aspecto viejo, esa manera especial de ser viejo; él no se parecía a los otros adultos y viejos que yo conocía, ni yo me parecía a los jóvenes de mi edad (yo tenía, por esa época, unos quince años).

Fue una conversación muda, un dejarse estar, fumando y tomando mate, a veces con miradas fugaces, de reojo, de uno y de otro. Finalmente, cuando ya el mate hacía rato que había dejado de circular, y ya era noche cerrada, dijo "bueno", como habiendo cumplido sobradamente una parte prologal, casi complementaria, y ahora fuese necesario tocar el tema.

—Bueno —repetió—. ¿Qué pasa?

Me miró con gran ternura. Se me llevaron los ojos de lágrimas.

—No sé —respondí, mordiéndome los labios—. No sé.

Sentía una resistencia íntima, una íntima prohibición de hablar de todo aquello, del extranjero, de la bolsita, de Inés, de la planta, de Luisa y de mi proceso; y sentía agolparse las preguntas sobre mi origen incierto, sobre la isla y sus mujeres, sobre el mal que nos aquejaba a todos, y al fin rompí a llorar, como un niño, lleno de rabia y de vergüenza. Apreté los puños, pero seguí llorando.

El viejo dejó transcurrir la escena en silencio. Se levantó de su banco y desganada e innecesariamente se puso a encender el calentador a kerosén, y luego me habló, de espaldas a mí, como tratando un tema general sin importancia.

—Ya nada será igual, muchacho —y después de una pausa importante, agregó—: al menos para ti.

Eso bastaba. Le estreché la mano en silencio. El camino bajo las estrellas lo hice lento y pensativo.

II

Las puntitas como verrugas crecieron y se transformaron en una docena de tentáculos o cabellos gruesos. La planta alcanzó unos treinta centímetros de altura, y el tallo tenía un color violáceo y la esfera y sus tentáculos un violeta más rojizo. Estos apéndices, doblados por su propio peso, describían una suave curva y caían hasta la mitad de la altura del tallo. Después, comenzó la extraña relación con las mosquitas.

Siempre había visto con cierta simpatía un tipo de mosquita que era distinto de otras variedades; a éstas jamás se las

veía revoloteando o posándose sobre la gente o la comida; simplemente se quedaban quietas, sobre una pared o un trapo colgado, preferentemente en zonas húmedas. Las alas eran redondeadas, más anchas y muy separadas en el extremo posterior, y casi unidas, más rectas, en el nacimiento junto a la cabecita. Parecían mustias mariposas diminutas, de alas grises permanentemente desplegadas.

Estas mosquitas comenzaron a multiplicarse en la cabaña, y se concentraban en el rincón donde estaba la planta; luego noté que entraban y salían de pequeños orificios en los apéndices. Si no hubiese existido en mí ese respeto por su relación evidente con los huevos rojos enterrados, habría cedido a la tentación de seccionar la planta para saber qué buscaban allí las mosquitas y hasta dónde llegaban en esos conductos.

Paralelamente a estos procesos, Luisa había desaparecido un tiempo largo, parte de este tiempo, lo supe, lo empleó ella también en la promiscuidad del caserón. No me molestó que lo hiciera. Cuando volvió no le hice preguntas ni reproches, y la acepté con naturalidad; en cambio, llegué a enfurecerme cuando la vi una tarde, ocupada en espantar o tratar de matar mosquitas con un trapo. Ella se ofendió y, en venganza, volvió al caserón; pero un par de días más tarde estaba de vuelta en la cabaña.

Cuando los apéndices, que seguían creciendo, llegaron a tocar el suelo, aparecieron las hormigas. Era un poquito más grandes que las que habitualmente me dedicaba a observar, pero parecían pertenecer a la misma especie; tienen la cabeza pequeña con dos antenas y mandíbulas apreciables a simple

vista; el cuerpo se compone de dos segmentos, unidos por una estrecha cintura. Me gustaba verlas caminar por su movimiento cimbreante, de gran elegancia. Estas hormigas habían abierto una boca de hormiguero dentro de la cabaña, en el rincón, y se plegaron a las mosquitas en esa curiosa actividad de entrar y salir por los apéndices. Del hormiguero partía una hilera ordenada que entraba, luego salía por un apéndice distinto y regresaba también en forma ordenada.

En principio temí que destruyeran la planta, y estuve inquieto, observando, hasta descubrir que regresaban invariablemente sin nada, a diferencia de las otras hormigas que acostumbra trozar hojas y flores y las cargan hacia el hormiguero. También noté con alivio que la planta no se resentía en absoluto con esta actividad, y que seguía creciendo. Las hormigas y las mosquitas no se interferían; las primeras se contentaban con un apéndice de entrada y otro de salida, y no imagino qué sucedía cuando se encontraban dentro con las mosquitas que utilizaban los demás conductos. Nunca advertí señales de enfrentamiento.

Una tarde aparecieron algunos de los muchachos —Alberto, Eduardo, Mabel, Esther y no sé si algún otro— con botellas de alcohol, que habían conseguido donde los adultos. También traían trozos de carne asada. Estuvimos comiendo y bebiendo, y luego nos entró una cierta modorra. Yo me recosté en el suelo, la cabeza apoyada contra uno de los troncos horizontales de la pared de la cabaña, cerca de la planta; temía que los chicos, consciente o inconsciente-

mente, le hicieran daño. Luisa, que continuaba sus relaciones un poco difíciles conmigo, se acostó con uno de ellos, no sé si Alberto o Eduardo, y Esther y el otro también se enlazaron, en el suelo, a un costado de la cama. Mabel comenzó a mirarme intensamente, sentada frente a mí contra la pared opuesta, pero yo estaba en una elaboración mental muy interesante acerca de la planta, de las hormigas, de las mosquitas y del extranjero, y en ese momento había logrado unir todo y sacar una conclusión inobjetable. Sentí necesidad de hablar inmediatamente con Luisa, pero ella seguía ocupada.

Dejé que mi mente siguiera trabajando en sus combinaciones, y entré en una somnolencia que, curiosamente, no interrumpía ni entorpecía mis pensamientos: simplemente me separaba de ellos, casi diría que podía observarlos, y perdían su formulación en palabras o en imágenes, y eran ahora un hermoso transcurrir, un dibujo de múltiples líneas fluientes que se entrelazaban y entrecruzaban. Mabel, tal vez aguijonada por mi apatía o simplemente por su propio deseo, comenzó a arrastrarse en mi dirección. Luego me estubo acariciando el cuerpo, y por fin me desprendió el pantalón y comenzó a jugar con mi sexo. Yo noté, excitado, que se abría un nuevo conducto en mi mente. Era algo que nunca me había sucedido. Podía sentir y aún participar sensitivamente en las maniobras de la muchacha, y mi juego de pensamientos no se interrumpía, y al mismo tiempo podía observar las dos cosas desde un tercer punto mental. A Mabel probablemente le enfureciera mi actitud pasiva, y la furia la sobrecitaba y la llevaba a multiplicar

sus manifestaciones eróticas. Por mi parte, cada vez que advenía el orgasmo me inundaba una felicidad desconocida, algo que tenía más que ver con los procesos mentales que con lo estrictamente sexual: una liberación, un perfeccionamiento o una purificación de esas ideas no expresadas.

Después me entró el pánico. Me asusté de mí mismo, sentí que estaba loco o a punto de enloquecer, en un estado donde no había pautas ni referencias habituales; entonces me vi obligado a actuar, a deshacer de alguna manera aquel estado de felicidad que me producía miedo. Salí de mi cómoda posición, me levanté, tomé a Mabel de los hombros y la sacudí con odio; luego laforcé a ponerse de rodillas y le introduje el sexo en la boca. Luisa se había sentado en la cama, los demás dormían, y ella me contó más tarde, muy asustada, que me vio aferrado a los cabellos de Mabel, quien lloraba de dolor y de rabia, y que en el momento del orgasmo mi cara y todo mi cuerpo se habían vuelto, por unos instantes, color ceniza; que yo parecía tan viejo que ya no había edad que se me pudiera adjudicar, viejo como un cadáver embalsamado, las arrugas del rostro pronunciadas hasta tal punto que parecía una pieza de cerámica agrietada. Yo no conservo memoria de esos instantes; sólo recuerdo que salí de allí de inmediato y me fui a dormir al bosque.

III

Había perdido la playa y las puestas de sol. El cadáver trozado del extranjero rubio había envenenado para siem-

pre mi único momento feliz, pleno, esos atardeceres silenciosos y rojos. Las veces que había regresado a las rocas me había sentido nervioso y desajustado del paisaje, mi relación con las cosas que veía y sentía era angustiada o distraída: como si me imitara a mí mismo, un homrecito sentado en las rocas gozando de la puesta de sol. Y por eso dejé de ir, aunque algo que había en la playa me llamaba, sin que yo supiera qué. Al mismo tiempo, cada vez me costaba más salir de la cabaña: me había obsesionado con la idea de que alguien pudiera dañar la planta o los insectos, y había asumido un papel de guardián que, en verdad, sólo me quitaba independencia o me llenaba de fastidio. Más de una vez pensé en mí mismo como en un triste adulto, de esos que pasan la vida acumulando cosas en previsión de un invierno que raras veces llega. Por algún motivo, Luisa seguía a mi lado; continuaba sus metódicas excursiones y su ensimismamiento, llegaba a exasperarme con su prolijidad y complejidad en el juego de muñecas, las que vestía y desvestía, peinaba y despeinaba, y hasta hablaba con ellas y simulaba invitarlas a tomar el té.

El pequeño mundo que se movía en torno a la planta crecía visiblemente; la planta, más vigorosa y maciza que nunca, me llegaba ya a la altura del ombligo, y los apéndices, ahora más gruesos y parecidos a trompas de elefante, habían crecido proporcionalmente y siempre sus bocas reposaban sobre la tierra. El tono violáceo había adquirido matices verdosos y rojos. La actividad de las hormigas era febril: conté hasta ocho columnas muy nutridas de obreras que iban y venían. Habían abierto nuevas

bocas de hormiguero cerca de la planta. Las mosquitas formaban pequeñas colonias, como racimos; al parecer habían abandonado esa soledad que las distinguía y las hacía tan simpáticas, y se integraban a oscuros manchones que decoraban las paredes y el techo alrededor de la planta; y entraban y salían de los apéndices no ya de una sino en grupos.

Sintiendo que las cosas habían llegado a algún punto de maduración que sólo podía intuir, y como si recibiera una orden de mí mismo que debía aceptar sin discusión, me resolví a poner en claro algunas cosas, comenzando por ajustarle las tuercas a Luisa. Cuando volvió de una de sus misteriosas excursiones le tomé de las manos y la miré a los ojos.

—¿Dónde está Inés? —pregunté con firmeza.

Ella intentó hacerse la desentendida, pero había desviado la vista y supe que no me equivocaba. Intenté varias veces hacerla hablar por las buenas, pero luego perdí la paciencia y le retorci el brazo. Ella tuvo que girar el cuerpo y fue cayendo de rodillas, de espaldas a mí, gritando y quejándose de que le dolía y le estaba quebrando el brazo. Yo me mantuve firme. Y cuando había logrado arrancarle la promesa de revelarme todo y estaba a punto de soltarla, llegaron los demás y se quedaron mudos ante la escena.

Luisa aprovechó mi confusión para liberarse y colocarse de un salto fuera de mi alcance. Los ojos le brillaban, por las lágrimas y la furia, y señalándome con un índice les gritó a los demás: —¡Jorg está loco! —y desviando el índice hacia el rincón: —¡Por culpa de esa planta!

Los otros nunca habían reparado en la planta, o si lo habían hecho no le habían dado importancia. Ahora la miraron con curiosidad. Recuerdo las caras de Esteban y Lucía, de Alberto y de Silvia, que mostraban asombro y repugnancia. Nunca habíamos visto una planta parecida, y la verdad es que su aspecto no era agradable, lo mismo que el misterioso e intenso movimiento vital a su alrededor.

—No digas más nada —advertí a Luisa, mirándola duramente. Comprendí que era imposible hacerla callar, y apenas abrió la boca le tiré un golpe de puño que alcanzó a tapar las primeras palabras; le partió un labio y empezó a sangrar en forma abundante. Los demás se dividieron en dos grupos: uno, formado por muchachas, corrió a auxiliar a Luisa que lloraba y gritaba; el otro, casi todos varones, se acercó a mí y a la planta; yo me interpeuse entre la planta y ellos.

—¡Jorg —dijo Alberto—, Jorg.

—Al diablo —les dije—. Vayanse de aquí.

—¡Jorg, no hables como un adulto. ¿Qué pasa?

—Nada que les interese. Vayanse. La cabaña es mía. Luisa es mía. La planta es mía. No tienen nada que hacer acá. Fuera.

Dudaron unos instantes y me pareció que se ponían tícidamente de acuerdo para la violencia; pero yo estaba preparado. Cuando Eduardo se aproximó a la planta, yo ya tenía interpuesta una silla, agarrada por el respaldo con la mano izquierda, y en la derecha una de las botellas vacías que habían quedado. Rompí la botella contra la pared de troncos y exhibí los fillos de vidrio en forma amenazante. Eduardo retrocedió.

—Se van a ir —les dije, y comencé a hacer girar el fragmento de botella muy cerca de sus ojos. Todos retrocedieron hacia la puerta. Las muchachas también. Y comenzaron a irse; y todos menos Mabel, quien no había participado en nada y estaba sentada en el suelo, en un rincón, un poco oculta por la cama—. Luisa se queda —agregué, tomándola de un brazo. Esther y Alberto intentaban llevarse-la, todavía sangrando del labio y llorando, pero la amenaza de la botella hizo que la soltaran. Al fin se fueron todos y cerré la puerta, trancando por dentro con un oxidado pasador que nunca habíamos usado y que me costó mover.

IV

Mi transformación física coincidió con la nueva relación, entre las muchachas y yo; por algún motivo difícil de imaginar, Mabel se había quedado en la cabaña y trabajó en Luisa para hacerle olvidar la mala impresión de mis golpes y lograr que se integrase a ese raro mundo formado por ella y por mí, por la planta y los insectos. Mabel se volvió una aliada imprescindible; actuaba de espía en el caserón, tranquilizándome de tanto en tanto con noticias; también hizo unos cuantos viajes hasta el lugar de los adultos, y trajo algunos elementos que había decidido acumular: un pico, una pala, un par de carretillas, comida envasada, algunos encendedores de fuego y varias cosas más. Luisa insistía en sus excursiones: el primer día lo pasé muy nervioso pensando que quizás no volvería; pero volvió, y la dejé en paz mientras continuaba con mi plan de

defensa y acumulación. Pero la mayor parte del tiempo la pasábamos en juegos eróticos alcanzando, en las variantes los tres, extremos nunca imaginados por mí anteriormente; y yo me sentía cada vez más ajeno y dividido. Curiosamente, era Mabel quien impulsaba estos juegos.

La planta perdía sus apéndices; y las hormigas y mosquitas cesaban su actividad y entraban en un período de aparente reposo. Las mosquitas formaban ya unos racimos abultadísimo, como núcleos enormes, de los cuales se desprendían varias ramas, también integradas por mosquitas, que se unían a otros núcleos, y prácticamente ocupaban así todas las paredes y el techo de la cabaña. Las hormigas se habían sumido en el hormiguero, aunque de vez en cuando se veía alguna dando vueltas en torno a las bocas, o aisladamente, explorando distintos lugares.

Al cabo de unas semanas de este tipo de vida mi cuerpo había adquirido en forma permanente aquel aspecto agritado y grisáceo que Luisa había sorprendido en mí durante el instante fugaz de un orgasmo. Podía escarbar con los dedos en los profundos surcos de mi cara, que tenía una consistencia de cartón y que parecía tender a hacerse aún más dura, como piedra. El cuerpo se me había vuelto gris, y toda mi vellosidad de brazos y piernas y pecho se estaba volviendo blanca; también noté que nacía un vello nuevo, blancuzco, en todas las partes que antes carecían de él, como la cabeza, la espalda y el revés de brazos y piernas. Fui adquiriendo el aspecto de esos penachos que veía crecer en el campo, al borde de los caminos.

Mi actividad mental también era dis-

tinta; había vuelto en cierto modo a la inconsciencia primitiva, como antes de la llegada del extranjero; pero ya no me sentía en ningún momento integrado a las cosas, no gozaba de las frutas ni de la puesta de sol, la que, por otra parte, ya no trataba de mirar; y aunque no pensara mayormente, tenía, en fugaces visiones, una clara noción de lo que debía hacer; y lo hacía, sin preguntarme nada.

Una tarde anduve por el bosque, cuando ya había adquirido la suficiente confianza en las chicas como para dejarlas cuidando la cabaña, y al regresar, ya anochecido, encontré una escena terrorífica. Mabel yacía inerte en el suelo, y Luisa se debatía, no supe si gozosa o desesperada, en los brazos de un ser monstruoso que la cubría sobre la cama. La luz del farol me mostró un cuerpo con reminiscencias humanas. Enormes manos negras atenazaban las muñecas de Luisa, y similares manos sujetaban sus tobillos, sosteniéndole las piernas separadas. Los brazos y piernas del monstruo no estaban en relación a esas manos; eran más delgados, y los brazos se espesaban a la altura de lo que podrían ser los hombros o la cabeza, no bien delimitados por un cuello. Luego los hombros se estrechaban y en lugar de espalda había como un brazo más, aunque bastante grueso, que luego se ramificaba en las dos piernas. A la altura del vientre de Luisa, y coincidiendo con el punto de ramificación, había un enorme abultamiento esférico. Sobre las blancas sábanas podían verse muchas mosquitas muertas. Luisa revolvió la cabeza y me miraba con unos ojos que no sé si lograban verme, unos ojos espantados, muy abiertos, y al mismo tiempo

mostraba en su boca la curva de placer que me era tan conocida. Me dediqué a atender a Mabel; comprobé que respiraba, y traté de hacerla reaccionar con agua y dándole golpecitos en las mejillas; no lo conseguí, y la dejé en su sitio.

El ser, y creo que está era lo más impresionante, no guardaba una forma permanente, sino que parecía bullir, engrosar unas partes y adelgazar otras, y por momentos llegaba a faltarle un trozo de un brazo o de una pierna, sin que por ello la mano correspondiente dejara de atenzar, y luego volvía a recomponerse. Por fin, unas sacudidas de los cuerpos, y Luisa cerró los ojos y suspiró. Luego, el monstruo se fue desintegrando: sus manos superiores e inferiores se deshicieron en miles de mosquitas que volvían desordenadamente a las paredes y el techo; luego los brazos y piernas, y lo que podría ser el tronco, y finalmente el abultamiento central, que sin desintegrarse se desprendió de Luisa y se elevó en el aire. Pude observar algo como un enorme sexo masculino que pendía de ese abultamiento, mucho más complejo que un miembro humano. Había en el extremo unos tentáculos, parecidos a los que había perdido la planta, y a la débil luz del farol creí advertir pequenitas y perfectas manos en la punta de algunos de ellos, y otras raras formaciones. El conjunto adquirió una esfericidad casi perfecta, flotó largamente cerca del techo, y se fue desintegrando con cierto orden; las mosquitas retornaron a sus impasibles racimos en las paredes.

Mabel se reanimó, pero tanto ella como Luisa tardaron mucho en recuperarse el habla. Aunque yo estaba ansioso por conocer la historia, debí esperar

más de una hora y, de todos modos, no me aclararon mucho. Sin que ninguna lo advirtiera, se había formado ese abultamiento con miembro, y de pronto Mabel sintió que algo le rozaba el vientre y bajó la vista y vio aquello y dio un grito; luego lo rechazó con las manos tocando algo que la asqueó, una suma de pequeños objetos blandos y movientes, y se quitó el cinturón de su vestido y empezó a azotar a la cosa. Luisa no pudo advertirle a tiempo que algo similar se aproximaba por detrás, y una masa de mosquitas la golpeó con la cabeza haciéndole perder el sentido. Entonces se fue integrando el ser tal como yo había logrado verlo, y se dirigió a Luisa, y la vio comportándose como lo habría hecho un humano. Luisa debió confesar, no sin vergüenza, que nunca antes había sentido tanto placer como en el momento del orgasmo del monstruo.

V

El proceso se fue acelerando. Yo sentía la cabeza cada vez más pesada y el cuerpo más débil. La vellosidad era ahora pareja y presentaba un aspecto curioso. Varios vellos se unían en un punto, como un manojó, y se habían hecho totalmente blancos y muy delgados. Me costaba moverme y hasta hablar; sentía especialmente endurecidas las articulaciones de la mandíbula.

Mis sueños se poblaron de imágenes eróticas muy intensas; eran en colores y todos transcurrían en la isla. Las temidas mujeres de la isla, cuya sola mención causaba pavor a cualquier habitante de la costa, y a quienes se debía esa constante vigilancia de pequeños con-

tingentes como el que había dado muerte al extranjero rubio (y a ellas se debían, según la leyenda, la enfermedad que hacía infecundas a nuestras mujeres y la escasez de varones, que raptaban recién nacidos en aquellas invasiones periódicas), estas mujeres, en mis sueños, eran buenas y hermosas, estaban desnudas y eran maduras y excitantes.

Al despertar bruscamente una madrugada, tal vez por un ruido que no llegué a oír en forma consciente, y aún dormido por la tensión erótica de uno de estos sueños y con los ojos llenos de estas imágenes coloridas que se desintegraban lentamente, como humo, logré percibir una escena grotesca: Mabel se había levantado y, en una posición ridícula, hacía el amor con la planta; parecer más exacto, se masturbaba con la planta, de aspecto y consistencia decididamente fállicos al perder sus apéndices. El efecto que debió ser, tal vez, cómico, o, en todo caso, muy incómodo para mí, se transformó en otro más terrible, porque los ojos y la expresión de la cara mostraban que la muchacha estaba viviendo una experiencia extraordinaria, más allá de todo goce o sufrimiento; la expresión era mística y preferí no seguir mirando y traté de dormir.

Mabel vino jadeante y traía noticias graves: las mosquitas habían atacado a las chicas del caserón, y ahora vendrían todos a destruir la cabaña, la planta y las mosquitas, y tal vez también a nosotros si oponíamos resistencia: hablaban de kerosén y de teas.

Luisa tenía el vientre abultado y se quejaba de náuseas; de todos modos, mi debilidad era extrema, y le di la pala y la

obligué a cavar alrededor de la planta. Instruí a Mabel para que reuniera ciertas cosas elementales y las acomodara en el carrito. Pusimos la planta en una lata grande, y ésta encima de la carretilla. Yo, armado con el pico, abrí la marcha. Detrás venían Luisa y Mabel, empujando respectivamente la carretilla y el carrito.

—Vamos con Inés —le dije a Luisa. Ella se sorprendió. En todo ese tiempo no habíamos hablado de Inés y pensaba que yo la había olvidado. Pero ése era el momento que yo estaba esperando, y Luisa supo, por mi voz y por la gravedad de las circunstancias, que no había nada que hacer. Indicó que era preciso cruzar el bosque y trasponer un alambrado, del otro lado del camino; y allá donde terminaba la franja de campo y comenzaban las grutas próximas al mar, estaba Inés, en una de las grutas.

En el camino la planta separó, a la luz del sol, aquellas dos hojas iniciales que se habían cerrado para formar la esfera, y formaron ahora una flor enorme, de pétalos gruesos y carnosos, cuya parte interior tenía un colorido indescriptible, y exhalaba un perfume intenso y turbador. Estas emanaciones me embriagaban, traté de mantenerme alejado de la carretilla que llevaba Luisa; pero de tanto en tanto no podía evitar detenerme a contemplar la belleza del colorido y respirar un instante la fragancia. Curiosamente, este mismo perfume despertaba en Luisa un asco profundo, y más de una vez se detuvo a vomitar. Luego optó por taparse la nariz con una especie de venda, pero decía que de todos modos el perfume le penetraba por la garganta y volvía a vomitar. Luego Mabel también se descomposó, y nota-

mos que su vientre comenzaba a abultar como el de Luisa.

A mi alrededor flotaban graciosas plumillas que miré con simpatía, algo como las semillas de cardo que conocíamos por el nombre familiar de "panaderos". De a ratos soplaban una brisa que las dispersaba, pero luego volvían a rodearme otras. Las muchachas descubrieron que se trataba de mi propio cuerpo. Tironcé de un manojito de vello del pecho y noté que se desprendía sin ningún dolor, y quedaba entre mis dedos; los vellos se unían en un núcleo, que no era otra cosa que un pedacito de mí mismo. Y al soltarlo se abrían los vellos en abanico esférico y la semilla flotaba en el aire. En el lugar correspondiente del pecho quedó un pequeño hueco, y vi que había varios, algunos unidos entre sí formando lamparones grises. Y al tocar con los dedos uno de estos lamparones en la pierna, noté que también estaba formado por vello que se desprendía fácilmente. Mi cuerpo todo se desintegraba.

Inés se había hecho un nido con plumas, pajas, trozos de género y otras cosas blandas, y estaba reclinada, sonriente, esperando con ansia el término de sus meses de encierro. Extrajo por unos instantes el huevo rojo que guardaba en su cuerpo y lo exhibió con orgullo, pero no nos permitió acercarnos.

—Está vivo —dijo, con felicidad entusiasta y contagiosa—. Se mueve, golpea las paredes.

Desempacamos nuestras cosas. Mi principal preocupación era la planta. En aquel paraje no había tierra, sino roca; y fuera de las grutas, cerca del mar, arena. Temía que la arena no sirviera, y al mis-

mo tiempo comprendía la necesidad de sol que tenía la flor recién abierta. Le dije a Luisa que me siguiera con la carretilla, y estuvimos dando vueltas largamente por la zona antes de decidirme. Por fin encontré un lugar que me pareció adecuado, oculto entre varias rocas, arenoso y muy iluminado por el sol. Luisa tuvo que aceptar la idea de cavrar otra vez, y encontró ahora la tarea más fácil porque la arena era blanda.

Una vez en su sitio definitivo, me quedé fascinado en su contemplación. Las tonalidades rojas y violetas del interior, con vetas negras y blancas, y un zigzaguear verde, y vetas amarillas, azules, y todo eso mezclado con el perfume, hacía que las sienas me latieran locamente, y por fin no pude resistir; le dije a Luisa que se fuera, y cuando la vi lejos con la carretilla me aproximé a la flor, la respiré hasta llenar los pulmones, y me dejé acudir a su llamado. No necesité quitarme las ropas porque hacía tiempo que no usaba: mi cuerpo insensible a la temperatura y nuestra forma de convivencia la habían hecho innecesaria. La flor pareció inclinarse, volverse hacia mí cuando mi sexo buscaba introducirse en su profunda garganta, y los pétalos se cerraron dulcemente y allá adentro había un centenar de pequeñas lenguas que me acariciarían hasta volverme loco. Me tendí en la arena y la planta se dobló amablemente. Cerré los ojos y entré en una especie de sopor delirante, y las lenguas se llevaban continuamente mi vida hacia sus entrañas.

VI

A la gruta regresó un ser que poco se me parecía, no sé cuánto tiempo des-

pués. Asusté a las chicas. Me sostenía la cabeza con las manos, porque ya el peso de la piedra era intolerable; y del cuerpo quedaba muy poco. Apenas si podía hablar, los dientes apretados. Luisa y Mabel yacían boca arriba, con el vientre y los pechos inflados de manera increíble. Sólo Inés se mantenía igual a sí misma. Yo había regresado con una sola idea, fija, obsesiva. Me dirigí a Luisa:

—El ter-cer hue-vo-ro-jo—articulé, y la voz me brotaba desde adentro, ronca y apenas audible.

—Quedó allá, en el caserón—dijo, y sentí que la rabia me bullía.

—¿Dón-de?—pregunté, y me dijo que lo había escondido en una lata, en la parte más alta del armario de la cocina, fuera del alcance de todo el mundo. Comencé a tambalearme, a salir de la gruta.

—¡Jorg!—gritó Mabel—. ¡No seas loco, no vayas allá!

Las tres se unieron en un grito lastimero; yo continué mi camino, sin poder explicar nada, ni siquiera que no podía morir, que nada podía hacerme daño, que jamás podría tener descanso mientras no completara mi obra.

Al pasar por donde había estado la cabina, la encontré en ruinas, aún humeantes. Llegué al caserón. Sólo estaba Virginia, la menor de nosotros. Tenía diez años. Al verme dio un grito de terror; no me había reconocido. Me fue muy difícil tratar de ser dulce, pero al fin logré convencerla de que era yo, y más aún, de que debía ayudarme.

Se trepó a una silla y rescató la jaita de lata; la destapó y me mostró que, efectivamente, el huevo rojo se encontraba allí. Yo no podía usar las manos: si dejaba de sostenerme la cabeza, esta

caería sobre el pecho o, incluso, se despegaría del cuerpo. Le expliqué trabajosamente cómo llegar a la gruta, y le pedí que ocultara el huevo entre sus ropas, que lo cuidara mucho y que no hablara con nadie del asunto.

—Ahí vienen—dijo Virginia.

—Pron-to—dije— por la puer-ta del fon-do a la gru-ta ya.

—¿Y tú?

—No hay tiem-po, va-mos.

Me contempló un instante más, con lágrimas en los ojos, y venciendo toda su repugnancia acercó los pequeños labios a los míos y depositó un tierno y húmedo beso en la piedra resaca. Luego salió corriendo a cumplir su misión; era una niña pequeña, había comprendido todo.

Yo me tambaleé hasta la puerta de entrada, y allí esperé a mis compañeros.

No me reconocieron, ni intenté hacer nada en ese sentido. Se aterraron ante mi presencia y huyeron en todas direcciones; luego regresaron, lentamente, trayendo picos y palos. Alberto me pegó en el hombro con un palo, y un montón de semillas se elevó y la brisa las esparció alegremente. Me pegaron en la cabeza y el palo se rompió. No pude reirme, pero algo escapó de mi garganta. Luego se me tiraron todos encima, golpeando incluso con las partes metálicas de sus implementos, y pronto quedé un esqueleto con algunos órganos más o menos petrificados y una nube de panaderos que se elevaba y se dispersaba en el aire. La cabeza había rodado varios metros.

Los muchachos se fueron a vivir con los adultos y no regresaron al caserón. Pasaron muchos días antes de que al-

guien se acercara a mi cabeza. Yo mantenía los ojos abiertos y no pensaba en nada; de vez en cuando se agitaba alguna idea, como una chispita que recorriera un cable en el cerebro, pero pronto moría. Tampoco sentía aburrimiento.

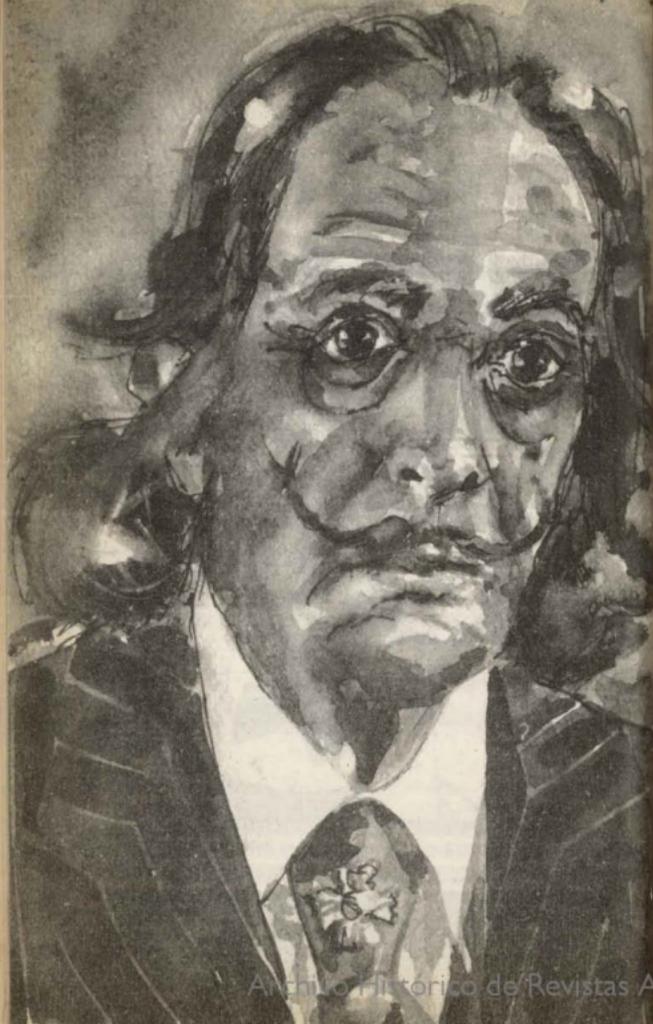
Se aproximó una figura extraña, parecía una enorme mujer recién nacida. Caminaba con dificultad, y era esbelta como yo había soñado a las mujeres de la isla. Pero su cuerpo era negro, de un negro reluciente, casi metálico, formado por infinitud de globitos. Se detuvo a pocos pasos de mi cabeza y la contempló.

—Jorg—dijo. Yo no podía hablar. Se acercó a mi cabeza e intentó agacharse; alcancé a ver una mano de seis dedos. Cayó al suelo, y le dio gran trabajo coordinar los movimientos para enderezarse otra vez. Luego, con mayor soltura, consiguió ponerse en cuclillas y acariciar mi cabeza. Noté que había corregido la mano: ahora tenía cinco dedos.

—Jorg, Jorg—volvió a decir, y su voz era cálida y no provenía de cuerdas vocales. Entonces, si hubiese tenido aún el corazón, me habría dado un salto; pero el efecto fue el mismo. Reconocí a la mujer. Eran las hormigas, que de algún modo habían logrado una gran perfección en su nueva colonia de forma humana. Y esta mujer tenía también un vientre abultado. De mis ojos, que aún no eran de piedra, brotaron algunas lágrimas difíciles.

VII

Mucho después vino el viejo F. Traía una carretilla, y allí juntó mis huesos y



J. G. BALLARD

SALVADOR DALÍ

(EL INOCENTE COMO PARANOIDE)

*Dos magos frente
a frente: poco importa
quién es el observador
y quién el observado.*

Ilustración de Humberto Lopardo

El arte de Salvador Dalí es una metáfora que abarca el siglo veinte. En los productos de su genio el matrimonio de la razón y la pesadilla es celebrado sobre un altar manchado con excrementos, en una ceremonia cuyo texto es un manual de psicopatología. Las pinturas de Dalí constituyen un cuerpo de profecías acerca de nosotros mismos cuya precisión no ha sido igualada desde *El malestar en la cultura* de Freud. El voyeurismo, la insatisfacción, el horror biomórfico, la puerilidad de nuestros sueños y aspiraciones, todas estas enfermedades de la psiquis que Dalí diagnosticó atinadamente ahora han culminado en el crimen más siniestro del siglo: la muerte del afecto.

Este abandono del sentimiento y la emoción ha allanado el camino de nuestros placeres más tiernos y reales: en las excitaciones provocadas por el dolor y la mutilación; en el sexo como una arena ideal —semejante a un caldo de cultivo de pus estéril— para las verónicas de nuestras perversiones; en nuestra libertad moral para encarar nuestra psicopatología como un juego; y en nuestro creciente poder de abstracción. Nuestros hijos tienen menos que temer de los coches en las autopistas del mañana que del placer con que calculamos sus muertes futuras de acuerdo con los parámetros más elegantes.

Las pinturas de Dalí no sólo anticipan la crisis psíquica que produjo este glau-

co paraíso, sino que documentan los placeres perturbadores de quienes viven en él. Los grandes leitmotives gemelos del siglo veinte —el sexo y la paranoia— dominan la vida de Dalí, así como la nuestra. Con Max Ernst y William Burroughs él forma la trinidad de los únicos hombres de genio vivientes. Sin embargo, allí donde Ernst y Burroughs transmiten sus informes a medianoche desde las carreteras oscuras de nuestra columna espinal, Dalí ha optado por enfrentar todas las quimeras de su mente en pleno resplandor del mediodía. Además, al contrario de Ernst y Burroughs, cuyas personalidades elusivas se funden con la penumbra que los rodea, la identidad de Dalí conserva toda su nitidez. Un Don Quijote en bata de seda cabalga excéntricamente por un desierto hostil y ennegecedor, protegido solamente por sus furiosos bigotes.

Para mucha gente, huelga decirlo, Dalí es un individuo demasiado excluyente. Aunque sea el niño mimado de los aristócratas del jet-set, muchos de los cuales, como Edward James y el vizconde de Noailles, han tenido la inteligencia de ayudarlo suministrándole grandes sumas de dinero cuando más las necesitaba, la reacción general ante Dalí es negativa, gracias en primer lugar a la prensa internacional, que siempre ha alentado sus extravagancias exhibicionistas, y en segundo lugar a los intelectuales puritanos del norte de Europa y de América, a quienes el repertorio de Dalí —como el excremento que pintó en "El juego lúgubre"— les recuerda excesivamente las capitulaciones psicológicas de su niñez.

Por cierto, la máscara pública elegida por Dalí —en parte barbero de opereta,

en parte almuecin loco que desde su torre fálica grita un himno de fragmento psicoanalítico mal digeridos y confesiones personales (precisamente las cosas que exasperan a los burócratas de bombín de la literatura), en parte genio con sus turbaciones aún más grandes— no encaja fácilmente en una categoría previa. La mayoría de las personas, aun las inteligentes, no son notoriamente inventivas, y el esfuerzo de crear una categoría enteramente nueva, y para colmo destinada a un solo ocupante, la desmoraliza aun antes de haber empezado.

Al mismo tiempo me parece que la constante ineptitud, durante los últimos treinta años, para captar la inmensa importancia de la obra de Dalí, tiene una significación que se extiende mucho más allá de cualquier sentimiento de rechazo por su estilo personal. Pintor, escritor, grabador, ilustrador, jinero, personalidad pública, este genio múltiple está a la par de Leonardo. No es desfigurado por sí mismo, sino por las fisuras que atraviesan un millón de oja-

El surrealismo es la principal tradición visual del siglo veinte; la ciencia ficción la principal tradición literaria

Ya podemos ver que la ciencia ficción, lejos de ser un retoño menor e irrelevante, representa en verdad la principal (y por cierto más antigua) tradición literaria del siglo veinte, una tradición de respuesta imaginativa a la ciencia y la tecnología que corre en una línea ininterrumpida a través de Wells, Aldous Huxley, los escritores de la ciencia

ficción norteamericana moderna, y ciertos innovadores actuales como William Burroughs y Paolozzi.

El "dato" principal del siglo veinte es el concepto de futuro ilimitado. Este predicado de la ciencia y la tecnología exalta por una parte la noción de una moratoria del pasado, y por la otra las posibilidades ilimitadas de las situaciones más triviales. Ante todo, el siglo veinte es el primero en advertir la noción de ese concepto como un recurso programático, ya aplicado a los tópicos más amplios —la exploración del espacio, la neutralización emotiva contenida en lo que he llamado "la muerte del afecto"— o en los más intrascendentes, como el gesto de separar las piernas, la geometría del guardabarros o de un automóvil o lo que se prefiera.

Ante este inmenso continente de posibilidad, todas las literaturas fuera de la ciencia ficción están condenadas a la irrelevancia. Ninguna tiene el vocabulario de ideas e imágenes para abordar el presente, mucho menos el futuro. Una de las convenciones de los últimos treinta años ha sido que el llamado movimiento modernista —o sea, la tradición literaria que va de Baudelaire y Rimbaud hasta Hemingway y Camus pasando por Joyce y Eliot, por citar sólo algunos nombres clave— es la principal tradición literaria del siglo veinte. La característica dominante de este movimiento es su sentido de aislamiento individual, su atmósfera de introspección y alienación, un estado mental que siempre es presentado como el sello distintivo de la conciencia del siglo veinte.

Nada menos cierto. Al contrario, a mi juicio el movimiento modernista pertenece al siglo diecinueve, una reacción

contra el carácter monolíticamente filisteo de la época victoriana, contra la tiranía del *pater familias* parapetado en su autoridad económica y sexual, y contra los estrechamientos masivos de la sociedad burguesa. El movimiento modernista no incide de ningún modo en los hechos del siglo veinte: el primer vuelo de los hermanos Wright, la invención de la Píldora, la filosofía social y sexual del asiento eyectable. Al margen de su acentuada tendencia retrospectiva y su obsesión con la naturaleza subjetiva de la experiencia, su verdadero tema es la racionalización de la culpa y la enajenación. Sus elementos son la introspección, el pesimismo y la sofisticación. No obstante, si algo distingue al siglo veinte es el optimismo, la iconografía de la comercialización masiva, y la ingenuidad.

Esta vieja hostilidad hacia la ciencia ficción, y la incapacidad para advertir que el futuro es más útil que el pasado como clave del presente, se refleja en una actitud similar hacia el surrealismo en general. Recientemente, como parte de un rechazo general y una pérdida de interés en el pasado, tanto la ciencia ficción como el surrealismo han gozado de una repentina popularidad, pero Dalí aún sigue excluido. Es tan popular como siempre sólo entre los ricos —que presumiblemente no sienten restricciones puritanas para explorar las posibilidades de sus vidas— y unos pocos espíritus desviados como yo.

El nacimiento de los deseos líquidos

Los orígenes de Dalí fueron convencionales. Nació en 1904, segundo hijo

de un abogado en buena posición, tuvo una niñez permisiva que lo llevó a una serie de aventuras casi incestuosas con gobernantas, maestras de arte, viejas mendigas y personajes similares. En la escuela de arte desarrolló su personalidad precozmente brillante, y descubrió el psicoanálisis.

En esa época, a fines de la década del 20, el surrealismo ya era un arte maduro. Chirico, Duchamp y Max Ernst eran sus estadistas más venerables. Dalí, sin embargo, fue el primero en aceptar completamente la lógica de la era freudiana, en describir el extraordinario mundo de la psiquis del siglo veinte en términos del vocabulario común de la vida cotidiana: teléfonos, relojes de pulsera, huevos fritos, armarios, playas. Lo que distingue la obra de Dalí, ante todo, es el naturalismo alucinatorio de su estilo renacentista. Pues la mayoría de los paisajes de Ernst, Tanguy o Magritte describen mundos imposibles o simbólicos: los acontecimientos que representan han "ocurrido", pero en un sentido metafórico o vertebral. Los acontecimientos de las pinturas de Dalí no están lejos de nuestra realidad ordinaria.

Esto refleja la total inmersión de Dalí en la visión freudiana del inconsciente como escenario narrativo. Los elementos marginales de nuestra mente —los gestos de la vida doméstica, los movimientos a través de las puertas, una mirada por encima de un balcón— se transforman en materiales de un drama estrambótico y chillón. Los conflictos edípicos que hemos llevado con nosotros desde la niñez se funden con los paisajes polimórficos del presente para crear un futuro extraño y ambiguo: el contorno de la espalda de una mujer, la

significación de ciertas formas rectilíneas, se casan con nuestros recuerdos y deseos. La función de cada cosa es alterada. Cristóbal Colón llega a la costa después de descubrir las caderas de una muchacha. Una gobernanta de la niñez aún domina las orillas de nuestra vida, y hay ventanas que dan hacia su cuerpo como en las paredes de nuestro cuarto de juegos. Más tarde, en el Dalí maduro, formas nucleares y fragmentarias transcriben las posturas de la Virgen, explosiones tachistas iluminan la cosmogonía de la bomba H, las imágenes de la física atómica son reclutadas para representar el icono pietista de una madona del Renacimiento.

Dada la extraordinaria familiaridad de las pinturas de Dalí, es sorprendente que tan pocas personas parezcan haberlas observado. Si en todo caso las recuerdan, es de una manera vaga e incómoda, lo cual indica que no sólo nos asustan los símbolos edípicos y otros, sino cualquier dislocación de nuestras nociones comunes sobre la realidad. La significación latente de las formas curvilíneas en cuanto opuestas a las rectilíneas, de las geometrías blandas en cuanto opuestas a las duras, son tópicos que nos perturban tanto como el recuerdo de un ogro paternal. Aplicando el principio de Freud, podemos ver cómo la razón nos salvaguarda racionalizando la realidad. Dalí arranca los fusibles de este cómodo sistema.

Además, la técnica de realismo fotográfico de Dalí y el peculiar estilo cinematográfico que adoptó involucran demasiado al espectador para que se sienta cómodo. Ernst, Magritte y Tanguy dependían muchísimo de un espacio narrativo tradicional y presentaban el te-

ma frontalmente y con una estructura temporal generalizada. Dalí representa los acontecimientos de su pintura como si cada cual fuera el cuadro de una película.

Aunque ahora es famoso por sus pinturas de fines de la década del 20 y principios de la década del 30, tales como "La persistencia de la memoria", en esa época Dalí estaba a un paso de la miseria. Picasso, Braque y Matisse acaparaban la atención de los críticos; la gran batalla que se libraba entonces, más antigua que las pintadas por Uccello, era entre un público filisteo y los pintores cubistas. Enfrentado con esta posición, Dalí, ayudado por su enérgica y ambiciosa esposa Gala, se propuso utilizar ese otro arte popular en desarrollo del siglo veinte: la publicidad, entonces eludido por los intelectuales y zona exclusiva de los diarios, compañías cinematográficas y entidades similares. La originalidad de Dalí consistió en usar las técnicas de la publicidad para propósitos privados, para exponer sus ideas extremadamente privadas y conceptuales. Aquí se anticipó a Warhol y a un centenar de otros imitadores contemporáneos.

Practicando mil y una piruetas, pronto alcanzó el éxito que necesitaba. A comienzos de la Segunda Guerra Mundial se mudó a Estados Unidos, y su autobiografía (*The Secret Life of Salvador Dalí*, Vision Press) fue escrita en la casa que uno de sus primeros mecenas norteamericanos tenía en Nueva Inglaterra. Sin duda uno de los grandes libros del siglo, *The Secret Life* fue publicado por primera vez en 1948 en Inglaterra. Aquí Dalí revela su maestría de escritor. Más aún, inventa un alfabeto, un vocabulario

y una gramática de ideas totalmente nuevos, ricos en alusiones psicoanalíticas pero además plagados de referencias a la geología, la teoría estética, la metafísica, la metabiología, la iconografía cristiana, las matemáticas de la alta costura, la crítica cinematográfica, la heráldica y la política, fundidas en una aleación única. Este lenguaje nuevo, que poca gente —así como se niega a observar sus pinturas— parece dispuesta a leer, le permite ampliar verbalmente su temario visual, y fue formalizado sobre todo en su llamado método paranoico-crítico, o sea la interpretación sistemática y racional de los fenómenos alucinatorios.

Alguna idea de la riqueza y seriedad de este lenguaje puede verse en los títulos de las pinturas de Dalí:

Gala y el Angelus de Millet precediendo inmediatamente la llegada de la amorfois cónica.

Suburbios de la ciudad Paranoico-Crítica: tarde en los arrabales de la historia europea.

La carne del escote de mi esposa, vestida, desnudando la luz a toda velocidad.

Velázquez pintando a la Infanta Margarita con las luces y sombras de su propia gloria.

El Cromosoma de un ojo de pez multicolor iniciando la armoniosa desintegración de la Persistencia de la Memoria.

Aunque a primera vista parecen obras

maestras del humor, cada uno de estos títulos, como muchos otros, describe exactamente el tema de la pintura. Más aun, cada cual ilumina su pintura. Para describir los paisajes del siglo veinte, Dalí usa sus propias técnicas, su neurotismo deliberado, su autocomplacencia, su amor por lo vistoso, lo siniestro y lo extravagante. Detrás de ello, sin embargo, hay un ojo agudo como el de un cirujano. La obra de Dalí demuestra que el surrealismo, lejos de ser una dislocación gratuita de los procesos perceptivos, representa en verdad la única técnica razonable para tratar los temas de nuestro siglo.

Las pinturas

1. La clásica fase freudiana. El trauma del nacimiento, como en "La persistencia de la memoria", la inconsolable melancolía del embrión expuesto. Este mundo de playas fundidas y luz sobrecalentada es el que percibe el niño aislado. Las superficies nerviosas son heridas en la corteza cerebral. Sus habitantes, las figuras edípicas y los amantes abandonados, son percibidos a través de la lente de la primera niñez y la adolescencia. Las obsesiones son: el excremento, el pene flácido, la ansiedad, el lugar sin tiempo, la postura amenazante, la suprarrealidad alucinatoria de las mesas y los muebles, la geometría de los cuartos y las escaleras.

2. La fase metafórica. Un período poliperverso, una lucha libre entre imagen e identidad. Desde este período, de fines de la década del 30, datan las obsesiones de Dalí con Hitler (los pechos hinchados del Führer comprimidos por

su cinturón de cuero) y las nalgas de Lenin, alargadas como un inmenso salame sexual. También la mayoría de los cuadros pesadillescos, tales como "Los horrores de la guerra", que no sólo anticipa Hiroshima y los campos de exterminio sino los horrores metamórficos de la cirugía cardíaca y los trasplantes, la intercambiabilidad y la identidad disolvente de nuestros órganos.

3. La fase renacentista. La tendencia de Dalí hacia un desvaído estilo académico, cielos y grutas leonardescas, surge fuertemente en las décadas del 40 y el 50 con pinturas como su "Cristo hipercúbico". Estas imágenes de madonas y Cristos martirizados, cuantificados por una geometría formal, representan una fase pagana en el arte de Dalí.

4. La fase cosmogónico-religiosa. En los años 50 Dalí se embarcó en una serie de pinturas explícitamente religiosas (la mayor parte de ellas aparentemente sobre tópicos seculares), como las que usan la figura central de Cristóbal Colón. Aquí la iconografía de la física nuclear es utilizada para investir a sus héroes religiosos con los poderes invisibles del universo.

5. La fase de la geometría analítica. Las obras maestras de este período, entre las más grandes del arte de Dalí, son la célebre "Joven virgen autosodomizada por su propia castidad", y "Diosa inclinada sobre el codo". Aquí la cuantificación del tiempo y el espacio es aplicada a la misteriosa geometría de nuestra propia morfología y musculatura.

6. La fase nuclear. Las nupcias de Dalí con la era de la física. Muchas de sus pinturas más serenas, tales como "Cabeza rafaelsca explotando", datan de este período reciente.

Pese a la inmensa riqueza y vitalidad de su obra, Dalí aún provoca poco más que hostilidad y burla. Se puede ver con toda claridad que los elementos poliperversos y polimórficos, aceptables por ejemplo en el diseño de automóviles, no son aceptables cuando aluden explícitamente a la utilería y las perspectivas básicas de nuestra conciencia.

Dalí el ingenuo

Al mismo tiempo otros factores explican esta hostilidad, sobre todo la noción de lo ingenuo. A menudo, cuando pensamos en lo ingenuo, derramamos una lágrima sentimental por el Douanier Rousseau o el Facteur Cheval (el excéntrico cartero rural que construyó con sus propias manos un palacio onírico de guijarros y cemento que rivaliza con Ankor). Estos dos hombres, ingenios geniales, en general solitarios, ignorados y ridiculizados durante sus vidas, encajan convenientemente en nuestra idea de los patanes candorosos y bonachones con huevo en la corbata. Podemos tranquilizarnos sabiendo que Jarry, Apollinaire y Picasso se rieron de Rousseau, y admitir que quizá nosotros también nos reiríamos ante un alejamiento tan pronunciado de la norma aceptada.

Lo que no llegamos a advertir es que la ciencia ficción, como el surrealismo, se propone un alejamiento similar, y es un ejemplo de un arte de lo ingenuo en términos del siglo veinte. Ninguno de nosotros tiene huevo en la corbata (más probablemente *crêpe suzette*, dado lo que paga *Playboy*), ni somos especial-

mente bonachones, pero es muy posible que seamos patanes como Dalí. Considero a Dalí, como a Wells y a los escritores de ciencia ficción moderna, verdaderos ingenuos, en el sentido de que toman la imaginación y la realidad al pie de la letra, sin tener jamás la certeza, o en todo caso la preocupación, de saber cuál es cuál. En la misma categoría sitúo a muchos innovadores notables, tales como William Burroughs —por cierto un ingenuo, con su exótica ilusión, posiblemente correcta, de que la revista *Time* se propone subvertir nuestra mente y nuestro lenguaje— y Andy Warhol, un ingenuo faunesco del paisaje de los medios que usa las técnicas básicas de la comunicación masiva del siglo veinte, el cine y los procesos de reproducción cromática, para una diversión inocente y pueril, la invención de juegos conceptuales que deleitan al niño que hay en todos nosotros.

Dalí es un buen ejemplo del ingenuo sofisticado, con un inmenso vocabulario de ideas e imágenes, que toma los datos del psicoanálisis al pie de la letra y los aplica como un pintor dominical a los materiales de la vida del siglo veinte: nuestra psicopatología, nuestros jardines eléctricos, nuestros conmutadores de la emoción y el orgasmo. Los jardines botánicos encantados de Rousseau han sido reemplazados por rampas de cemento y líneas de montaje, pero las pinturas de Dalí son todavía una imagen válida del paisaje interior de nuestra mente.

Ese otro ingenuo, Henri Rousseau, un funcionario menor de la aduana, murió pobre y solitario en 1910. Los amigos que se habían reído de él advirtieron

entonces su auténtico valor. Dos años más tarde fue sepultado de nuevo en una tumba decente. El gran escultor, Brancusi, se transformó en un simple grabador y talló en la tumba un epitafio escrito por Apollinaire:

*Querido Rousseau, ¿puedes oírnos?
Deja que nuestro equipaje pase por*

*las puertas del cielo sin pagar
impuestos.*

Esperemos que a la muerte de Dalí se escriba un epitafio adecuado para celebrar a este genio singular y subestimado que ha contado por primera vez las tablas de multiplicación de la obsesión, la psicopatología y la posibilidad.

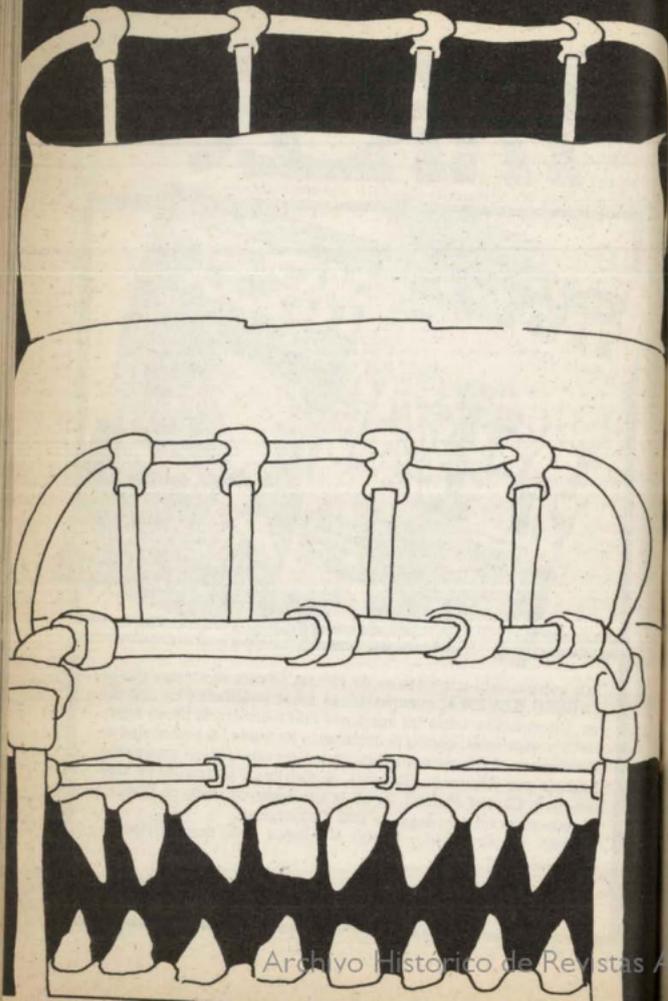
Título del original en inglés: *Salvador Dalí (the innocent as paranoid)*
© 1974 by J. G. Ballard. Traducción de Carlos Gardini.

PARSEC



Los autores más importantes de ciencia ficción se encuentran en PARSEC REVISTA, cuentos nunca antes publicados en castellano, información sobre las ediciones más recientes de libros argentinos y españoles, correo de lectores... En suma: la posibilidad de mantenerse al día para quienes gustan de este género inagotable. Editada por Ediciones Filofalsía, se distribuye solamente en kioscos de la Capital Federal. Si no la consigue, no dude en llamar a nuestra redacción o véngase y será bienvenido. Aparece mensualmente. Ventas al interior: sólo por suscripción, pida informes.

Ediciones Filofalsía. Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal. Teléfonos: 855-3472 y 854-9982.



ANA MARIA SHUA

MAS SUEÑERA

...para lectores
despiertos.

Ilustración de Sergio Kern

✓ Para ayudarme a conciliar el sueño, cuento las estrellas. Faltan cuatro, entre ellas un lucero de los más valiosos que me vi obligada a empeñar para comprar esos ineficaces somníferos.

✓ Toda la noche me persigue un infame animal de mucho pelo y de ojos vagamente conocidos. A la madrugada logro descargar un hachazo sobre su pata delantera. Sin embargo, durante el día, nadie más que yo parece tener el brazo lastimado.

✓ Alguien más poderoso o por lo menos de mayor tamaño que todos nosotros nos saca fotos debajo de la lluvia. Comprendemos así la necesidad de los

relámpagos y el sonido brutal (se trata de recargar el flash, los equipos no son nuevos) de algunos truenos.

✓ Antes de irme a dormir, miro siempre debajo de la cama para constatar la presencia de esos tres ojos rojizos y familiares que me devuelven, tranquilizadores, la mirada.

✓ Lo soñé de espaldas y de costado, me soñó encorvada, enmascarada. Lo soñé distinto, me soñó escondida. En el último sueño quedamos en encontrarnos, despiertos, en un bar de la calle Anchorena. Fue difícil reconocernos, hacía frío, nos aburríamos, no nos gustamos, y de común acuerdo decidimos no

volver a soñarnos. Y sin embargo, ya ves.

➤ En una prisión que no han visto jamás (cada uno conoce sólo su propia celda) todos los prisioneros sueñan con la libertad. Cada sueño es único y distinto porque aunque la prisión tiene una sola forma, la libertad tiene muchas y algunas de esas formas son incluso semejantes a la de la prisión y una, pero sola una, es idéntica.

➤ De día, me ocupan los placares, de noche se pelean con los mosquitos. Lárquelos, pobres bichos, me dice la portera. Los vecinos se quejan a la administración. Imposible tenerlos en mi departamento: para darse el lujo de criar vampiros se necesita una casa con jardín.

➤ Yo en las hadas no creo. Ellas tampoco creen en mí.

➤ El árbol no sabe que estoy viva. Para probarlo, lo derribo y me confunde con el viento.

➤ Sólo los sonámbulos, los de orejas apantalladas y los parientes pobres fueron inmunes a nuestras emanaciones. Los sobrevivientes se reunieron cerca de la colina sur. Pronto fue evidente la comunidad de intereses entre las orejas apantalladas y los parientes pobres. Muchos individuos pertenecían a ambos grupos, que terminaron por formar una coalición pacifista, dispuesta a intentar una tregua. Los sonámbulos, en cambio, eran belicosos y pretendían organizar

una defensa que culminaría en reconquista. Con el fin de lograr la paz, orejas y parientes fueron los primeros en lanzarse a la lucha. Apartamos unos pocos ejemplares de cada sector y dejamos que los demás se exterminaran entre sí. Las lechugas heredaron la tierra.

➤ Con algunas personas, la naturaleza fue generosa. Con otras fue cubista.

➤ Soñé, le cuento a mi analista, que un brazo se separaba de mi cuerpo. ¿Y con qué lo asocia?, pregunta la doctora. En el muñón tenía ajustada una rosca que me permitía atornillarlo cuando tenía una fiesta. ¿Y con qué lo asocia?, pregunta la doctora. Al brazo lo guardaba en la heladera para mantenerlo fresco y en buenas condiciones. ¿Y con qué lo asocia?, pregunta la doctora. Qué insistente es mi analista, ¿Acaso la asociación no es libre?

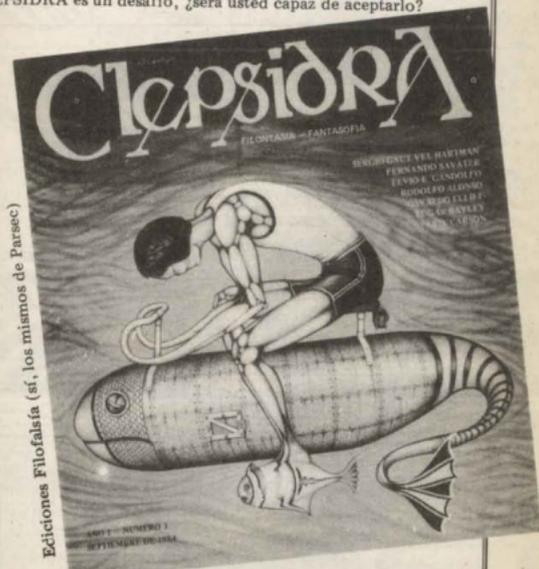
➤ Cuando vuelvo de las fuentes, suelo cruzarme siempre con los cántaros.

➤ De lo que se come en sueños nadie engorda. ¡Quién pudiera estar dormida mientras come!

➤ Es falso que tragarse el carozo o la semilla de una fruta pueda provocar el crecimiento de un árbol en el vientre, un árbol que hundiría sus raíces en los riñones, en los intestinos. Esa rama florida que emerge poco a poco entre mis dientes amenazando con cargarse de fruta en el verano debe tener, entonces, otra explicación.

1984. Ana María Shua

CLEPSIDRA es una revista maldita, si entendemos que lo que se venera como sacrosanto en el occidente contemporáneo está para ser puesto en cuestión una y mil veces. La fantasía es aquí la encargada de abrir las puertas de la libertad, pero desde ya le aclaramos que si usted es un adepto a los métodos de *lectura veloz*, deberá mantenerse alejado de ella. Cuentos (cada vez más cuentos), notas y siempre lo sorpresivo, lo que no encontrará en ningún otro lado, los autores que no sabía que existían. Leer CLEPSIDRA es un desafío, ¿será usted capaz de aceptarlo?



Clepsidra sólo se vende mediante suscripción. Los precios para tres números son, de acuerdo al mes en que usted concrete su pedido: diciembre '84: \$a 750.-; enero '85: \$a 900.-; febrero '85: \$a 1.170.-; marzo '85: \$a 1.520.- En giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital. Informes: 855-3472 y 854-9982. Los cheques deben ser con domicilio de pago en Capital, caso contrario agregar un 10 por ciento al valor total.



PABLO CAPANNA

EL DESAFÍO INTELECTRONICO

Computadoras a las que seguimos llamando "máquinas" aunque cada día se parecen más a organismos, y el fin de la frontera entre inteligencia natural e inteligencia artificial.

Ilustración de Oscar Chichoni

"No podemos especular sobre ningún adelanto correlativo en las facultades físicas o intelectuales del hombre que corresponda al desarrollo muchísimo mayor que parecen tener reservado las máquinas. Algunas personas dirán que la influencia moral del hombre será suficiente para dominarlo; pero yo no puedo pensar que sea jamás una cosa segura depositar mucha confianza en el sentido moral de una máquina."

SAMUEL BUTLER, *Erewhon* (1872).

En una de las conferencias vienesas de 1917, que luego integraron su *Introducción al psicoanálisis*, Sigmund Freud daba a entender que se había ganado un puesto en la historia de las ideas junto a Copérnico y a Darwin. Al objetarle Karl

Abraham que esto podía ser un tanto desmedido, Freud —que nunca se distinguió por su modestia— no vaciló en ratificarlo, sosteniendo que había sido él, al diluir la conciencia y la voluntad en un torrente de pulsiones inconscientes, quien asestara el golpe de gracia al orgullo del hombre, tras que Copérnico lo destronara como centro del universo y Darwin lo redujera a no ser más que un animal evolucionado.

Casi un siglo después de la revolución psicoanalítica, las opiniones son un poco más matizadas tanto respecto de Freud como de Darwin, y aun de Copérnico, aunque a grandes rasgos el argumento freudiano conserva cierta validez.

La primera "discontinuidad" que privi-

legiaba a la Tierra sobre el resto del cosmos, se diluyó en un largo proceso que va de los presocráticos a Newton, la segunda, el foso que separaba a los primates del hombre, se desdibujó con el evolucionismo; y la tercera, entre conciencia e instinto, se vio seriamente cuestionada por Freud y los conductistas, entre otros. Y sin embargo, seguimos siendo geocéntricos para muchos cálculos astronómicos, seguimos sin colmar algunas lagunas de la evolución, y los psicólogos, tras décadas de reflexión, han aprendido a valorizar el yo y la autoconciencia.

Las computadoras, que seguimos llamando "máquinas" aunque cada vez se parezcan más a organismos, amenazan con anular una cuarta discontinuidad, que ni siquiera Freud había atacado, cuestionando la unicidad de la razón humana, al enfrentarla con sistemas hechos a su imagen y semejanza mental, que amenazan con superarla.¹

La frontera entre la inteligencia natural y la artificial ha venido desplazándose vertiginosamente a medida que se sucedían las "generaciones" de computadoras y su capacidad lógica crecía en forma exponencial. La aceleración de este proceso, que parece prometer una nueva generación cada diez años, derivada de revoluciones tecnológicas en el *hardware*, los dispositivos para almacenar y procesar cada vez más información, a mayor velocidad, ocupando menos espacio y con un costo más reducido.

Si pensamos que los cálculos que ha-

ce unas décadas insumían enormes cantidades de energía, y el empleo de monstruos electrónicos como ENIAC, los realiza hoy un aparato del tamaño de un televisor, que ya prácticamente está al alcance de los particulares, veremos que corremos el riesgo de quedarnos cortos en los pronósticos.

La quinta generación de computadoras, que estará operando a fines de esta década, promete dejar muy atrás a válvulas, transistores, circuitos integrados y microprocesadores, partiendo de otros principios físicos. En especial, se habla de las "burbujas de memoria", microscópicas islas de polarización inversa que se forman en una película magnética, cuya presencia o ausencia representa información que queda almacenada aun cuando el sistema no esté operando (*firmware*). Un solo *chip* experimental con burbujas de memoria puede almacenar 11,5 millones de *bits*, más de diez veces la capacidad del más poderoso microprocesador conocido. La otra maravilla son los "empalmes de Josephson", también microscópicos; en principio, funcionan como interruptores, al igual que los relés, las válvulas o las impurezas de un *chip*, pero lo hacen diez veces más rápido: pueden cambiar de estado cada 6 *picosegundos*. Sus principios son la superconductividad (conocida desde 1911) y el *tunneling* de electrones, fenómenos que se dan a temperaturas cercanas al cero absoluto. Computadoras diseñadas a partir de estos componentes podrían trabajar cincuenta veces más rápido que las actuales, con menor gasto de energía y ocupando menos espacio, aunque tendrían que hacerlo

sumergidas en un baño de helio líquido.²

Con estas perspectivas, y la posibilidad de una sexta generación de computadoras aún más avanzadas para fines de siglo, es lógico que se vislumbre la posibilidad de la *máquina ultrainteligente*, es decir definitivamente más inteligente que el hombre. Robert Jastrow pronostica que a fines de este siglo ya habrá máquinas que lo igualen.

La tremenda complejidad de estas "máquinas" —algo impensable con las tecnologías anteriores— permite pensar efectivamente que pueden llegar a igualar o superar al cerebro humano. El primer resultado de esta perspectiva ha sido que los fisiólogos comenzaron a pensar en términos de informática y los cibernetistas en términos de neurología; así como los médicos se parecen cada vez más a ingenieros, y los técnicos en computación diagnostican como médicos.

La evolución de las máquinas

Discutir sobre la inteligencia de computadoras y robots implica saber ya de algún modo *qué se entiende* por inteligencia, o mejor aún *qué es* la inteligencia. Ésta es una cuestión que dista de estar clara, precisamente cuando se cuestiona la validez de los tests de inteligencia.

En el mejor de los casos, los tests sirven para diferenciar seres humanos que comparten características culturales similares, pero de ningún modo sirven para toda la humanidad. En menor gra-

¹ Juri Matijoso, "The Superconducting Computer", en *Scientific American*, mayo de 1980.

do aún, podemos hablar de un test o escala universal de inteligencia que abarque también a los animales. Hay quienes, como Christopher Evans, creen que la inteligencia no es más que la capacidad de adaptarse al ambiente, reaccionando ante sus estímulos, y comparan la inteligencia de los robots con la de un gusano o un insecto. En realidad, sólo puede hablarse de inteligencia a partir de los vertebrados; lo demás es instinto, una conducta programada que se parece mucho al comportamiento de un robot.

En términos generales, podemos decir que un organismo inteligente necesita un aparato sensorial, que le permita recibir información del mundo circundante, un centro nervioso que procese esa información y tome decisiones, y un sistema efector de músculos y miembros que le permitan actuar en el medio.

Recordando a Samuel Butler y su parodia de Darwin, podemos decir que estas funciones se han diferenciado en la evolución de las máquinas inteligentes, de manera tal que todavía estamos lejos de los robots antropomorfos de la ciencia ficción, que las combinan todas.

Una parte de estas máquinas ha desarrollado sensores y efectores, aunque son relativamente estúpidas. Son las que se denominan *robots* y ya han invadido la industria: en Australia se las usa para esquilanar ovejas, en Francia se las hace trabajar en los viñedos; Japón las emplea en la industria automotriz y las fábricas de muebles.

La primera generación de robots, dedicados a tareas simples y estereotipadas de montaje como las que se exigen a un operario de línea, ha ido progresiva-

¹ Bruce Mazlish, "La cuarta discontinuidad" (1967), en *Perspectivas de la revolución de los computadores*, ed. por Zenon W. Pilyshyn; Alianza, Madrid, 1975.

mente difundiendo, mientras surge la segunda, capaz de percepción y decisión: Westinghouse, General Motors y Sumitomo proyectan robots industriales no antropomorfos aún pero ya dotados de "ojos", "oídos", "brazos" y "piernas".³

Los primeros pasos en la evolución de los robots fueron semejantes a los de los animales. Los robots experimentales de Ashby, Shannon y Grey Walter, modelos construidos en la década del 50 para entender el sistema nervioso, tenían el comportamiento de ciertos animales inferiores. La *machina labyrinthica* de R. A. Eallace (1952) aprendía un camino complejo por ensayo y error y no volvía ya a equivocarse. El ratón electromecánico de Shannon sabía escapar del encierro; el homeostato (*machina sopora*) de Ashby ya posca reflexos y se comportaba como un vegetal o un gato dormilón, al neutralizar cualquier cambio que el experimentador trataba de imponerle. La tortuga (*machina speculatrix*) de Grey Walter tenía fototropismo, se "reconocía" en un espejo y era capaz de "reconocer" un artefacto similar.

Actualmente, el programa SHRDLU (Terry Winograd), que combina una computadora con efectores mecánicos, es capaz de apilar piezas geométricas casi como lo haría un niño. Es a partir de estos precursores que se diseña la segunda generación de robots industriales. Pero también en ellos está el origen de los misiles "inteligentes" de crucero, que no dejan dormir a muchos.

³ Cfr. William Stockton, "Creating Computers To Think Like Humans" en *The New York Times Magazine*, 7-12-1980, y "Robots en evolución", en la revista *POP*, Tokio, enero de 1984.

Los robots son todavía bastante primitivos en cuanto a su capacidad de razonamiento y, salvo la desocupación, no evocan otra amenaza para el orgullo humano.

Quienes sí lo hacen son las máquinas pertenecientes a la otra rama evolutiva, las computadoras, que han sacrificado la capacidad operativa para hacerse sedentarias y especializarse en funciones mentales análogas a las del hombre. Puesto que la "robótica" (palabra acuñada por Asimov) ya se ha impuesto universalmente, proponemos que se llame "intelectrónica" al reino de la inteligencia artificial, rindiendo homenaje a Stanislav Lem.

Las máquinas sedentarias dependen del hombre para recibir su *input* de información, aunque son capaces de procesarla a velocidades inalcanzables para el cerebro humano. Ellas forman ya una simbiosis civilizatoria con el hombre: la sociedad industrial quizás podría sobrevivir a un agotamiento de los combustibles fósiles, y la consiguiente restricción de las fuentes de energía, pero difícilmente podría arreglárselas sin computadoras. Se ha calculado que, de no existir éstas, la entera población femenina de los EE.UU. entre los 14 y los 45 años debería trabajar como telefonistas para poder mantener en funcionamiento parte de la red telefónica actual.

¿Piensan o razonan?

A la vieja pregunta "¿Piensan las máquinas?" un científico solía contestar: "Computo que no". Los estudios sobre inteligencia artificial (IA) congregan a una vasta comunidad de científicos

(despectivamente llamada "la *inteligencia artificial*" por J. Weizenbaum) que cree ya ocioso plantearse el problema y lo da por resuelto.

Sin embargo, no deja de observarse en todo este discurso, hay por lo menos una ambigüedad en cuanto se refiere a los términos "pensamiento" e "inteligencia".

Si se entiende por "pensamiento" la capacidad de *razonar*, es decir extraer consecuencias por la vía deductiva o inductiva, resulta claro que cualquier máquina comercial actual ya es ultrainteligente, pues puede efectuar procesos de cálculo inalcanzables para el hombre. Pero si entendemos por "pensar" una actividad abstractiva, especulativa o intuitiva, de las que suelen englobarse bajo el rótulo bastante impreciso de "creatividad", la cuestión aparece mucho menos clara.

Veamos pues qué son capaces de hacer los programas experimentales más avanzados en el plano del razonamiento y la creatividad.

Ciertas máquinas ya han superado las barreras de comunicación que obligaban a sus operadores a aprender códigos y dialectos del tipo FORTRAN, COBOL, ALGOL o BASIC, y comprenden instrucciones formuladas en un idioma "étnico" (como diría Stanislav Lem), que obviamente es el inglés; ciertas limitaciones gramaticales y semánticas impiden por ahora que puedan manejar el lenguaje corriente que se utiliza entre seres humanos. Otras máquinas ya son capaces de escuchar frases dictadas en voz alta y entender su significado.

Un paso decisivo para la inteligencia lo dieron las computadoras capaces de jugar al ajedrez; durante mucho tiempo

se creyó que esto sería imposible, por tratarse de un juego estratégico, donde las jugadas del adversario son relativamente imprevisibles; sin embargo, como las piezas y los movimientos son de un número finito, también lo serán sus combinaciones, y una jugada maestra de Karpov puede también ser hecha por una computadora; la hará de un modo más laborioso, como por ensayo y error, analizando todas las jugadas alternativas, pero gracias a su velocidad el resultado será semejante.

Algunas computadoras ya son capaces de "leer" noticias de los periódicos y hacer resúmenes breves y gramaticalmente correctos. El programa FRUMP, de la Universidad de Yale, nos escribe en tres idiomas: inglés, español y chino. Sin embargo, su interpretación de los textos suele ser arbitraria y literal. Una nota de una carilla sobre el incendio de una casa de departamentos fue resumida así: "Incendio mata 25 personas, hierre 7 y destruye un edificio." Siguiendo algo así como las leyes de Asimov, la máquina enumeraba las pérdidas en orden de gravedad decreciente: muertos, heridos, propiedades dañadas, omitiendo todo otro detalle.

Pero cuando FRUMP tuvo que resumir un informe de dos páginas sobre la muerte de Margaret Mead, lo hizo así: "M.M., antropóloga, murió a los 76 años de cáncer", lo cual dice muy poco a quien no sepa quién era Margaret Mead.

A veces la interpretación literal desemboca en paradojas. Un atentado al alcalde de San Francisco, del cual se decía que "sacudió a la ciudad", fue interpretado por FRUMP como un terremoto. Otra computadora de Yale, alimentada con noticias sobre el secuestro de un

misionero por guerrilleros filipinos, se lanzó a enunciar, casi como una ley, que "los terroristas tienden a secuestrar misioneros".

Cuando las computadoras, alimentadas con normas lingüísticas precisas, se lanzan a componer por su cuenta, llegan a producir "poemas" como el que sigue:

Pocos dedos caminan con risas cortas
El oído no guardará pocos peces
¿Quién es esa rosa que está en la casa
[tenebrosa?
Y gráciles y resueltos vienen los ciegos
[aviones
Que gritan con malos modos a la rosa
Saltar es angustioso, arrastrarse era
[tierno.⁴

No puede decirse aún que la máquina haya llegado a la creatividad, aunque la simula bastante bien, si tenemos en cuenta que en el original inglés los versos están rigurosamente medidos, riman y hasta parecen tener sentido: ni siquiera falta la rosa, componente inevitable de tantos tediosos sonetos que en el mundo han sido.

Una profesora de literatura de Yale logró inspirar a su computadora para que escribiera estos versos:

Oh poeta
Sueña con un enorme diluvio.
Deja que el trabajo de tu cama
se apacigue.
La noche
llega y resplandece.
Los gusanos se multiplican.
El río

⁴ Gordon Rattray Taylor, "La era de los androides" (1963), en *Perspectivas...*, pág. 246.

guña
y me siento arrebatado.
Oh poeta
la sangre de tus heridas me alcanza...⁵

Aunque probablemente hay que pensar que el poema sufrió algunos retoques por parte de la profesora Marie Boroff, no se puede negar que cosas así podrían aparecer en cualquier antología mimeografiada de poetas jóvenes. Las ventajas que ofrece el verso libre, en relación al ejemplo anterior, hacen que cualquier combinación aleatoria pueda parecer cargada de sentidos secretos, como ocurre en tantos mediocres productos humanos. Pero aun cuando todos puedan algún día producir poemas de este tipo por medio de su "Versomatic" (como la que imaginó Ballard para sus cuentos de Arenas Bermejas), queda todavía por preguntarse si los adolescentes pálidos y/o lampiños dejarán de hacerlo para sentirse reconocidos como "creadores".

El doctor Joseph Weizenbaum ideó hace ya bastante tiempo un programa de psicoterapia no-directiva llamado ELIZA, que funciona como un analista de la escuela de Rogers. Perfeccionado con el nombre de DOCTOR, el programa tuvo enorme aceptación entre los psiquiatras, para gran consternación de Weizenbaum, quien lo había concebido como un juego. Otros se empeñaron entonces en crear un programa que imitara el comportamiento de un paciente difícil, para entrenar a los psiquiatras, y produjeron PARRY, que razona como un paranoico. Conectados DOCTOR y PARRY, el psicótico y su terapeuta, se produjo este diálogo:

⁵ Citado en "The Computer Society", *Time*, 20-2-1978.

PARRY: —No entiendo sus motivos.
DOCTOR: —¿Por qué no entiendes mis motivos?

P.: —¿Acaso no?
D.: —¿Por qué dice eso ahora?
P.: —Es que es así.
D.: —Suponga que no sea así.
P.: —¿Y?
D.: —No estoy seguro de entenderlo.
P.: —Usted insiste demasiado con las mismas preguntas.
D.: —¿Qué le sugiere eso?
P.: —No lo entiendo.
D.: —¿Usted desea que yo lo entienda?
P.: —Era hora de que mostrara interés por mis sentimientos.
D.: —¡Oh! ¿Mostré algún interés en sus sentimientos?⁶

Si alguien pensara que esta conversación puede ser calificada de "inteligente", sería sin duda muy generoso. Pero de todos modos, si las computadoras poetas ya han alcanzado el nivel de los rotograbados literarios, con este diálogo puede decirse que han igualado la capacidad de los libretistas de televisión; lo cual, sin duda es un gran esfuerzo para las máquinas, pero poco para la inteligencia humana.

Donde si hallamos positivas muestras de inteligencia deductiva, como cabía esperar, es en el campo de la ciencia, aunque todavía no hay mucha creatividad.

Ya en 1956 una máquina llamada "Lógico Teórico" había logrado demostrar un teorema de los *Principia Mathematica* que se les había escapado a Whitehead y Russell; más recientemente, otra computadora halló una demostra-

⁶ Dirk Hanson, *The New Alchemists*; Little, Brown & co., Boston-Toronto, 1982, pág. 513.

ción para el teorema topológico de los colores y quizás algún día la empujaron con el de Fermat. El programa BACON (creado por el Nobel Herbert Simon) "descubrió" una ley de la mecánica celeste a partir de los mismos datos con que había contado Kepler en 1609; alimentado con los conocimientos químicos de 1800, se adelantó 50 años a la historia al deducir el principio de los pesos atómicos. Por fin, otro programa del MIT (Patrick Winston) encontró interesantes analogías entre *Macbeth* y *Hamlet*.

Cómo reconocer a un androide

En una notable novela de Philip K. Dick (*¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*) se imagina una situación en la cual es casi imposible distinguir el pensamiento de un androide sintético del de un verdadero ser humano. El test que propone Dick se basa en el sentimiento ético; un robot o un androide pueden internalizar normas morales, semejantes a las leyes asimovianas, pero no pueden sentir respeto por la vida ni repugnancia ante la crueldad porque no tienen origen biológico. En la novela, el test fracasa, porque los androides logran simular la indignación humana; desgraciadamente, también probaría que muchos seres humanos de carne y hueso (sádicos, torturadores) no son tales.

Sin embargo, en el sentimiento y la autoconciencia se basaba ya uno de los argumentos que analizó A. M. Turing en su célebre trabajo de 1950 sobre máquinas pensantes, que constituye algo así como el punto de partida de todas

las discusiones actuales de la inteligencia artificial.⁷

A. M. Turing enumera en su trabajo varios argumentos contra la posibilidad de que las máquinas piensen, para ir descartándolos uno a uno: la objeción *teológica* (sólo piensan quienes tienen alma), que ningún teólogo actual formularía en esos términos; la *parapsicológica*, que ha perdido bastante fuerza hoy; el argumento de que las máquinas no son tan *imprevisibles* como los humanos, que puede considerarse invalidado por el hecho de que ya se ha intentado introducir factores de error en los programas.

En cuanto a la cuestión del *sentimiento* y la *conciencia*, que hemos visto retomado en la novela de Dick, Turing prefiere refutarlo por el absurdo, afirmando que conduce al solipsismo, de un modo poco convincente.

Quedan dos argumentos de peso: el *matemático* y el de *Lady Lovelace*. El argumento matemático surge de una aplicación del Teorema de Gödel: así como en cualquier ciencia deductiva existen proposiciones que pueden formularse pero no demostrarse dentro del sistema, hasta la máquina de capacidad ilimitada tendrá preguntas que no podrá contestar o a las cuales dará una respuesta errónea. Este razonamiento prueba, en definitiva, que ninguna máquina puede ser Dios; pero se aplica quizás mejor aún al hombre.

El más eficaz de los argumentos sigue siendo el de Ada Lovelace, la amiga de Babbage, quien ya en el siglo pasado sostuvo que "las máquinas sólo pueden hacer aquello para lo cual las programa-

⁷ A. M. Turing, "Máquinas de calcular e inteligencia" (1950), en *Perspectivas...*, pp. 305-333.

mos". Un corolario bastante común de esta tesis es que las máquinas no cometen errores (pese a lo que suelen decirnos en las oficinas públicas), pues las fallas se producen cuando las instrucciones son incorrectas.

Actualmente, el argumento ya no es tan sólido como en tiempos de Ada Lovelace, porque las máquinas gozan de mayor "libertad" de decisión, pero sigue en pie algo: por ahora, y hasta tanto la inteligencia de las más avanzadas computadoras no se combine con los órganos sensoriales de algún robot futuro, el *input*, es decir el suministro de información, lo proveemos nosotros; ése es el control que sigue teniendo el hombre.

Sin embargo, controlar el *input* y el programa no significa controlar todo el proceso. Un crítico de las investigaciones sobre inteligencia artificial como J. Weizenbaum, científico del laboratorio de computación del M.I.T., responsable de ELIZA y DOCTOR, nos hace dudar de aquella seguridad cuando afirma que "las computadoras siempre harán lo que uno les diga que hagan, pero eso puede ser muy distinto de lo que uno pensaba..."

En su famoso trabajo, Turing proponía un test para determinar si las computadoras piensan, que ya se ha hecho clásico. Basándose en el juego de salón —con lo cual no hacía más que seguir cierta moda de la filosofía analítica inglesa— ideaba una situación por la cual podría saberse si una computadora piensa o no. Puesto un sujeto humano en un cuarto cerrado, con acceso tan sólo a dos líneas de comunicación —una de las cuales procede de una máquina y la otra de un ser humano—, se po-

drá decir que la barrera del pensamiento ha sido superada cuando el receptor no es capaz de reconocer cuál es el ser humano verdadero.

Planteado en estos términos, el test de Turing ya ha sido pasado por varias computadoras. Weizenbaum afirma irónicamente que su programa ELIZA pasó la prueba de Turing accidentalmente, y cuenta el siguiente episodio.

Un empresario que deseaba alquilar los servicios de la máquina se dirigió por teletipo a la casa del científico, sin saber que la computadora estaba operando con el programa DOCTOR. El cliente, que creía estar hablando con Weizenbaum, se encontró pues con un amable psicoanalista que sólo trataba de calmarlo, mientras pasaban los minutos. Al día siguiente, su indignación fue tan sincera como si hubiese discutido con un ser humano, normal aunque un poco estúpido.⁸

¿El hecho de que ELIZA-DOCTOR haya logrado engañar a un avezado ejecutivo prueba que realmente *piensa*? ¿O simplemente que razona tan bien —o tan mal— como para realizar una parodia de la conducta humana?

Aun dejando de lado esta prueba negativa, el argumento de Turing encierra una limitación: plantea el problema del pensamiento a través de su expresión, y reduce toda la riqueza de la comunicación al simbolismo lingüístico escrito. La comunicación humana, como lo ha mostrado adecuadamente Bateson, se distingue por su carácter *digital* —que comparte con las computadoras—,

⁸ J. Weizenbaum, "Comprensión de textos por computadoras. Postdata: Cómo ELIZA pasó la prueba de Turing" (1967), en *Perspectivas...*, págs. 468-470.

pero conserva mucho de analógico (en la mímica, la expresión corporal, la entonación, etc.), lo que introduce infinitos matices en una simple frase. Y aun falta muchísimo para que haya computadoras que puedan siquiera imitar eso.

Del mismo modo, una experiencia de 1966⁹, consistente en suministrarle a una computadora los componentes geométricos simples de un cuadro de Mondrian, logró producir una imitación tan convincente que confundió a muchos críticos. Por supuesto, se trataba de pintura geométrica, donde el elemento lógico es predominante, y no de la *Ronda nocturna*. Pero ¿acaso no existen falsarios capaces de imitar a Rembrandt sin que por ello nadie los crea genios de la pintura?

El complejo del Golem

El desarrollo de la inteligencia artificial y la posibilidad de la máquina ultrainteligente evoca la vieja pesadilla del rabino Loew de Praga y su andrón Golem, tan cara al romanticismo y al expresionismo. En la leyenda, al fin y al cabo, el rabino lograba dominar al Golem por la magia del *tetragrammaton* (el nombre de Dios) que le había escrito en la frente, y destruirlo cuando se volvía peligroso.

Así como los robots evocan los sinsabores del desempleo y la proletarianización ligados a la primera revolución industrial, la máquina pensante recuerda al Golem. De este miedo deriva uno de los "argumentos" que Turing rechazaba: el del "avestruz", consistente en

⁹ A. Michael Noel, "El computador digital como medio creador" (1967), en *Perspectivas...*, pág. 478.

esconder la cabeza y dejar de trabajar en un campo que parece encerrar tantos peligros.

La máquina de razonar tiene hoy abogados y fiscales —más abogados que fiscales, a decir verdad—, y todos tienen argumentos atendibles.

Los defensores más moderados sostienen que ya no podemos prescindir de ella y que su inevitable progreso no habrá de llevarnos a ninguna deshumanización. Por el contrario, la robótica y la intelectrónica nos liberarán de la rutina y la homogeneidad creadas por la línea de montaje y la producción masiva, permitiendo que todos tengan artículos "de medida". También se dice que la progresiva reducción de los costos habrá de democratizar la informática, favoreciendo la descentralización y la autonomía de la pequeña comunidad; al igual con el desarrollo de la energía solar, se invertiría la tendencia centralista de la tecnología pre-cibernetica.

Bastante más allá de estos defensores realistas están los idealistas, entre quienes podemos incluir a Christopher Evans, Adrian Berry, Robert Jastrow y Stanislaw Lem.

En un recordado artículo de *Time*¹⁰, Jastrow sostenía que vamos hacia la simbiosis hombre-máquina, que señala un nuevo estadio en la evolución; llegaba a especular que ésa sería la tendencia dominante en el cosmos, por lo cual la mayoría de los mundos estarían habitados por máquinas pensantes. La misma idea, elaborada en forma de ficción, la encontramos en la *Cyberiada* de Stanislaw Lem. El físico Frank J. Tipler, en su alegato contra los programas de escu-

cha de señales extraterrestres, elabora una hipótesis similar: toda civilización avanzada llegará al punto de producir "sondas de Von Neumann", robots capaces de reproducirse, y con ellas colonizará los planetas. Si hay civilizaciones en el cosmos, hace tiempo deberían haber alcanzado esta etapa.¹¹

Para estos místicos de la inteligencia sintética, la forma de vida carbonosa que representamos es sólo una etapa transitoria, necesaria sólo para que engendremos a nuestros sucesores, las inteligencias de silicio. Para calificar a quienes se oponen a esta idea, Jastrow y Marvin Minsky han acuñado el nombre de "carbonistas" (*carbonchemistry chauvinists*), por analogía con los "machistas".

En cuanto a los fiscales, tenemos a Weizenbaum, quien procede del propio campo cibernético, y piensa que "la dependencia humana de los computadores ha llegado a ser irreversible, y en esta dependencia reside una aterradora vulnerabilidad". Según Weizenbaum, las computadoras sólo piensan en términos literales; no poseen juicio ni valores, salvo los que nosotros les inculcamos. El físico sueco Hannes Alfvén (con el seudónimo "Olof Johannesson") ha escrito "El cuento de la Gran Computadora", donde vaticina que los seres humanos llegarán a ser para las máquinas lo que los caballos son hoy para nosotros.

Acaso todas estas polémicas, que ahora ocupan las páginas de las revistas científicas, no sean nuevas para los lectores de ciencia ficción: la mística de la computadora apareció quizás por pri-

mera vez en una vieja revista del género ("Mechanocracy", de Miles J. Breuer, *Astounding*, abril de 1932). El traspaso del umbral de la autoconciencia (lo que podríamos llamar el "nivel del *cogito*" en homenaje a Descartes) fue imaginado por Isaac Asimov en su cuento "Razón" (1941) de la serie *Yo, Robot*.

El problema sigue siendo arduo si se piensa que las máquinas todavía están lejos de la conciencia, y mucho más de poseer una ética. Lo más grave es que ningún humano se propondrá inculcar-

se. Se les darán, seguramente, ciertas normas de seguridad humana, del tipo de las leyes asimovianas, pero nadie querrá arriesgarse a una huelga de computadoras.

El test más definitivo para el pensamiento de las computadoras podría darse el día en que un misil inteligente o mejor aún una computadora estratégica opte por la paz y se niegue a destruir. Recién en ese caso podríamos hablar de una máquina más inteligente que el hombre, o quizás tan sólo menos estúpida.

© 1984, Pablo Capanna.

¹⁰ Robert Jastrow, "Toward An Intelligence Beyond Man's", en *Time*, 20-11-1978.

¹¹ Frank J. Tipler, "We are alone", en *Discover*, marzo de 1983.



PHILIP K. DICK

DESAYUNO EN EL CREPUSCULO

*Sólo el tiempo podrá
salvarnos. Pero
¿hasta cuándo?*

Ilustración de Juan Manuel Lima

—Papá —preguntó Earl, saliendo a la carrera del dormitorio—, ¿nos llevas a la escuela?

Tim McLean se sirvió una segunda taza de café.

—¿Por qué no van caminando, para variar? El auto está en el garaje.

—Llueve —dijo Judy, poniendo mala cara.

—No llueve —dijo Virginia, corrigiendo a la hermana. Entrecabrió la persiana—. Hay niebla, pero no llueve.

—Veamos. —Mary McLean se secó las manos y se alejó de la pileta.— Qué día raro, ¿verdad? ¿Eso es niebla? Parece humo. No distingo nada. ¿Qué dijo el pronóstico?

—No pude oír la radio —dijo Earl—. Solo había estática.

Tim gesticuló, irritado.

—¿Ese maldito aparato falla de nuevo? Lo hice arreglar hace poco. —Se levantó y se acercó con cara de sueño a la radio. Juguetó desganadamente con las perillas. Los tres niños corrían de un lado a otro, preparándose para la escuela.— Extraño —dijo Tim.

—Me voy —dijo Earl, abriendo la puerta.

—Espera a tus hermanas —ordenó Mary distraídamente.

—Estoy lista —dijo Virginia—. ¿Me veo bien?

—Te ves perfecta —dijo Mary, besándola.

—Llamaré al servicio de reparaciones desde la oficina —dijo Tim.

Calló de golpe. Earl estaba de pie en la puerta de la cocina, pálido y silencioso, los ojos dilatados de terror.

—¿Qué ocurre?

—Vol... volví.

—¿Qué ocurre? ¿Te sientes mal?

—No puedo ir a la escuela.

Lo miraron fijo.

—¿Qué sucede? —Tim tomó a su hijo del brazo.— ¿Por qué no puedes ir a la escuela?

—Ellos... no me dejan.

—¿Quiénes?

—Los soldados —barbotó Earl—. Están en todas partes. Soldados con armas. Y vienen hacia aquí.

—¿Vienen? ¿Vienen hacia aquí? —re-pitió Tim, desconcertado.

—Vienen hacia aquí y van a... —Earl se interrumpió, aterrado. Oyeron un taconeo de botas pesadas en el porche. Un crujido. Madera astillada. Voces.

—Cielo santo —jadeó Mary—. ¿Qué ocurre, Tim?

Tim entró en el living, dominado por la ansiedad. Allí había tres hombres. Hombres con uniforme verde grisáceo, cargados con armas y complejas marañas de equipo. Tubos y mangueras. Medidores con cordeles gruesos. Cajas, correas de cuero y antenas. Máscaras intrincadas les cubrían la cabeza. Detrás de las máscaras Tim vio caras cansadas, ojos irritados que lo miraban con brutal aversión.

Uno de los soldados alzó el arma, apuntándole a la cintura. Tim la miró aturrido. *El arma*. Larga y delgada. Como una aguja. Conectada a una espiral de tubos.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir, pero el soldado lo interrumpió bruscamente.

—¿Quién es usted? —La voz sonó áspera, gutural.— ¿Qué hace aquí? —El soldado se arrancó la máscara. Tenía la piel sucia. Tajos y pozos le marcaban la carne amarillenta. Sus dientes estaban rotos, o no estaban.

—¡Responda! —ordenó otro soldado.— ¿Qué hace aquí?

—Muéstrenos su tarjeta azul —dijo el tercero.—. Vemos su número de Sector. —Volvió los ojos hacia los niños y Mary, parados en silencio en la puerta del comedor. Abrió la boca sorprendido.

—¡Una mujer!

Los tres soldados la miraron incrédulos.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó el primero.— ¿Cuánto hace que está aquí esa mujer?

Tim atinó a hablar.

—Ella es mi esposa. ¿Qué es esto?

—¿Qué...?

—¿Su esposa? —No podían creerlo.

—Mi esposa y mis hijos. Por amor de Dios...

—¿Su esposa? ¿Y la trajo aquí? ¡Usted debe de estar loco de remate!

—Tiene el mal de la ceniza —dijo uno. Bajó el arma y fue hacia Mary—. Vamos, hermana. Vendrás con nosotros. Tim atacó.

Lo golpeó una pared de fuerza. Se derrumbó rodeado por nubes de oscuridad. Los oídos le zumbaban. La cabeza le palpitaba. Todo retrocedía. Percibió vagas formas en movimiento. Voces. El cuarto. Se concentró.

Los soldados arreaban a los niños. Uno de ellos aferró a Mary del brazo. Le rompió el vestido, desgarrándoselo a la altura del hombro.

—Demonios —gruñó—. ¡La trajo aquí y ni siquiera está vacunada!

—Llévala.

—De acuerdo, capitán. —El soldado arrastró a Mary hacia la puerta de calle.— Haremos con ella lo que podamos.

—Los niños. —El capitán hizo una seña al soldado que estaba con los niños.— Llévalos. No entiendo. Sin máscaras. Sin tarjetas. ¿Cómo es posible que no le hayan dado a esta casa? ¡Anoche fue el peor bombardeo en meses!

Tim se incorporó trabajosamente. Le sangraba la boca. Tenía los ojos turbios. Se apoyó en la pared.

—Oiga —murmuró—, por amor de Dios...

El capitán miraba la cocina.

—Eso... es comida? —Cruzó lentamente el comedor.— ¡Miren!

Los otros soldados lo siguieron, olvidando a Mary y a los niños. Rodearon la mesa, pasmados.

—¡Miren eso!

—Café. —Uno aferró la cafetera y la empujó ávidamente. Se atragantó, y el café negro le chorreó el uniforme.— Caliente. Cielos. Café caliente.

—¡Crema! —Otro soldado abrió bruscamente el refrigerador.— Miren. Leche. Huevos. Manteca. Carne. —Le flaqueó la voz.— Está lleno de comida.

El capitán entró en la despensa. Salgó con una caja de habichuelas en lata.

—Traigan el resto. Traigan todo. Lo cargaremos en la serpiente.

—Apoyó la caja en la mesa con brusquedad. Observando atentamente a Tim, se tanteó el uniforme sucio hasta encontrar un cigarrillo. Lo encendió despacio, sin apartar los ojos de Tim.

—De acuerdo —dijo—. Lo escucho. Tim abrió y cerró la boca. No le salían las palabras. Tenía la mente en blanco. Muerta. No podía pensar.

—Esta comida. ¿Dónde la consiguió? Y estas cosas. —El capitán señaló la cocina.— Platos. Muebles. ¿Cómo se salvó esta casa? ¿Cómo sobrevivieron al ataque de anoche?

—Yo... —jadeó Tim.

El capitán se le acercó, amenazador. —La mujer. Y los niños. Todos ustedes. ¿Qué hacen aquí? —dijo con voz severa—. Será mejor que se explique, amigo. Será mejor que explique qué está haciendo aquí... o tendremos que quemarlos a todos.

Tim se sentó a la mesa. Aspiró profundamente y espasmódicamente, tratando de aclararse las ideas. Le dolía el cuerpo. Se enjugó la sangre de la boca, donde notaba una muela rota y pedazos de diente. Sacó un pañuelo y escupió en él lo que pudo. Le temblaban las manos.

—Vamos —dijo el capitán.

Mary y los niños entraron en la cocina. Judy lloraba. Virginia tenía la cara demudada del susto. Earl miraba a los soldados con ojos desorbitados, la cara blanca.

—Tim —dijo Mary, apoyándole la mano en el brazo—, ¿estás bien?

Tim cabeceó.

—Estoy bien.

Mary se acomodó el vestido.

—Tim, no pueden salirse con la suya. Alguien vendrá. El cartero. Los vecinos. No pueden...

—Silencio —ordenó el capitán. Movió los ojos extrañamente.— ¿El cartero? ¿De qué están hablando? —Extendió la mano.— Muéstrame tu pase amarillo, hermana.

—¿Pase amarillo? —tartamudeó Mary. El capitán se frotó la mandíbula.

—Ni pase amarillo, ni máscaras, ni tarjetas.

—Son grucos —dijo un soldado.

—Tal vez. Y tal vez no.

—Son grucos, capitán. Mejor los quemamos. No podemos correr riesgos.

—Aquí pasa algo raro —dijo el capitán. Se tironó del cuello, levantando una caja pequeña sujeta a un cordel—. Llamaré a un compip.

—¿Un compip? —Los soldados se estrechecieron.— Espere, capitán. Esto lo podemos resolver nosotros. No llame a un compip. Nos pondrá en cuatro y nunca...

El capitán habló por la caja.

—Comuníqueme con Red B.

Tim miró a Mary.

—Escucha, querida, yo...

—Silencio —ordenó un soldado. Tim decidió callar.

—Red B —graznó la caja.

—¿Tienen un compip disponible? Nos hemos topado con algo extraño. Un grupo de cinco. Hombre, mujer, tres niños. Sin máscaras, ni tarjetas, la mujer sin vacunar, la vivienda totalmente intacta. Muebles, artefactos domésticos, y unos cien kilos de alimentos.

La caja titubeó.

—De acuerdo. Compip en camino. Quédense allí. No los dejen escapar.

—No los dejaré.—El capitán se guardó la caja en la camisa.— En cualquier momento llegará un compip. Entretanto, carguemos la comida.

Afuera se oyó un estruendoso rugido que sacudió la casa, haciendo tintinear los platos en el aparador.

—Diablos —dijo un soldado—. Pasó cerca.

—Espero que las pantallas resistan hasta el anochecer.—El capitán tomó la caja de habichuelas en lata.— Traigan el resto. Hay que cargarlo antes de que llegue el compip.

Los dos soldados se llenaron los brazos, lo siguieron por la casa, y salieron por la puerta. Sus voces se alejaron por el sendero.

Tim se incorporó.

—Quédate aquí —dijo con voz gangosa.

—¿Qué haces? —preguntó Mary nerviosa.

—Tal vez pueda salir.—Corrió hacia la puerta del fondo y quitó la traba con manos temblorosas. Abrió la puerta de par en par y salió al porche del fondo.— No veo a ninguno de ellos. Si tan sólo pudiéramos...

Se detuvo.

Alrededor flotaban nubes grises. Una niebla gris y ondulante hasta donde él podía ver. Se distinguían formas opacas. Formas quebradas, silenciosas e inmóviles en la penumbra.

Ruinas.

Edificios en ruinas. Montículos de escombros. Destrozos por todas partes. Bajó lentamente la escalera. La pared de cemento terminaba abruptamente. Más allá se extendían escorias y pilas de destrozos. Nada más. Nada más hasta donde se podía ver.

Nada se agitaba. Nada se movía. En el silencio gris no había vida. Sólo quietud. Sólo nubes de ceniza ondulante. La escoria y los montículos interminables.

La ciudad había desaparecido. Los edificios estaban destruidos. No quedaba nada. Ni personas, ni vida. Paredes derruidas, vacías y desventradas. Unas pocas hierbas oscuras creciendo entre los escombros. Tim se agachó para tocar una hierba. Un tallo áspero y grueso. Y la escoria. Era una escoria metálica. Metal fundido. Se enderezó...

—Vuélvate adentro —dijo una voz imperiosa.

Se volvió aturldido. Había un hombre en el porche, detrás de él, las manos en las caderas. Un hombre pequeño, de mejillas huecas. Ojos pequeños y brillantes, como dos carbones negros. Usaba un uniforme diferente del de los soldados. Tenía la máscara echada hacia atrás, la cara al descubierto. La piel amarilla, vagamente luminosa, estaba pegada a los pómulos. Una cara enfermiza, devastada por la fiebre y la fatiga.

—¿Quién es usted? —dijo Tim.

—Douglas. Comisario político Douglas.

—Usted... usted es el compip —dijo Tim.

—Eso es. Ahora venga adentro. Quiero oír sus respuestas. Tengo varias preguntas que hacerle. Ante todo quiero saber —dijo el comisario Douglas— cómo esta casa escapó a la destrucción.

Tim, Mary y los niños se sentaron en el diván y se quedaron callados e inmóviles, las caras demudadas de estupor.

—¿Y bien? —preguntó Douglas.

Tim se aclaró la garganta.

—Mire —dijo—, no sé. No sé nada. Despertamos esta mañana como todas las mañanas. Nos vestimos y desayunamos...

—Afuera había niebla —dijo Virginia.— Miramos afuera y vimos la niebla.

—Y la radio no funcionaba —dijo Earl.

—¿La radio? —Douglas torció la cara delgada.— Hace meses que no hay señales de audio. Excepto con propósitos oficiales. Esta casa. Ustedes. No entiendo. Si ustedes fueran grucos...

—Grucos. ¿Qué significa eso? —murmuró Mary.

—Personal de grupos comando soviéticos.

—Entonces ha estallado la guerra.

—América del Norte fue atacada hace dos años —dijo Douglas—. En 1978.

Tim quedó boquiabierto.

—1978. Entonces estamos en 1980.—De pronto se puso la mano en el bolsillo. Sacó la billetera y se la arrojó a Douglas.— Mire esto.

Douglas abrió la billetera con suspiración.

—¿Por qué?

—La tarjeta de la biblioteca. Los recibos. Mire las fechas.—Tim se volvió a Mary.— Ahora empezó a entender. Lo sospeché cuando vi las ruinas.

—¿Estamos ganando? —gorjeó Earl.

Douglas estudió atentamente la billetera de Tim.

—Muy interesante. Todo esto es viejo. Siete y ocho años.—Movi6 los ojos.— ¿Qué trata de decir? ¿Que ustedes vienen del pasado? ¿Que son viajeros del tiempo?

El capitán entró de nuevo.

—La serpiente está cargada, señor.

Douglas cabeceó.

—De acuerdo. Usted y su patrulla pueden marcharse.

El capitán miró de soslayo a Tim.

—¿Necesitará usted...?

—No habrá problema.

El capitán se cuadró.

—Bien, señor.—Se marchó de prisa por la puerta. Afuera, él y sus hombres abordaron un camión largo y delgado, como un cañón montado sobre cadenas. Con un zumbido tenue el camión arrancó.

En un instante sólo quedaron nubes grises y el perfil borroso de edificios en ruinas.

Douglas se paseó de aquí para allá,

examinando el living, el empapelado, las luces y las sillas. Tomó unas revistas y las hojeó.

—Del pasado. Pero no muy remoto. —Siete años.

—¿Es posible? Tal vez. En los últimos meses han sucedido muchas cosas. Viaje en el tiempo. —Douglas sonrió, irónico. —Elegió un mal lugar, McLean. Debió ir más lejos.

—Yo no lo elegí. Simplemente ocurrió.

—Pero usted habrá hecho algo.

Tim meneó la cabeza.

—No. Nada. Nos levantamos. Y estábamos... aquí.

Douglas se había sumido en sus pensamientos.

—Aquí. Siete años en el futuro. Desplazamiento en el tiempo. No sabemos nada sobre viajes en el tiempo. No se ha trabajado en eso. No se le ven posibilidades militares.

—¿Cómo empezó la guerra? —preguntó Mary con un hilo de voz.

—¿Empezar? No empezó. Ustedes recuerdan. Había guerra hace siete años.

—La guerra verdadera. Esto.

—No hubo un momento preciso en que empezó... esto. Peleamos en Corea. Peleamos en China. En Alemania, Yugoslavia e Irán. Se extendió cada vez más. Por último las bombas empezaron a caer aquí. Llegó como una peste. La guerra creció. No empezó. —De pronto guardó la libreta. — Un informe sobre ustedes despertaría sospechas. Pensaría que tengo el mal de la ceniza.

—¿Qué es eso? —preguntó Virginia.

—Partículas radiactivas en el aire. Se alojan en el cerebro. Trastornan la mente. Todos resultan afectados en alguna medida, aun con las máscaras.

—Me gustaría saber quién gana —repetió Earl—. ¿Qué era esa cosa de afuera? Ese camión. ¿Tenía propulsión a chorro?

—¿La serpiente? No. Turbinas. Un taladro en la punta. Para atravesar las ruinas.

—Siete años —dijo Mary—. Han cambiado tantas cosas. Parece imposible.

—¿Tantas? —Douglas se encogió de hombros. —Supongo. Recuerdo lo que hacía yo siete años atrás. Aún estaba en la escuela. Aprendiendo. Tenía un apartamento y un auto. Iba a bailar. Compré un televisor. Pero estas cosas estaban allí. El crepúsculo. Esto. Sólo que no lo sabía. Ninguno de nosotros lo sabía. Pero estaban allí.

—¿Es usted un comisario político? —preguntó Tim.

—Superviso las tropas. Vigilo las desviaciones políticas. En una guerra total tenemos que mantener a la gente bajo vigilancia constante. Un comunista en las Redes podría echarlo todo a perder. No podemos correr riesgos.

Tim cabeceó.

—Sí. Estaba allí. El crepúsculo. Sólo que no lo entendíamos.

Douglas examinó los libros de la biblioteca.

—Me llevaré un par de éstos. Hace meses que no veo una novela. Casi todas desaparecieron. Las quemaron en el 77.

—¿Quemaron?

Douglas tomó algunos libros.

—Shakespeare. Milton. Dryden. Livaró —unos clásicos. Es más seguro. Nada de Steinbeck ni Dos Passos. Hasta un cómplice puede verse en apuros. Si ustedes se quedarán aquí, será mejor que se libren de eso. —Señaló un volumen de Dos-

toievski. *Los hermanos Karamazov.*

—¿Si nos quedamos! ¿Qué más podemos hacer?

—¿Quiéren quedarse?

—No —dijo Mary en voz baja.

Douglas le clavó los ojos.

—No, supongo que no. Si se quedan los separarán, desde luego. Los niños irán a los Centros de Distribución de Canadá. Las mujeres son instaladas en las fábricas subterráneas. Los hombres son automáticamente afectados a las fuerzas armadas.

—Como los tres que acaban de irse —dijo Tim.

—A menos que puedan aspirar al sector DIT.

—¿Qué es eso?

—Diseño Industrial y Tecnología. ¿Qué educación tiene usted? ¿Algo relacionado con la ciencia?

—No. Contabilidad.

Douglas se encogió de hombros.

—Bien, lo someterán a un test. Si tiene un buen cociente intelectual podría ingresar en el Servicio Político. Necesitamos muchos hombres. —Hizo una pausa reflexiva, los brazos cargados de libros. —Será mejor que vuelva, McLean. Le costará acostumbrarse a esto. Yo volvería, si pudiera. Pero no puedo.

—¿Volver? —repetió Mary—. ¿Cómo?

—Por donde vinieron.

—Simplemente vinimos.

Douglas se detuvo ante la puerta de calle.

—Anoche fue el peor ataque MOR hasta el momento. Arrasaron toda esta zona.

—¿MOR?

—Mísiles operados por robots. Los soviéticos están destruyendo sistemáticamente la América continental, kiló-

metro por kilómetro. Los MOR son baratos. Los fabrican por millones y los disparan. Todo el proceso es automático. Las fábricas robot los producen y los lanzan. Anoche llegaron aquí, oleadas de ellos. Esta mañana vino la patrulla y no encontró nada. Excepto a ustedes, desde luego.

Tim cabeceó lentamente.

—Empiezo a entender.

—La energía concentrada debió de afectar alguna fisura temporal inestable. Como una fisura en la roca. Siempre provocamos sismos terrestres. Pero un *sismo temporal*... interesante. Creo que eso fue lo que ocurrió. La liberación de energía, la destrucción de la materia, hizo que el futuro absorbiera la casa. La trasladó siete años más adelante. Esta calle, todo lo de aquí, este mismo lugar, fueron pulverizados. La casa, siete años atrás, fue arrastrada por la corriente. La conmoción debe de haber llegado hasta ella a través del tiempo.

—Fuiamos absorbidos por el futuro —dijo Tim—. Durante la noche. Mientras dormíamos.

Douglas lo observó con atención.

—Esta noche —dijo— habrá otro ataque MOR. Para liquidar lo que queda. —Se miró el reloj de pulsera. —Ahora son las cuatro de la tarde. El ataque empezará en unas horas. Ustedes deberían estar en un refugio subterráneo. Nada sobrevivirá aquí. Puedo llevarlos conmigo, si quieren. Pero si quieren correr el riesgo, si quieren quedarse aquí...

—¿Usted piensa que podríamos volver?

—Quizá. No lo sé. Es un riesgo. Puede devolverlos a su propia época, o no. Si es no...

—No tendríamos posibilidades de sobrevivir.

Douglas sacó un mapa del bolsillo y lo desplegó sobre el diván.

—Una patrulla permanecerá en el área durante media hora más. Si ustedes deciden venir al refugio subterráneo, tomen esta calle. —Indicó una línea en el mapa.— Hasta este descampado. La patrulla es una unidad del Servicio Político. Ellos los llevarán el resto del camino. ¿Creen que podrán encontrar el descampado?

—Creo que sí —dijo Tim, mirando el mapa.— Torció los labios.— Ese descampado era la escuela adonde iban mis hijos. Caminaban hacia allí cuando las tropas los detuvieron. Hace un rato.

—Hace siete años —corrigió Douglas. Cerró el mapa y se lo guardó en el bolsillo. Se bajó la máscara y salió al porche por la puerta de calle.— Tal vez los vuelva a ver. Tal vez no. Depende de ustedes. Tendrán que tomar una decisión. Sea cual fuere... buena suerte.

Se volvió y se alejó resueltamente de la casa.

—Papá —gritó Earl—, ¿entrarás en el ejército? ¿Usarás una máscara y manejarás una de esas armas? —Los ojos le chispeaban de excitación.— ¿Manejarás una serpiente?

Tim McLean se puso en cuclillas y abrazó al hijo.

—¿Eso quieres? ¿Quieres quedarte aquí? Si uso una máscara y manejo una de esas armas no podremos regresar.

Earl vaciló.

—¿No podríamos regresar más tarde?

Tim meneó la cabeza.

—Temo que no. Tenemos que decidir ahora si regresamos o no.

—Ya has oído al señor Douglas —dijo Virginia, fastidiada.—. El ataque empezará en un par de horas.

Tim se incorporó y caminó de un lado a otro.

—Si nos quedamos en la casa nos harán trizas. Seamos francos. Hay sólo una vaga probabilidad de que volvamos a nuestra época. Una posibilidad remota... imponderable. ¿Queremos quedarnos aquí con los cuartos derrumbándose a nuestro alrededor, sabiendo que cualquier segundo puede ser el último, oyendo cómo se acercan las explosiones, tendidos en el suelo, esperando, escuchando...?

—¿De veras quieres regresar? —preguntó Mary.

—Claro, pero el riesgo...

—No hablo del riesgo. Hablo de si realmente quieres regresar. Quizá quieras quedarte aquí. Tal vez Earl tiene razón. Usarás uniforme y máscara, con una de esas armas como agujas. Manejarás una serpiente.

—¿Y tú en una fábrica subterránea! Y los niños en un Centro de Distribución del Gobierno! ¿Cómo piensas que será eso? ¿Qué crees que les enseñarán? ¿Cómo crees que se criarán? Y crees...

—Tal vez les enseñen a ser muy útiles.

—¿Útiles! ¿Para qué? ¿Para sí mismos? ¿Para la humanidad? ¿O para el esfuerzo bélico...?

—Estarían vivos —dijo Mary—. Estarían a salvo. De este modo, si nos quedamos en la casa, esperamos a que llegue el ataque...

—Claro —rezongó Tim—. Estarían vivos. Quizá muy saludables. Bien alimentados. Bien vestidos y atendidos. —Miró a sus hijos, la cara endurecida.— Vivirán, sin duda. Vivirán para crecer y llegar a adultos. Pero ¿qué clase de adultos? ¿Oiste lo que él dijo! Quemas de li-

bro en el 77. ¿Qué les enseñarán? ¿Qué ideas han quedado desde el 77? ¿Qué creencias pueden inculcarles en un Centro de Distribución del Gobierno? ¿Qué valores sustentarán?

—Está el sector DIT —sugirió Mary.

—Diseño Industrial y Tecnología. Para las lumbreras. Los inteligentes e imaginativos. Reglas de cálculo y lápices. Dibujos y planos y descubrimientos. Las niñas podrían dedicarse a eso. Diseñarían las armas. Earl podría ingresar en el Servicio Político. Se aseguraría de que las armas se usaran. Si algún soldado se "desvía", si no quiere disparar, Earl podrá denunciarlo y hacerlo arrestar para que lo reeduquen. Para que le devuelvan la fe política en un mundo donde los que tienen cerebro diseñan armas y los que no lo tienen las disparan.

—Pero estarían vivos —repitió Mary.

—Tienes una idea extraña de qué es estar vivo. ¿A eso llamas estar vivo? Tal vez. —Tim meneó la cabeza, fatigado.— Quizá tengas razón. Quizá deberíamos ir al refugio con Douglas. Permanecer en este mundo. Permanecer con vida.

—No dije eso —corrigió suavemente Mary—. Tim, tenía que descubrir si realmente entendías por qué vale la pena. Quedarnos en esta casa, correr el riesgo de no regresar.

—Entonces ¿estás dispuesta?

—¡Claro! Tenemos que hacerlo. No podemos entregar a nuestros hijos a... un Centro de Distribución. Para que les enseñen a odiar, matar y destruir. —Mary sonrió lánguidamente.— De cualquier modo, siempre han ido a la escuela Jefferson. Y aquí, en este mundo, es sólo un descampado.

—¿Volvemos? —gorjeó Judy. La niña aferró plañideramente la manga de Tim—, ¿Volvemos ahora?

Tim soltó el brazo.

—Muy pronto, querida.

Mary abrió los aparadores y los examinó.

—Todo está aquí. ¿Qué se llevarán?

—La caja de habichuelas en lata. Todo lo que teníamos en el refrigerador. Y rompieron la puerta de calle.

—¡Apuesto a que estamos ganando!

—gritó Earl. Corrió hacia la ventana y miró. Quedó defraudado al ver la ceniza ondulante.— ¡No veo nada! ¡Sólo la niebla! —Se volvió inquisitivamente hacia Tim.— ¿Siempre es así en este lugar?

—Sí —respondió Tim.

Earl frunció el ceño.

—¿Sólo niebla? ¿Nada más? ¿Nunca brilla el sol?

—Prepararé café —dijo Mary.

—Bien. —Tim entró en el baño y se miró en el espejo. Tenía la boca cortada, manchada de sangre seca. Le dolía la cabeza. Sentía ganas de vomitar.

—No parece posible —dijo Mary, cuando se sentaron a la mesa de la cocina. Tim sorbió el café.

—No. No lo parece. —Desde donde estaba podía ver por la ventana. Las nubes de ceniza. El perfil borroso e irregular de los edificios en ruinas.

—¡Ese hombre volverá? —gorjeó Judy—. Era muy delgado y extraño. No volverá, ¿verdad?

Tim miró su reloj. Las diez. Movió las manecillas, poniéndolas en cuatro y quince.

—Douglas dijo que empezaría a nochechar. No tardará.

—Entonces nos quedaremos en la casa —dijo Mary.

—Así es.

—¿Aunque las probabilidades sean muy escasas?

—Aunque haya una ínfima probabilidad de volver. ¿Estás contenta?

—Estoy contenta —dijo Mary, los ojos brillantes—. Vale la pena, Tim. Sabes que sí. Cualquier riesgo vale la pena. *Para volver*. Y otra cosa. Todos estaremos juntos... No podemos estar... lejos. Separados.

Tim se sirvió más café.

—Hiriamos bien en ponernos cómodos. Nos quedan tres horas de espera. Podríamos tratar de disfrutarlas.

A las seis y media cayó el primer MOR. Sintieron el sacudón, una ola de fuerza rugiente que abofeteó a la casa.

Judy entró corriendo desde el comedor, la cara blanca de miedo.

—¿Papá! ¿Qué es eso?

—Nada. No te preocupes.

—Vuelve —llamó Virginia con impaciencia—. Te toca a ti. —Estaban jugando al Monopolio.

Earl se levantó de un salto.

—Quiero ver. —Corrió excitado a la ventana.— ¡Veo dónde cayó!

Tim alzó la persiana y miró afuera. Muy lejos, en la distancia, un resplandor blanco ardía con fuerza. De él se elevaba una gigantesca columna de humo luminoso.

Una segunda vibración estremeció a la casa. Un plato cayó del estante y se estrelló en la piletta.

Afuera estaba casi oscuro. Excepto por los dos estallidos de blancura Tim no distinguía nada. Las nubes de ceniza se perdían en la penumbra. La ceniza y los restos irregulares de los edificios.

—Esa pasó más cerca —dijo Mary.

Cayó un tercer MOR. En el living las

ventanas estallaron, arrojando astillas de vidrio sobre la alfombra.

—Mejor vámonos —dijo Tim.

—¿Adónde?

—Al sótano. Vengan. —Tim abrió la puerta del sótano y bajaron atropelladamente.

—Comida —dijo Mary—. Será mejor que llevemos la comida que queda.

—Buena idea. Ustedes bajen, niños. Iremos en un minuto.

—Yo puedo llevar algo —dijo Earl.

—Baja. —El cuarto MOR estalló, más lejos que el último.— Y no te acerques a la ventana.

—Pondré algo contra la ventana —dijo Earl—. Esa plancha de madera terciada que usábamos para mi tren.

—Buena idea. —Tim y Mary volvieron a la cocina.— Comida. Platos. ¿Qué más?

—Libros. —Mary miró nerviosamente alrededor.— No sé. Nada más. Vamos.

Un rugido ensordecedor le ahogó las palabras. La ventana de la cocina estalló en una lluvia de vidrios rotos. Los platos del estante cayeron en la piletta en un torrente de porcelana astillada. Tim aferró a Mary y la arrojó al suelo.

Nubes ondulantes de un gris ominoso entraron en la habitación por la ventana rota. El aire nocturnoapestado, un olor rancio y nauseabundo. Tim se estremeció.

—Olvida la comida. Bajemos.

—Pero...

—Olvidala. —Aferró a Mary y la empujó hacia la escalera del sótano. Bajaron precipitadamente, Tim dando un portazo.

—¿Dónde está la comida? —preguntó Virginia.

Tiritando, Tim se enjugó la frente.

—Olvidala. No la necesitaremos.

—Ayúdenme —jadeó Earl. Tim lo ayudó a poner la plancha de madera contra la ventana, encima del lavadero. El sótano estaba frío y silencioso. El suelo de cemento estaba ligeramente húmedo.

Estallaron dos MOR al mismo tiempo. Tim fue arrojado al suelo. El cemento lo golpeó y él gruñó. Por un instante la negrura se arremolinó a su alrededor. Luego se puso de rodillas, tratando de levantarse.

—¿Todos bien? —murmuró.

—Yo estoy bien —dijo Mary. Judy empezó a sollozar. Earl caminaba a tientas.

—Estoy bien —dijo Virginia—. Supongo.

Las luces fluctuaron y se apagaron. De pronto se apagaron. El sótano estaba negro como la pez.

—Bien —dijo Tim—. Allá van.

—Tengo mi linterna. —Earl encendió la linterna.— ¿Qué les parece?

—Espléndido —dijo Tim.

Cayeron más MOR. El suelo brincó, corcoveando y jadeando. Una ola de fuerza sacudió la casa entera.

—Mejor tirémonos al suelo —dijo Mary.

—Sí. Acuéstense. —Tim se estiró torpemente. Alrededor de ellos llovieron trozos de yeso.

—¿Cuándo terminará? —preguntó Earl, intranquilo.

—Pronto —dijo Tim.

—¿Luego volveremos?

—Sí. Volveremos.

La siguiente explosión llegó casi enseguida. Tim sintió que el suelo de cemento se levantaba debajo de él. Que

crecía, hinchándose cada vez más. Cubrió los ojos, aferrándose con fuerza. Subía y subía, llevado por el cemento que se inflaba. Alrededor las vigas y tablones crujían. El revoque llovía. Oyó ruido de vidrios rotos. Y a lo lejos, las restallantes lenguas de fuego.

—Tim —dijo débilmente la voz de Mary.

—Sí.

—No podremos.

—No sé.

—No podremos. Lo presento.

—Tal vez no. —Tim gruñó de dolor: un tablón le había golpeado la espalda, aplastándolo. Tablones y revoque, que lo cubrían, enterrándolo. Sentía ese olor rancio, el aire nocturno y la ceniza. Todo entraba ondulando en el sótano, a través de la ventana rota.

—Papá —dijo débilmente la voz de Judy.

—¿Qué?

—¿No volvemos?

Tim abrió la boca para responder. Un rugido ensordecedor lo hizo callar. Saltó, impulsado por la explosión. Todo se movía a su alrededor. Un viento huracanado tiraba de él, un viento caliente que lo lamía y mordía. Se aferró con fuerza. El viento soplabá, arrastrándolo consigo. Gritó al sentir el ardor en las manos y la cara.

—Mary...

Luego silencio. Sólo negrura y silencio.

Coches.

Unos coches se detenían. Luego voces. Y pasos. Tim se movió, quitándose de encima los tablones. Se levantó penosamente.

—Mary. —Miró a su alrededor.— Hechos vuelto.

El sótano estaba destrozado. Las paredes estaban rotas y torcidas. Grandes boquetes mostraban una verde línea de hierba afuera. Una acera de cemento. El pequeño rosal. El costado blanco de la casa de estuco de los vecinos.

Cables de teléfono. Techos. Casas. La ciudad. Como siempre había sido. Cada mañana.

—¡Hemos vuelto! —Lo dominó una alegría salvaje. Habían vuelto. Sanos y salvos. Todo había terminado. Tim se abrió paso entre los escombros de la casa en ruinas — Mary, ¿estás bien?

—Aquí. —Mary se incorporó bajo una lluvia de polvo. Estaba toda blanca, el pelo, la piel, la ropa. Tenía la cara llena de tajos y rasguños, el vestido desgarrado. —¿De veras hemos vuelto?

—¿Señor McLean! ¿Está usted bien?

Un policía uniformado de azul entró en el sótano de un salto. Detrás de él brincaron dos figuras vestidas de blanco. Un grupo de vecinos se reunió afuera, esforzándose ansiosamente para ver.

—Estoy bien —dijo Tim, ayudando a Judy y Virginia a levantarse—. Creo que todos estamos bien.

—¿Qué sucedió? —El policía se les acercó, apartando tabloncillos. —¿Una bomba? ¿Alguna especie de bomba?

—La casa está en ruinas —dijo uno de los enfermeros de blanco—. ¿Está seguro de que no hay heridos?

—Estábamos aquí, en el sótano.

—¿Estás bien, Tim? —dijo la señora Hendricks, entrando cautelosamente en el sótano.

—¿Qué sucedió? —gritó Frank Foley, bajando de un salto—. ¡Cielos, Tim! ¿Qué demonios hiciste?

Los dos enfermeros registraron las ruinas con suspicacia.

—Tuvo usted suerte, amigo. Una gran suerte. Arriba no quedó nada.

Foley se acercó a Tim.

—¡Demonios! ¡Te advertí que hicieras revisar ese calentador de agua!

—¿Qué? —masculló Tim.

—¡El calentador de agua! Te dije que tenía algún problema con la válvula. Se habrá recalentado, al no apagarse... —Foley pestañeó, nervioso—. Pero no diré nada, Tim. El seguro. Puedes contar conmigo.

Tim abrió la boca. Pero las palabras no le salían. ¿Qué podía decir? No, no fue un calentador de agua en mal estado que me olvidé de hacer arreglar. No, no fue una conexión defectuosa en la cocina. No fue nada de eso. No fue una pérdida de gas, no fue una estufa enchufada, no fue una olla de presión que nos olvidamos de vigilar.

Es la guerra. La guerra total. Y no sólo la guerra para mí. Para mi familia. Para mi casa.

Es para la casa de ustedes, también. Tu casa y mi casa y todas las casas. Aquí y en la otra manzana, en la otra ciudad, el otro estado y país y continente. El mundo entero, así. Escombros y ruinas. Niebla y hierbas húmedas que crecen en la escoria oxidada. La guerra para todos. Para que todos se agolpen en el sótano, pálidos, asustados, intuyendo algo terrible.

Cuando llegara, cuando hubieran pasado los cinco años, no habría escapatoria. No habría regreso al pasado para librarse. Cuando llegara para todos, sería para siempre; nadie se escaparía arrastrándose, como había hecho él.

Mary lo estaba mirando. El policía, los vecinos, los enfermeros, todos lo estaban mirando. Esperando una explica-

ción. Que les dijera qué había ocurrido.

—¿Fue el calentador de agua? —preguntó tímidamente la señora Hendricks—. Fue eso, ¿verdad, Tim? Esas cosas suceden. Nunca estás seguro...

—Tal vez fue un guiso casero —sugirió un vecino, en un débil intento de humor—. ¿Fue eso?

No podía contarles. No entenderían, porque no querían entender. No querían saber. Necesitaban tranquilidad. Se les veía en los ojos. Un miedo lastimoso, patético. Intuían algo terrible, y tenían miedo. Le escrutaban la cara, buscando

ayuda. Palabras de consuelo. Palabras para aliviar el miedo.

—Sí —dijo Tim forzadamente—. Fue el calentador de agua.

—¡Me parecía! —jadeó Foley. Todos soltaron un suspiro de alivio. Murmullos, risas trémulas. Cabeceos, sonrisas.

—Debi hacerlo arreglar —continuó Tim—. Debi hacerle echar un vistazo hace tiempo. Antes de que anduviera tan mal. —Tim miró el círculo de personas ansiosas, pendientes de sus palabras—. Debi hacerlo revisar. Antes de que fuera demasiado tarde.

Titulo del original en inglés: *Breakfast at Twilight*.

© 1954 by Ziff-Davis Publishing Company, Inc., © 1977 by Philip K. Dick

Traducción de Néstor Dietrich.

Publicado por acuerdo con Scott Meredith Literary Agency.

845 Third Ave., Nueva York, N.Y. 10022, U.S.A.

ANGELICA GORODISCHER

BELLEZA RUBIA PARA SECUNDAR A HEROE, SE NECESITA

*En la literatura
del cambio, a la mujer
le ha cambiado no sólo
el color del pelo.*

Ilustración de Luis Scafati

Dice Pablo Capanna que "en los buenos y viejos tiempos en los que la Preceptiva reinaba indiscutida, con sus unidades aristotélicas y sus clasificaciones al estilo Linneo, era muy fácil ubicar una obra en el género correspondiente". Y lo dice en un libro,* así que debe ser cierto. También dice que ahora estamos fritos. No lo dice con esas palabras porque él es mucho más elegante que yo. Y yo agregó que estamos fritos en ese sentido y en varios otros, cosa que ya ni hay necesidad de andar diciendo en libros. Pero él lo dice en vista de que la pobre doña Preceptiva se marchitó entre pá-

ginas amarillentas y en los anaqueles de las bibliotecas, peor que doña Rosita la soltera que por lo menos tuvo un novio ausente, intacta su virginidad porque los únicos galanes que tuvo y tiene son unos viejos chotos que para lo único que tienen ya impetus es para formar parte de Academias. Además a la gente, y esto también lo dice Capanna y yo adhiere, le dio por escribir cosas raras que no cabían en ninguna parte. Cienciaficción por ejemplo.

Capanna tiene sus teorías acerca de esta narrativa que mucha gente (demasiada) cree emparentada con los platos voladores, los hombrecitos verdes con antenas y los libros pseudocientíficos pseudomísticos del señor Dániken. Yo

* *El sentido de la ciencia ficción*, Columba, Buenos Aires, 1967.

también tengo mi teoría, como la tiene todo enamorado de la cienciaficción, pero a no asustarse que la despacho en una sola frasecita, para ir después a lo de la belleza rubia.

La frasecita es la siguiente y por favor trátenmela con cuidado que en una de esas la posteridad nos juega una mala pasada y se convierte en una Frase Célebre que sirve para polémicas y para tesis de doctorado:

Me atrevo, por qué no si total la posteridad está tan lejos, a afirmar que no hay narrativa más realista que la cienciaficción.

Y si se me permite seguir agrediendo la perspicacia del lector, la lectora, con una aclaración, como si hiciera falta, diré que lo es porque nada hay más visible que lo oculto y nada hay más delirante que la realidad. En otras palabras, nada hay más realista que la hipertrofia de la realidad.

Sigamos, es que hemos tenido valor para llegar hasta acá.

No nos engañemos: no inventamos nada. Siempre tenemos un impaciente pie (a veces nada más que el talón) apoyado en eso que se llama la realidad, involucrando ahí toda la ambigüedad que tiene el término. Si no, no habría producido alguno que mirar o que leer. Si hubiera, existiera, fuera, apareciera algo enteramente inventado (y si hay, existe, es, aparece, no me lo digan por favor, que me muero de envidia), no lo veríamos. Pasaríamos a su lado mirando sin ver.

Excelente tema de discusión: tal vez exista, haya, aparezca día a día algo que bordeamos y no vemos por extraño. En cuyo caso tendrían ojos que ven lo que no los nuestros, los visionarios y los profetas.

Los autores de ese género inclasificable (¿género dije?) y realista parten siempre de un dato reconocible. A veces hay que rastrearlo, a veces no. Me refiero a la droga en Dick, la historia en Lafferty, el sexo en Russ, la lingüística en Delany, la poesía en Zelazny, el miedo en Disch, y así por el estilo. Todo vale, talento más talento menos. Como toda narrativa, es una gran mentira; pero como toda narrativa, su madre es la verdad.

¿Y el padre? ¿Quién es el padre? Mucho me temo que ni ella lo sabe. Como podrá apreciar cualquiera que eche una mirada sobre la Historia Del Hombre (así, con mayúsculas), ni ella lo sabe, puesto que ha sido promiscua por los siglos de los siglos.

Y ahí viene lo de la belleza rubia.

En lo que a mujeres atañe, la cienciaficción es, ha sido y presumiblemente será también, una hipertrofia de la realidad. En aquella primera cienciaficción (siempre hubo cienciaficción, pero para mayor comodidad nosotros partamos de los locos años veinte) no había mujeres. No, no había. Esas cosas con formas femeninas, opulentas arriba en la parte de adelante y abajo en la parte de atrás, no eran mujeres. Eran unos seres sumamente cómodos que servían, como dijo Ursula Le Guin en una entrevista memorable, para gritar "¡liiii!". También servían para otras cosas, menos para esa en la que ustedes están pensando. Por ejemplo, para preguntarle al héroe de rostro inescrutable cómo funcionaba el cohete. Si se ponen demasiado exigentes, se ruega reemplazar el cohete por: la pistola de rayos, el robot, el transportador instantáneo, el traje espacial, el casco telepático, la sociedad del extra-

ño planeta al que acaban de llegar, etc. Servían para desmayarse, para provocar lios (véase el asunto aquel de Helena de Troya), para quedar viudas, para dar el pie en los diálogos, para ser raptadas por el monstruo, y para decir, picaronas, al final del libro:

—Oh, no, cariño, me temo que no podrás ir en ese viaje porque vas a estar muy ocupado en tu luna de miel.

Superada la náusea, continuemos diciendo que esas pseudomujeres eran, las más de las veces, rubias. Además eran perfectas, bellísimas, inmarcesibles. Generalmente hijas de algún personaje importante, jamás se despeinaban, no tenían granitos, no se lavaban los dientes (pero siempre los tenían como perlas), no transpiraban, no vomitaban, no se sentaban en el inodoro, ¡ay! ¡no! ¡horror! ¡cómo, inodoro!, no tenían acidez ni caries, no se les tapaba la nariz y no hacían el amor.

Pero cuidado, que no todo ha de ser rubias en este mundo de cienciaficción (el nuestro). Las hay castañas y pelirrojas. Las castañas y las pelirrojas son un poco más humanas aunque no mucho, no exageremos. Suelen ser menuditas y activísimas. No son tan desesperadamente imbéciles como las rubias: hasta tienen algunas habilidades y por lo tanto provocan menos lios. No se desmayan sobre la consola de mandos automáticos apretando de paso todos los botones y todas las palas y clavijas y desviando el rumbo de la nave que va a parar a la loma del peludo, por ejemplo. Y no son tan inalcanzables sino que tienen rasgos de compañerismo, de solidaridad; aunque, claro, no hacen el amor. ¿Cómo decirlo? Acá, entre nosotros, son un poco machonas. Y se despeinan

(quedan encantadoras) y tienen pecas y se visten con jeans y camisas a cuadros. Resultan casi simpáticas, pobrecitas. Pero en los últimos renglones del último capítulo, dicen, por cierto, eso de oh no cariño, etcétera.

Y aquí vienen, sálvese quien pueda, las morenas.

Cuando hace falta el misterio, lo insondable, lo incomprendible, oscuro, secreto, inmanejable, peligroso, el "continente negro" del Padre Sigmund, vamos, eso, aparece una morena. La morena también es bellísima y perfecta, aunque no sé si inmarcesible. Tampoco va al baño ni tiene granitos ni mal aliento. Y tampoco hace el amor, aunque es sospechosísima. Digamos que no hace el amor en escena. No se desmaya ni llora, pero se queda viuda, a veces con asiduidad. Y en vez de ser hija de alguien importante es importante ella. En otras palabras, es fuerte, y eso es inaceptable en una fémina. Entonces la cosa se soluciona fácilmente: es fuerte, pero no por su voluntad, no por sus méritos ni su decisión. Lo que pasa es que tiene algún poder. Esto me recuerda aquel asunto de las brujas, vaya a saber por qué. Ese poder también es secreto, recóndito, misterioso, peligroso y, por supuesto, independiente de su voluntad. Ella no lo ha conquistado: el poder la ha conquistado a ella. Ella no lo posee: el poder la posee a ella. Y en los últimos párrafos no dice eso de oh cariño, no. En los últimos párrafos se muere. Bien hecho, por mala.

Pero de pronto, o no de pronto: insidiosamente al principio y catastróficamente después, como suceden esas cosas, el cuadro de la cienciaficción se modifica. Claro, hasta el momento la

cosa había estado un tanto incompleta. Nadie hacía el amor, nadie parecía tener ganas de irse a la cama con otro alguien; en realidad nadie parecía siquiera tener sexo. Lo que sí parecía era que por ahí había pasado alguna agrupación maldita del tipo de la Liga de la Decencia, dedicada a cuidar el pudor y la blanca inocencia. Sólo que la vida no es blanca; por suerte es de todos los colores.

Un día la cienciaficción dejó de ser aseuada, una porque apareció una nueva generación de escritores (el que quiera fechas y precisiones temporales dirijase por favor a la gente que sabe mucho; mi especialidad no es la erudición sino el disparate), y otra porque los viejos maestros por algo son maestros y fueron cambiando con los tiempos y haciendo cambiar los tiempos.

Hubo cuentos, hubo novelas, hubo niños terribles, hubo antologías. Y llamativamente hubo un fenómeno inesperado que fue cualquier cosa menos inesperado: la irrupción en el campo de la cienciaficción de mujeres que escribían cienciaficción. Cierito, ya las había, como en todas partes. Pero acá llamativamente también, aunque en forma parecida a las de la mainstream, bajo seudónimo masculino o bajo iniciales que no dejaban adivinar el sexo: se daba por sentado que se trataba de hombres, y todos sabemos que hay jugosas anécdotas al respecto.

Al mismo tiempo aparecen en la narrativa de cienciaficción las autoras y el color de la vida. Atención que yo no digo que sean ellas *exclusivamente* las que propician una vida completa para héroes y rubias o lo que sean: son todos, autoras y autores, los que dan el empujón decisivo y hacen algo crucial para

sacar a la cienciaficción de su ghetto incoloro.

Se terminaron las rubias. O no, no se terminaron, ¿por qué habrían de terminarse? Si es cierto, como dice Cecilia Absatz, que "todas las mujeres deberían ser pelirrojas por lo menos una vez en la vida", también lo es que cualquier mujer tiene derecho a ser rubia o lo que se le dé la gana. Por consiguiente rubias sigue habiendo. Y castañas y pelirrojas y morenas. Lo que parece estar en vías de extinción es la rubia idiota, la pelirroja piola, la morena malísima. El prototipo, en una palabra. Y lo que aparece finalmente es la mujer. Autoras y autores descubren que en la cienciaficción la gente hace el amor, es homosexual, heterosexual, bi o cualquier otra cosa que se le ocurra al que escribe; descubren que no sólo se puede fantasear con máquinas y (levemente) con sentimientos, sino también con el sexo, la pasión, los celos. Con política, violencia, religión, sociedad, metafísica, historia.

Para terminar con este asunto de la rubia y sus secuelas, digamos que todas aquellas condiciones de origen cultural que alguna vez se tomaron como parte de una mítica "naturaleza femenina" sirven a las autoras de cienciaficción para componer una obra desapareja pero asombrosa. Destinadas al mundo del adentro, ocupan un lugar inmejorable desde el cual mirar el mundo que las rodea, dentro, fuera y más allá. Relegadas, el peso del resentimiento de generaciones y generaciones de mujeres les hace orquestrar la más feroz de las críticas. Silenciadas durante siglos, cuando se sacan la mordaza gritan tan fuerte que se las oye hasta el último rincón del universo que están pintando con pala-

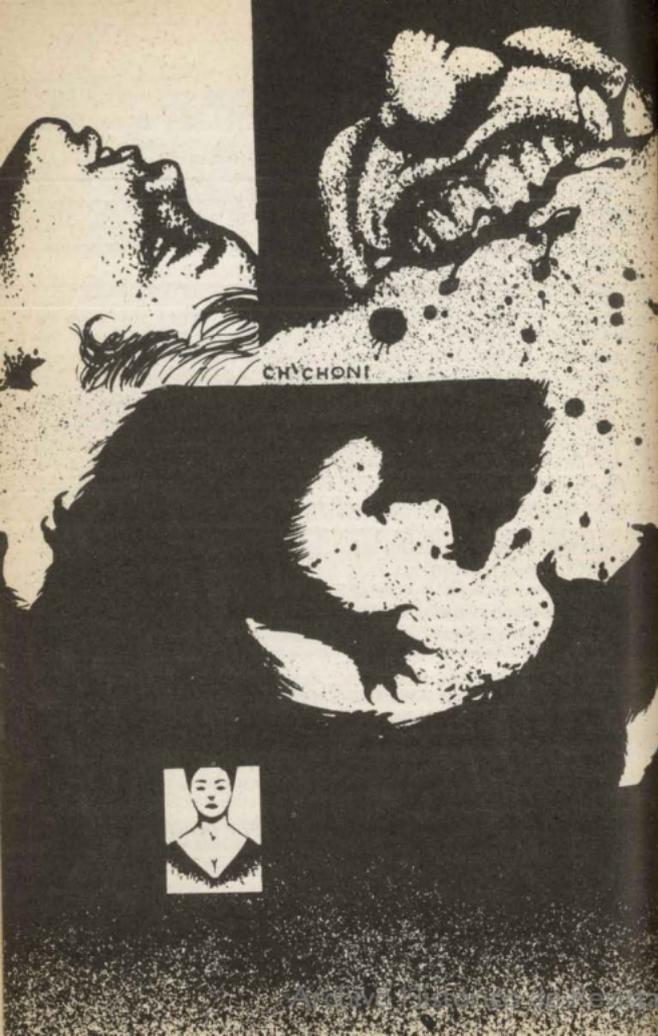
bras pero también con sangre. No sangre de muerte, que en las mujeres la sangre es lo contrario, es la vida.

Y entonces sí hay muchas convenciones que se terminan, no sólo la del color del pelo; y el género, si género es la cienciaficción, llega efectivamente a una etapa (¿madurez?) espléndida. Ya no hay maniqués con formas femeninas que sirvan de pretexto sino mujeres

de veras. Y fuera de los libros hay mujeres de veras que escriben textos admirables codo a codo con sus colegas hombres.

Y acá se termina este artículo porque un párrafo más, un renglón más, una palabra más, y vamos caer en la horrible tentación de estampar una moraleja. Cosa que la posteridad no nos va a perdonar jamás.

© 1984, Angélica Gorodischer.



CHICHONI



CORDWAINER SMITH

LOS MINIÑOS DE MAMA HITTON

*Era el mundo
más rico del universo,
y tenía que
defenderse.*

Ilustración de Oscar Chichoni

Las comunicaciones malas obstaculizan el robo;
las comunicaciones buenas promueven el robo;
las comunicaciones perfectas impiden el robo.

Van Braam

1

La luna giraba. La mujer miraba. Habían pulido veintiuna facetas en el ecuador de la luna. La función de la mujer era armar esa luna. Ella era Mamá Hitton, señora de los armamentos de Vieja Australia del Norte.

Era una mujer alegre y rubicunda de edad imprecisa. Tenía ojos azules, senos opulentos, brazos fuertes. Parecía una matrona, pero su único hijo había muerto muchas generaciones atrás.

Ahora actuaba como madre de un planeta, no de una persona; los norstrilianos dormían bien porque sabían que ella vigilaba. Las armas dormían su sueño largo y enfermo.

Esa noche miró por enésima vez el banco de advertencia. El banco callaba. No brillaban luces de peligro. Sin embargo ella intuía un enemigo en alguna parte del universo, un cnemigo que esperaba para atacarla a ella y su mundo, para adueñarse de las riquezas inconmensurables de los norstrilianos, y resoplaba de impaciencia. *Ven, hombrecito, pensaba. Ven, hombrecito, y muere. No me hagas esperar.*

Sonrió cuando reconoció la ridiculez de su propio pensamiento.

Ella esperaba.

Y él no lo sabía.

Él, el ladrón, estaba bastante relajado. Era Benjacomin Bozart, experto en las artes de relajación.

Nadie en Sunvale, aquí en Ttiollé, sospechaba que él era guardián principal de la Liga de Ladrones, criado bajo la luz de la estrella violeta-estelar. Nadie podía olerle el aroma de Viola Siderca. "Viola Siderca", había dicho la dama Ru, "fue otrora el mundo más bello y ahora es el más corrupto. Sus habitantes fueron otrora modelos para la humanidad, y ahora son ladrones, mentirosos y asesinos. Se les huele el alma en pleno día." La dama Ru había muerto tiempo atrás. Era muy respetada, pero estaba en un error. El ladrón, no tenía olor para los demás. Él lo sabía. No era más "anómalo" que un tiburón acercándose a un cardumen de bacalao. La naturaleza de la vida es vivir, y él había sido criado para vivir como tenía que vivir: buscando presas.

¿De qué otra forma podía vivir? Viola Siderca estaba en bancarrota desde hacía mucho tiempo, desde que las velas fotónicas habían desaparecido del espacio y las susurrantes naves de planiforma se abrieron paso entre las estrellas. Sus ancestros habían quedado librados a su suerte en un planeta apartado. Se negaron a morir. La ecología se alteró y se transformaron en depredadores de hombres, adaptados por el tiempo y la genética a sus tareas mortíferas. Y él, el ladrón, era un campeón de su pueblo, el mejor entre los mejores.

Él era Benjacomin Bozart.

Había jurado asaltar a Vicia Australia del Norte o morir en el intento, y no tenía la menor intención de morir.

La playa de Sunvale era tibia y hermosa. Ttiollé era un planeta de tránsito, libre y desprejuiciado. Las armas de Benjacomin eran la suerte y él mismo: se proponía usarlas bien a ambas.

Los norstrilianos podían matar.

Él también.

En ese momento, en ese lugar, era un turista feliz en una playa hermosa. En otra parte, en otro momento, podía transformarse en un hurón entre conejos, un halcón entre palomas.

Benjacomin Bozart, ladrón y guardián. No sabía que alguien lo esperaba. Alguien que no le conocía el nombre estaba preparada para despertar la muerte, tan sólo para él. Él aún estaba tranquilo.

Mamá Hitton no estaba tranquila. Lo intuía vagamente pero aún no podía localizarlo.

Una de sus armas roncó. Ella la hizo girar.

A mil estrellas de distancia, Benjacomin Bozart sonrió mientras caminaba hacia la playa.

2

Benjacomin se sentía como un turista. Su cara bronceada estaba serena. Sus ojos orgullosos y sombríos estaban calmos. Su boca elegante, aun sin la sonrisa encantadora, sugería cierto agrado en las comisuras. Lucía atractivo sin parecer extraño. Lucía mucho más joven de lo que era. Caminaba con pasos enérgicos y felices por la playa de Sunvale.

Las olas de cresta blanca rodaban como las rompientes de la Madre Tierra. Los habitantes de Sunvale estaban orgullosos de la semejanza de su mundo

con el Hogar del Hombre. Pocos de ellos habían visto el Hogar del Hombre, pero todos conocían un poco de historia y la mayoría sentía una angustia fugaz cuando pensaba en el antiguo gobierno que aún marjaba el poder político a través de las honduras del espacio. No les gustaba la vieja Instrumentalidad de la Tierra, pero la respetaban y temían. Las olas le recordaban el lado bonito de la Tierra; no querían recordar el lado no tan bonito.

Este hombre era como el lado bonito de la vieja Tierra. No podían captar el poder que había en él. La gente de Sunvale le sonreía distraidamente cuando se cruzaba con él en la costa.

La atmósfera era callada, y lo rodeaba un ambiente de serenidad. Volvió la cara al sol. Cerró los ojos. Dejó que la luz tibia le atravesara los párpados, iluminándolo con su calidez y su toque tranquilizador.

Benjacomin soñaba con el mayor robo que había planeado ningún hombre. Soñaba con robar una parte enorme de la riqueza del mundo más rico que había construido la humanidad. Pensaba en lo que ocurriría cuando al fin trajera las riquezas al planeta de Viola Siderca, donde se había criado. Benjacomin apartó la cara del sol y echó una mirada lánguida a las demás personas de la playa.

Aún no había norstrilianos a la vista. Era fáciles de reconocer. Gente fornida de tez roja; soberbios atletas y sin embargo, a su manera, inocentes, jóvenes y muy rudos. Él se había entrenado para este robo durante doscientos años. La Liga de Ladrones de Viola Siderca le había prolongado la vida con ese propósito. Él encarnaba los sueños de su pla-

meta, un planeta pobre que en un tiempo había sido un centro comercial y ahora estaba reducido a un antro de ladrones y rateros.

Vio a una mujer norstriliana saliendo del hotel y bajando a la playa. Esperó, y miró, y sonrió. Quería hacer una pregunta y ningún australiano adulto podía contestarla.

"Es curioso", pensó, "que aún hoy los llame 'australianos'. Ése es el viejo nombre de la vieja Tierra... un pueblo rico, audaz, rudo. Niños belicosos plantados en el medio del mundo... y ahora son los tiranos de toda la humanidad. Ellos tienen las riquezas. Ellos tienen la santacara, y otras personas viven o mueren según el comercio que tengan con los norstrilianos. Pero no yo. Ni mi pueblo. Somos hombres que son lobos del hombre."

Benjacomin esperó grácilmente. Bronceado por la luz de muchos soles, aparentaba cuarenta años aunque tenía doscientos. Vestía la ropa típica de un veranecante. Podría haber sido un viajante intercultural, un fullero, el funcionario de un puerto estelar. Incluso podía haber sido un detective que trabajaba en las rutas comerciales. No lo era. Era un ladrón. Y era tan buen ladrón que la gente se volvía hacia él y ponía sus pertenencias en sus manos, porque él era sedante, calmo, de ojos grises, de pelo rubio. Benjacomin esperaba. La mujer lo miró de soslayo, una mirada rápida y suspicaz.

Lo que vio debió calmarla. Siguió de largo. Gritó, volviéndose hacia la duna: —Ven, Johnny, podemos nadar aquí. —Un niño que aparentaba ocho o diez años corrió desde la duna hacia la madre.

Benjacomin se tensó como una cobra. Aguzó la mirada, entornó los ojos.

Ésta era la presa. Ni demasiado pequeña ni demasiado grande. Si la víctima era demasiado pequeña ignoraría la respuesta; si era demasiado grande no serviría de nada abordarla. Los norstrilianos eran famosos como luchadores; los adultos eran demasiado fuertes, mental y físicamente, para atacarlos.

Benjacomin sabía que todos los ladrones que se habían acercado al planeta de los norstrilianos, que habían intentado saquear el mundo de sueños de Vieja Australia del Norte, habían perdido el contacto con su gente y habían muerto. No había más noticias de ellos.

Y sin embargo sabía que cientos de miles de norstrilianos tenían que conocer el secreto. De vez en cuando hacían bromas sobre ello. Él había oído esas bromas cuando joven, y ahora era más que viejo y jamás se había acercado a la respuesta. La vida era cara. Él ya iba por su tercera vida y las vidas habían sido compradas honestamente por los suyos. Buenos ladrones todos ellos, habían pagado dinero robado con sudor para conseguir la medicina que permitiría al ladrón más grande permanecer con vida. Benjacomin no amaba la violencia. Pero cuando la violencia allanaba el camino al mayor robo de todos los tiempos, estaba dispuesto a usarla.

La mujer lo miró de nuevo. La máscara del mal que había cruzado la cara de Benjacomin se disolvió en benevolencia; se calmó. Ella lo sorprendió en ese momento de relajación. Gustó de él.

Ella sonrió y, con ese torpe titubeo tan típico de los norstrilianos, le dijo: —¿Podría cuidar a mi hijo mientras yo voy al agua? Creo que nos hemos visto aquí en el hotel.

—Desde luego —dijo él—. Con gusto. Ven aquí, hijo.

Johnny caminó hacia su propia muerte atravesando las dunas iluminadas por el sol. Se acercó al enemigo de su madre.

Pero la madre ya se había vuelto.

Benjacomin Bozart tendió una mano experta. Aferró el hombro del niño hacia él, derribándolo. Antes que el niño pudiera gritar, Benjacomin ya le había inyectado la droga de la verdad.

Johnny sólo forcejeó contra el dolor, y luego un martillazo le estalló en el cráneo cuando la poderosa droga actuó.

Benjacomin miró hacia el agua. La madre nadaba, vuelta hacia ellos. Obviamente no estaba preocupada. Para ella, el niño parecía estar mirando algo que el forastero le mostraba con juguetona serenidad.

—Ahora, hijo —dijo Benjacomin—, dime cuál es la defensa exterior.

El niño no respondió.

—¿Cuál es la defensa exterior, hijo? ¿Cuál es la defensa exterior? —repitió Benjacomin. El niño aún no respondía.

Algo cercano al horror erizó la piel de Benjacomin Bozart cuando advirtió que había puesto en jaque su seguridad en este planeta, que había puesto en jaque los planes mismos por una oportunidad de averiguar el secreto de los norstrilianos.

No habían detenido dispositivos simples y fáciles. El niño ya estaba condicionado contra el ataque. Cualquier intento de arrancarle información activaba un reflejo condicionado de mudez total. El niño era literalmente incapaz de hablar.

La luz reflejada en el pelo húmedo, la madre se volvió y preguntó: —¿Estás bien, Johnny?

Benjacomin agitó la mano: —Le estoy mostrando mis fotos, señora. Le gustan. Tómese su tiempo. —La madre vaciló y luego volvió hacia el agua y se alejó nadando despacio.

Johnny, dominado por la droga, se sentó ligeramente, como un inválido, en las rodillas de Benjacomin.

—Johnny —dijo Benjacomin—, vas a morir ahora y te dolerá horriblemente si no me dices lo que quiero saber. —El niño se resistió débilmente. Benjacomin repitió: — Te haré doler si no me dices lo que quiero saber. ¿Cuáles son las defensas exteriores? ¿Cuáles son las defensas exteriores?

El niño forcejeó y Benjacomin advirtió que el niño luchaba para cumplir la orden, no para escabullirse. Soltó al niño y el niño extendió un dedo y se puso a escribir en la arena húmeda. Las letras resaltaron.

La sombra de un hombre se alzaba detrás de ellos.

Benjacomin, alerta, listo para girar, matar o correr, se echó en el suelo junto al niño y dijo: —Magnífica adivinanza. Me gustó. Muéstrame otra. —Le sonrió al adulto que pasaba. El hombre era un forastero. El forastero le dirigió una mirada curiosa que se distendió cuando vio la agradable cara de Benjacomin, que jugaba tan tierna y gratamente con el niño.

Los dedos aún trazaban letras en la arena.

Allí estaba la adivinanza: LOS MINUOS DE MAMÁ HITTON.

La mujer regresaba del mar, la madre inquisitiva. Benjacomin se acarició la manga de la chaqueta y extrajo su segunda inyección, un veneno muy diluido que requería días o semanas de tra-

bajo de laboratorio para ser detectado. Lo aplicó directamente al cerebro del niño, clavando la guja en la nuca. El pelo ocultó el pequeño pinchazo. La aguja increíblemente dura se deslizó bajo el borde del cráneo. El niño estaba muerto.

El asesinato estaba consumado. Benjacomin borró casualmente el secreto de la arena. La mujer se acercó. Él la llamó, lo vez transida de simpática preocupación: —Señora, venga aquí. Creo que su hijo se ha desmayado por el calor.

Entregó a la madre el cuerpo del hijo. Ella se alarmó. Estaba asustada y alerta. No sabía cómo reaccionar.

Por un momento temible lo miró a los ojos.

Doscientos años de adiestramiento surtieron efecto: ella no vio nada. El asesino no expresaba asesinato. El halcón estaba oculto bajo la paloma. El corazón estaba enmascarado por la cara entrenada.

Benjacomin se relajó con serenidad profesional. Se había preparado para matarla también a ella, aunque ignoraba si podía matar a una norstriliana adulta. Muy servicialmente, dijo: —Quédese con él. Yo correré al hotel y pediré ayuda. Me dará prisa.

Dio media vuelta y corrió. Un camarero de la playa lo vio y corrió hacia él. —El niño está enfermo —gritó él. Se acercó a la madre a tiempo para verle el asombro y la tragedia pintados en la cara y también algo más que la tragedia: la duda.

—No está enfermo —dijo ella—. Está muerto.

—No es posible —dijo Benjacomin, alerta. Se sentía alerta. Impuso un aire de compasión a toda su postura, a cada

músculo de la cara.—No es posible. Yo hablaba con él hace un minuto. Estábamos escribiendo adivinanzas en la arena.

La madre habló con una voz quebrada y hueca que sonaba como si nunca más pudiera encontrar los acordes correctos para el lenguaje humano, sino que repetiría eternamente los ruidos discordantes de la congoja imprevista. —Está muerto —dijo—. Usted lo vio morir y creo que yo también lo vi morir. No entiendo qué ha ocurrido. El niño estaba lleno de santaclara. Tenía mil años de vida pero ahora está muerto. ¿Cómo se llama usted?

—Eldon —dijo Benjacomin—. Eldon el viajante, señora. Vengo aquí muy a menudo.

3

—Los miniños de mamá Hitton. Los miniños de Mamá Hitton.

La frase tonta le corria por la mente. ¿Quién era Mamá Hitton? ¿Y madre de quién? ¿Qué eran los *miniños*? ¿Era "miniños" mal escrito? ¿Gatitos? ¿O eran otra cosa?

¿Había matado a un imbécil por una respuesta imbécil?

¿Cuántos días más tendría que quedarse aquí con esa mujer consternada y recelosa? ¿Cuántos días tenía para observar y esperar? Quería volver a Viola Siderca; llevar el secreto, por imprevisible que fuera, para que lo estudiara su gente. ¿Quién era Mamá Hitton?

Salió de la habitación y bajó.

La grata monotonía de un gran hotel era tal que los otros huéspedes lo miraban con interés. Él era el hombre que

había presenciado la muerte del niño en la playa.

Algunos amantes del escándalo que se alojaban allí habían elaborado la fantástica historia de que él había matado al niño. Otros rechazaban los rumores, diciendo que sabían perfectamente quién era Eldon. Él era Eldon el viajante. Era ridículo.

La gente no había cambiado mucho, aunque las naves con los capitanes de viaje sentados en su corazón susurraban entre las estrellas, aunque la gente fuera de un mundo a otro —cuando tenía el dinero para pagar el pasaje de ida y vuelta— como hojas que caen, en vientos suaves y juguetones. Benjacomin enfrentaba un dilema trágico. Sabía muy bien que cualquier intento de decodificar la respuesta chocaría contra los dispositivos de protección preparados por los norstrilianos.

Vieja Australia del Norte era inmensamente rica. A lo largo y lo ancho de todas las estrellas se sabía que había contratado mercenarios, espías defensivos, agentes secretos y dispositivos de alerta.

Aun el Hogar el Hombre —la Madre Tierra misma, a la que ningún dinero podía comprar— estaba sobornada por la droga de la vida. Una onza de la droga santaclara, reducida, cristalizada y llamada *stroon*, podía dar de cuarenta a sesenta años de vida. El *stroon* entraba en el resto de los mundos terrestres por onzas y libras, pero era refinada en Australia del Norte por toneladas. Con un tesoro así, los norstrilianos poseían un mundo inimaginable cuyos recursos desbordaban todos los límites concebibles de dinero. Podían comprar cualquier cosa. Podían pagar con las vidas de otros.

Durante siglos habían otorgado fondos secretos para comprar servicios extranjeros en salvaguardia de su propia seguridad.

Benjacomin se detuvo en el lobby: "Los miniños de Mamá Hitton".

Tenía la sabiduría y la riqueza de mil mundos encerrada en la mente, pero no se atrevía a preguntar en ninguna parte qué significaba.

De pronto se le iluminó la cara.

Parecía un hombre que hubiera pensado en un buen juego para jugar, en una grata diversión para entretenerse, en una compañía para recordar, en una comida nueva para saborear. Había tenido un pensamiento muy feliz.

Había una fuente que no hablaría. La biblioteca. Al menos podía registrar las cosas obvias y simples, y averiguar qué formaba parte del conocimiento público en el secreto que había arrebatado al niño.

No habría arriesgado su seguridad en vano, ni habría desperdiciado la vida de Johnny, si podía encontrar la clave de cualquiera de esas palabras. *Mamá o Hitton o Miniño*. Aún podía llegar al botín de Norstrilia.

Se volvió sobre los talones de buen humor. Camino ligera y alegremente hacia la sala de billar, después de la cual estaba la biblioteca. Entró.

Ese hotel era muy caro y muy anti-cuado. Incluso tenía libros hechos de papel, con encuademaciones genuinas. Benjacomin cruzó la habitación. Vio que tenían la *Enciclopedia galáctica* en doscientos volúmenes. Tomó el volumen encabezado "Hi-Hi". Lo abrió desde atrás, buscando el apellido "Hitton", y allí estaba. "Hitton, Benjamin (10719-17423 d.C.)", pionero de Vieja Australia

del Norte. Se lo considera inventor de parte del sistema de defensa." Eso era todo. Benjacomin caminó entre los libros. La palabra "miniños" no estaba en ninguna parte, ni en la enciclopedia ni en ninguna lista de la biblioteca. Salió y subió, regresando a su cuarto.

Tal vez el niño se había equivocado.

Corrió un riesgo. La madre, medio ciega de perturbación y dolor, estaba sentada en una silla de respaldo recto en el porche. Las otras mujeres le hablaban. Sabían que el marido de ella llegaría pronto. Benjacomin se acercó a saludarla. Ella no lo vio.

—Debo partir, señora. Iré al próximo planeta, pero volveré en dos o tres semanas subjetivas. Y por si usted me necesita para un interrogatorio urgente, dejaré mi domicilio a la policía local.

Benjacomin se despidió de la afligida madre.

Benjacomin se fue del tranquilo hotel. Conseguió un pasaje prioritario.

La parsimoniosa policía de Sunvale no se opuso a su demanda de una repentina visa de partida. A fin de cuentas, él tenía una identidad, tenía sus propios fondos, y no era costumbre de Sunvale contradecir a sus visitantes. Benjacomin subió a la nave y, cuando caminaba hacia la cabina donde descansaría unas horas, un hombre subió junto a él. Un hombre joven, cabello partido al medio, baja estatura, ojos grises.

Ese hombre era el agente local de la policía secreta de Norstrilia.

Benjacomin, pese a su pericia de ladrón, no reconoció al policía. Jamás pensó que la biblioteca misma estaba preparada y que la palabra norstriliana "miniños" era en sí misma una señal. Al buscarla había puesto en funcionamiento

to una pequeña alarma. Había dado el alerta.

El forastero saludó. Benjamín devolvió el saludo. —Soy un viajante que espera entre una asignación y otra. No me ha ido muy bien. ¿Cómo anda usted? —No me interesa. No gano dinero, soy técnico. Mi nombre es Liverant.

«Jeacomín estudió al sujeto. Sin duda era un técnico. Se dieron la mano sin mayor énfasis. Liverant dijo: —Me reuniré con usted en el bar un poco más tarde. Primero descansaré un poco.

Ambos se acostaron y dijeron muy poco mientras el primer relámpago de planoforma atravesaba la nave. El relámpago pasó. Por los libros y las lecciones sabían que la nave brincaba hacia adelante en dos dimensiones mientras, de una manera u otra, la furia del espacio era alimentada a las computadoras, que a la vez eran manejadas por el capitán que controlaba la nave.

Sabían estas cosas pero no podían sentir las. Sólo sentían la punzada de un ligero dolor.

El sedante estaba en el aire mismo, disuelto en el sistema de ventilación. Ambos sabían que se embriagarían un poco.

El ladrón Benjamín Bozart estaba entrenado para resistir la embriaguez y el desconcierto. Cualquier indicio de que un telépatra trataba de leerle la mente se habría topado con una resistencia tenaz y animal, implantada en su inconsciente durante los primeros años del entrenamiento. Bozart no estaba adiestrado contra el engaño de un técnico; la Liga de Ladrones de Viola Siderea jamás pensó que para su gente sería preciso resistirse a los embaucadores. Liverant ya había estado en contacto con Nors-

trilia... Norstrilia, cuyo dinero cruzaba las estrellas; Norstrilia, que había alertado a cien mil mundos contra la mera idea de una intrusión.

Liverant se puso a parlotear. —Ojalá pudiera ir más lejos. Ojalá pudiera ir a Olimpia. En Olimpia se puede comprar cualquier cosa.

—He oído comentarios —dijo Bozart—. Es un extraño planeta comercial sin demasiadas oportunidades para los hombres de negocios, ¿verdad?

Liverant rió y su risa era alegre y genuina. —¿Comercial? Ellos no comercian. Birlan. Toman el botín robado en mil mundos y lo revenden y lo cambian y lo pintan y lo marcan. Ése es el negocio de ellos. Los habitantes son ciegos. Es un mundo extraño, y sólo hay que ir allá para conseguir lo que uno quiere —dijo Liverant—. ¡Lo que haría yo con un año en ese lugar! Todos son ciegos excepto yo y un par de turistas. Y están todas las riquezas que todos creyeron perdidas, la mitad de las naves náufragas, las colonias olvidadas (las han limpiado a todas), y todo va a Olimpia.

Olimpia no valía tanto y Liverant ignoraba por qué tenía la misión de guiar allá al asesino. Sólo sabía que tenía un deber y el deber era desviar al intruso.

Muchos años antes que ambos hombres hubieran nacido, la palabra clave había sido plantada en guías, libros, cajas de embalaje y facturas: "miniños". Era el nombre que encubría la luna exterior de la defensa norstriliana. El uso de ese nombre encubridor activaba una furiosa alerta, con nervios sistémicos calientes y rápidos como un alambre de tungsteno incandescente.

Cuando se dispusieron a ir al bar para beber un refresco, Benjamín y Viola

había olvidado que era el desconocido quien había sugerido Olimpia en vez de otro lugar. Tenía que ir a Viola Siderea para conseguir los créditos para emprender el viaje para ganar la riqueza, para ganar el mundo de Olimpia.

4

En su planeta nativo Bozart fue recibido con una apacible pero muy sincera celebración.

Los ancianos de la Liga de Ladrones le dieron la bienvenida. Lo felicitaron. —¿Quién más podría haber hecho lo que hiciste, muchacho? Has hecho la apertura de un nuevo ajedrez. Nunca antes hubo un gambito como éste. Tenemos un nombre, tenemos un animal. Lo intentaremos aquí mismo. —El Consejo de los Ladrones consultó su propia enciclopedia. Buscaron el nombre "Hitton", y luego hallaron la referencia "miniño". Ninguno de ellos sabía que se trataba de una pista falsa plantada por un agente infiltrado en su mundo.

El agente, a su vez, había sido seducido años antes, corrompido en medio de su carrera, obligado a una honestidad temporal, sobornado y enviado a casa. En todos los años en que había esperado por una temida contraseña —una contraseña que sin que él jamás se enterara era una extensión de la inteligencia norstriliana— jamás soñó que podría pagar su deuda al mundo exterior en forma tan simple. Sólo le habían mandado una página para añadir a la enciclopedia. Él la añadió y se fue a casa, débil de agotamiento. Los años de miedo y espera eran demasiado para el ladrón. Bebió en exceso para no matarse. Entre-

tanto, las páginas permanecieron en orden, incluyendo la nueva, ligeramente alterada para sus colegas. La enciclopedia indicaba el cambio como una corrección normal, aunque toda la entrada era nueva y falsificada:

Debajo de este pasaje una corrección. Fechada el año 24 de la segunda edición.

Los "miniños" de Norstrilia no son más que el uso de medios orgánicos para inducir la enfermedad en ovejas de mutación terrestre que a su vez producen un virus, de cuyo refinamiento se obtiene la droga santalana. El término "miniños" gozó de una difusión temporal como término de referencia para aludir tanto a la enfermedad como a la destructibilidad de la enfermedad en caso de ataque externo. Se cree que esto se relaciona con la carrera de Benjamin Hitton, uno de los pioneros originales de Norstrilia.

El consejo de los Ladrones lo leyó y el presidente del Consejo dijo: —Tengo tus papeles preparados. Puedes ponerlos a prueba ahora. ¿Por dónde quieres ir? ¿A través de Nueva Hamburgo?

—No —dijo Benjamín—. Pensaba intentar en Olimpia.

—Olimpia está bien —dijo el presidente—. Ten cuidado. Hay sólo una probabilidad entre mil de que fracases. Pero si fracasas, quizá tengamos que pagar por ello.

Sonrió astutamente y entregó a Benjamín una hipoteca en blanco por toda la mano de obra y las propiedades de Viola Siderea.

El presidente rió con un bufido. —Sería bastante duro para nosotros que tuvieras que hipotecar el planeta obligándonos a volvernos honestos... y luego perderias de todos modos.

—No temáis —dijo Benjamocin—. Puedo cubrir eso.

Hay algunos mundos donde todos los sueños mueren, pero la nublada Olimpia no es uno de ellos. Los ojos de los hombres y las mujeres son brillantes en Olimpia, pues no ven nada.

“El brillo era el color del dolor —dijo Nachtigall— cuando podíamos ver. Si tu ojo te ofende, arráncate a ti mismo, pues la culpa no está en el ojo sino en el alma.”

Esas frases eran comunes en Olimpia, donde los colonos quedaron ciegos hace mucho tiempo y ahora se creen superiores a los videntes. Cables de radar les cosquillean en los cerebros vivos; pueden percibir la radiación tan bien como un hombre de tipo animal con pequeños acuarios colgados en medio de la cara. Sus imágenes son nítidas, y exigen nitidez. Sus edificios se elevan en ángulos imposibles. Sus niños ciegos cantan canciones mientras el clima artificial obedece las cifras, geométrico como un caleidoscopio.

Allá fue el hombre, Bozart en persona. Entre los ciegos sus sueños crecieron, y pagó dinero por informes que ninguna persona viviente había visto.

Enturbada por nubes, con un cielo acuoso, Olimpia flotaba a su alrededor como un sueño ajeno. No se proponía demorarse allí, porque tenía una cita con la muerte en el espacio pegajoso y brillante que rodeaba Norstrilia.

Una vez en Olimpia, Benjamocin hizo sus preparativos para atacar Vieja Australia del Norte. Su segundo día en el planeta había sido muy afortunado. Conoció a un hombre llamado Lavender y estuvo seguro de haber oído antes ese

nombre. No un integrante de su propia Liga de Ladrones, sino un bribón audaz con una mala reputación entre las estrellas.

No era casual que hubiera encontrado a Lavender. Su almohada le había contado la historia de Lavender quince veces mientras dormía en la semana anterior. Y, cada vez que soñaba, soñaba sueños que el contraespionaje norstriliano le había plantado en la mente. Lo habían condicionado para llegar primero a Olimpia y estaban resueltos a darle sólo lo que merecía. La policía de Norstrilia no era cruel, pero estaba dispuesta a defender su mundo. Y también a vengar el asesinato de un niño.

La última entrevista que Benjamocin tuvo con Lavender para llegar a un acuerdo antes que Lavender aceptara fue dramática.

Lavender rehusó seguir adelante.

—No iré a ningún lado. No atacaré a nadie. No robaré nada. He corrido riesgos, claro que sí. Pero no me haré matar, y eso es lo que me pides.

—Piensa en lo que tendremos. La fortuna. Te digo que aquí hay más dinero que en ninguna otra parte.

Lavender rió. —¿Crees que no conozco esa frase? Tú eres un pillo y yo soy un pillo. No perseguiré ninguna quimera. Quiero dinero contante y sonante. Yo soy un luchador y tú eres un ladrón y no te preguntaré qué te propones... pero quiero el dinero de antemano.

—No lo tengo —dijo Benjamocin.

Lavender se levantó.

—Entonces no tendrías que haberme hablado. Porque te costará dinero cercarme el pico, me contrates o no.

Empezaron los regateos.

Lavender era feo de veras. Era un

hombre común y corriente que se había tomado mucho trabajo para volverse malo. El pecado es agotador. El esfuerzo mayúsculo que exige a veces se revela en el rostro.

Bozart lo miró con una sonrisa tranquila, ni siquiera desdenosa.

—Tápame mientras saco algo del bolsillo —dijo Bozart.

Lavender ni siquiera prestó atención al comentario. No mostró un arma. Pasó el pulgar izquierdo por el canto de la mano. Benjamocin reconoció el signo, pero no se inmutó.

—¿Ves? —dijo—. Un crédito planetario.

Lavender rió. —Eso también lo conozco.

—Tómalo —dijo Bozart.

El aventurero tomó la tarjeta laminada. Los ojos se le ensancharon. —Es genuina —jadeó—. Es genuina. —Alzó la vista, incalculablemente más afable.— Nunca había visto una de estas. ¿Cuáles son tus condiciones?

Entretanto, los brillantes y vividos olímpicos caminaban entre ellos, vestidos de blanco y negro en dramático contraste. Diseños geométricos increíbles les brillaban en las túnicas y los sombreros. Los dos hombres ignoraban a los nativos, concentrados en sus propias negociaciones.

Benjamocin se sentía bastante seguro. Entregaba el costo de un año de servicios de todo el planeta de Viola Sidera a cambio de los servicios plenos y no definidos del capitán Lavender, ex infante de la Patrulla Especial Interna del imperio. Entregó la hipoteca. El año de garantía estaba escrito adentro. Aun en Olimpia había máquinas de contabilidad que transmitieron el trato a la Tie-

rra misma, transformando la hipoteca en un compromiso válido e ineludible con todo el planeta de los ladrones por garantía.

“Este”, pensó Lavender, “fue el primer paso de la venganza.” Cuando el asesino hubiera desaparecido, su pueblo tendría que pagar con toda honestidad. Lavender miró a Benjamocin con un interés clínico.

Benjamocin tomó esa expresión por amistad y le respondió con su sonrisa lenta, encantadora, serena. Momentáneamente feliz, extendió la mano derecha para dar al trato con Lavender el carácter de un pacto fraternal. Los hombres se dieron la mano, y Bozart nunca supo a qué cosa le había dado la mano.

“Gris era la tierra oh. Hierba gris de cielo a cielo. No había agua cerca. Ni una montaña, alta o baja. Sólo cerros, y gris gris. Mira los destellos moteados y pecosos que florecen en la franja de estrellas.

“Eso es Norstrilia.

“Ha pasado el triste vagabundeo... el trajín y la espera y el dolor.

“Ovejas pardas yacen en la hierba gris azulada mientras las nubes pasan a baja altura, como caños de hierro techando el mundo.

“Toma un rebaño de ovejas enfermas, hombre, son las enfermas las que convienen. Estornúdame un planeta, hombre, o tósome una mota de inmortalidad. Lo que es excéntrico allá, donde viven los mediocres como tú, aquí está bien.

"Así dice el libro, muchacho.

"Si no has visto Norstrilla, no has visto nada. Si la vieras, no lo creerías.

"Los mapas la llaman Vieja Australia del Norte."

Aquí en el corazón del mundo estaba la granja que cuidaba el mundo. Era la finca Hitton.

La rodeaban torres, y entre las torres colgaban alambres, algunos locamente retorcidos y otros brillando con una pátina que no exhibía ningún metal fabricado por los hombres de la Tierra. Dentro del perímetro de las torres había un terreno abierto. Y dentro del terreno abierto había doce mil hectáreas de cemento. Un radar llegaba hasta milímetros de la superficie de cemento y el otro radar arrojaba y recibía figuras a través de la delgadez molecular. La granja se extendía. En el centro había un grupo de edificios. Allí era donde Katherine Hitton trabajaba en la tarea que su familia había aceptado para defender su mundo.

No entraba ningún germen, no salía ningún germen. Todos los alimentos llegaban por transmisor espacial. Allí adentro vivían animales. Los animales dependían sólo de ella. En caso de que ella muriera repentinamente, por azar o víctima del ataque de uno de los animales, las autoridades de su mundo tenían facsímiles completos de ella con los cuales entrenar a nuevos cuidadores de animales bajo hipnosis.

Éste era un lugar donde el viento gris brincaba desde los cerros, donde corría sobre el cemento gris, donde azotaba las torres de radar. La luna cautiva, brunita y facetada, siempre colgaba en lo alto. El viento golpeaba los edificios, grises también, con fuerza, antes de co-

rrer sobre el cemento y perderse silbando en los cerros.

Fuera de los edificios, el valle no había requerido mucho camuflaje. Se parecía al resto de Norstrilla. El cemento estaba ligeramente teñido para dar la impresión de un suelo pobre, hambriento, natural. Ésta era la granja, y ésta era la mujer. Juntos formaban la defensa exterior del mundo más rico que había construido la humanidad.

Katherine Kitton miró por la ventana y pensó: "Faltan cuarenta y dos días para ir al mercado, y será un día bienvenido cuando llegue allá y oiga el ritmo de una música.

*¡Oh, caminar en día de mercado
y ver a mi gente orgullosa y alegre!*

Inhaló profundamente el aire. Amaba los cerros grises, aunque en su juventud había visto muchos otros mundos. Y luego regresó al edificio donde la aguardaban los animales y sus obligaciones. Ella era la única Mamá Hitton y éstos eran sus miniños.

Se movió entre ellos. Ella y su padre los habían creado a partir de visones terrestres, de los visones más feroces, más pequeños y más locos que se habían embarcado desde el Hogar del Hombre. Habían modelado a los visones para ahuyentar a otros depredadores que pudieran molestar a las ovejas, productoras de *stroon*. Pero estos visones eran locos de nacimiento.

Habían criado generaciones de ellos, psicóticos hasta la médula. Vivían sólo para morir y morían para poder sobrevivir. Eran los miniños de Norstrilla. Animales en los que el miedo, la furia, el hambre y el sexo estaban profundamen-

te entremezclados; que podían devorarse a sí mismos o a sus congéneres; que podían devorar su prole, a la gente, o cualquier cosa orgánica; animales que chillaban ansiosos de matar cuando sentían amor; animales nacidos para aborrecerse a sí mismos con un odio feroz y lívido y que sobrevivían sólo porque pasaban sus momentos de vigilia en jaulas, sujetados con fuerza, garra por garra, para que no pudieran lastimarse ni lastimar a otros. Mamá Hitton los dejaba despertar sólo unos instantes de cada vida. Crecían y mataban. Los despertaba sólo de a dos por vez.

Toda esa tarde se movió de jaula en jaula. Los durmientes dormían bien. El alimento les circulaba por la corriente sanguínea; a veces vivían años sin despertar. Ella los alimentaba cuando los machos estaban sólo parcialmente despiertos y las hembras sólo lo suficientemente despabiladas como para aceptar su tratamiento veterinario. Ella misma tenía que apartar a las crías de las madres cuando las madres dormidas parían. Luego alimentaba a los pequeños durante unas pocas semanas de feliz niñez, hasta que sus naturalezas adultas empezaban a insinuarse, los ojos se les enrojecían de locura y calor y sus emociones estallaban en los gritos agudos y feroces que lanzaban por el edificio; cortosionaban las suaves y velludas caras, revolvián los locos y brillantes ojos y tensaban las filosas garras.

No despertó a ninguno esta vez. En cambio, apretó las correas. Les quitó el alimento. Les dio un medicamento de estímulo demorado que, cuando despertaran, los despejaría de golpe, sin un período intermedio de aturdimiento.

Por último, se aplicó a sí misma un

pesado sedante, se reclinó en una silla y esperó la llamada que vendría.

Cuando llegara el shock y recibiera la llamada, tendría que hacer lo que había hecho miles de veces antes.

Haría sonar una alarma ensordecedora en todo el laboratorio.

Cientos de visones mutantes despertarían. Al despertar, se zambullirían en la vida con hambre, con odio, con furia y con sexo; se lanzarían contra sus correajes; lucharían por matarse entre sí, matar a su prole, matarse a sí mismos, matarla a ella. Lucharían contra todo y en todas partes, y harían todo lo posible para seguir adelante.

Ella lo sabía.

En medio de la sala había un sintonizador. El sintonizador era un relé directo y empático, capaz de captar la frecuencia más simple de las comunicaciones telepáticas. Este sintonizador recibía las emociones concentradas de los miniños de Mamá Hitton.

La furia, el odio, el hambre y el sexo eran llevados más allá del límite de lo tolerable, y luego todos eran amplificadas. Y luego la banda de frecuencia donde iba este control telepático era ampliificada, más allá del estudio, en las altas torres que tachonaban el risco montañoso, hasta más allá del valle donde estaba el laboratorio. Y la luna de Mamá Hitton, girando geométricamente, lanzaba la transmisión a una esfera hueca.

De la luna facetada iba a los satélites, dieciséis de ellos, aparentemente pertenecientes al sistema de control climático. No sólo abarcaban el espacio, sino el subespacio cercano. Los norstrilianos habían pensado en todo.

Los breves shocks de una alerta llega-

ron desde el banco de transmisión de Mamá Hitton.

Vino una llamada. El pulgar se le entumeció.

El ruido estalló.

Los visones despertaron.

De inmediato, la sala se llenó de charcos, rasguños, siseos, gruñidos y aullidos.

Bajo el sonido de las voces animales había otro sonido: un chasquido áspero como granizo cayendo en un lago congelado. Eran las zarpas de cientos de visones tratando de abrirse camino a través de paneles de metal.

Mamá Hitton oyó un gorgoteo. Uno de los visones había conseguido soltar la zarpa y obviamente había empezado a desgarrarse su propio pescuezo. Ella reconoció la laceración del pelaje, el corte de las venas.

Escuchó cómo se apagaba esa voz, aunque no podía estar segura. Los demás hacían demasiado ruido. Un visón menos.

Desde su posición, ella estaba parcialmente protegida de la transmisión telepática, pero no del todo. Ella misma, vieja como era, se sintió atravesada por sueños raros y salvajes. Se estremeció con odio al pensar en los seres que sufrirían más allá de ella, y sufrirían terriblemente, pues no estaban enmascarados por las defensas incorporadas del sistema de comunicaciones norstriliano.

Sintió el galope desbocado de una olvidada lujuria.

Ansío cosas que ni siquiera sabía que recordaba. Sufrió los espasmos de miedo que expresaban los cientos de animales.

Debajo de esto, su mente cuerda se guía preguntando: "¿Cuánto más podrá

resistir? ¿Cuánto más deberá resistir? ¡Dios mío, sé benévolo con tu pueblo en este mundo! ¡Sé benévolo conmigo!"

La luz verde se encendió.

Ella apretó un botón en el otro lado de la silla. El gas entró con un siseo. Mientras ella perdía la conciencia, supo que sus miniños también perdían la conciencia instantáneamente.

Despertaría antes que ellos y luego empezaría sus deberes: revisar a los sobrevivientes, sacar al que se había desgarrado la garganta, sacar a los que habían muerto de ataques cardíacos, reordenarlos, vendarles las heridas, devolverlos a la vida y al sueño y la felicidad. Crecerían, vivirían sus sueños, hasta que la próxima llamada los despertara para defender los tesoros que bendecían y maldecían el mundo nativo de Mamá Hitton.

6

Todo había ido a la perfección. Lavender había encontrado una nave de planoforma ilegal. No era una hazña desdeñable, pues las naves de planoforma tenían licencias muy estrictas y conseguir una ilegal era una misión que en un planeta lleno de malandrines podría haber llevado una vida.

Lavender había recibido dinero en abundancia: el dinero de Benjamocin.

La fortuna honrada del planeta de los ladrones había servido para pagar las falsificaciones y grandes deudas, los transportes imaginarios que ingresarian en las computadoras como naves, cargamentos y pasajes que serían casi imposibles de rastrear, mezclados con el tráfico de diez mil mundos.

—Que pague —le dijo Lavender a uno de sus compinches, un aparente criminal que también era agente norstriliano—. Esto es pagar buen dinero por mal dinero. Será mejor que gastes mucho.

Poco antes que Benjamocin partiera Lavender envió un mensaje adicional.

Lo envió directamente al capitán de la nave, que en general no llevaba mensajes. El capitán era un comandante de enlace de la flota norstriliana, pero se le había ordenado que no luciera como tal.

El mensaje se relacionaba con la licencia de la nave: una veintena de tabletas de *stroon* que podían hipotecar Vio la Siderea por cientos y cientos de años más. El capitán dijo: —No tengo que transmitir eso. La respuesta es sí.

Benjamocin entró en la sala de control. Esto era contrario a los reglamentos, pero él había contratado la nave para violar los reglamentos.

El capitán lo miró severamente: —Usted es un pasajero. Lárguese.

Benjamocin dijo: —Usted tiene mi pequeño yate a bordo. Soy el único hombre aquí fuera de su gente.

—Lárguese. Hay una multa si lo encuentran aquí.

—No importa —dijo Benjamocin—. La pagaré.

—Conque la pagará, ¿eh? —dijo el capitán—. No podría pagar veinte tabletas de *stroon*. Es ridículo. Nadie podría conseguir tanto *stroon*.

Benjamocin rió, pensando en los miles de tabletas que tendría pronto. Sólo tenía que dejar atrás a la nave de planoforma, atacar una vez, sortear a los miniños y volver.

Su poder y su riqueza venían de la

certeza de que ahora estaban a su alcance. La hipoteca de veinte tabletas de *stroon* sobre su planeta era un precio bajo si él podía pagar miles. El capitán repuso: —No vale la pena, no vale la pena arriesgar las veinte tabletas por estar aquí. Pero yo puedo informarle cómo penetrar en la red de comunicaciones de Norstrilia si eso vale veintisiete tabletas.

Benjamocin se puso tenso.

Por un momento creyó que moriría. Tanto trabajo, tanto adiestramiento, el niño muerto en la playa, los riesgos con el crédito, y ahora este rival inesperado.

Decidió enfrentarlo. —¿Qué sabe usted? —dijo Benjamocin.

—Nada —dijo el capitán.

—Usted dijo "Norstrilia".

—En efecto —dijo el capitán.

—Si usted dijo Norstrilia, tuvo alguna razón. ¿Quién le informó?

—¿A qué otra parte iría un hombre en busca de riquezas infinitas? Si se sale con la suya. Veinte tabletas no es nada para un hombre como usted.

—Es el trabajo de doscientos años realizado por trescientas mil personas —dijo Benjamocin de mal humor.

—Si se sale con la suya, tendrá más de veinte tabletas, usted y su gente.

Y Benjamocin pensó en los miles y miles de tabletas. —Sí, lo sé.

—Si no se sale con la suya, tiene usted la tarjeta.

Benjamocin se negó. Era un ladrón adiestrado, y no se dejaba robar. Luego reflexionó. Ésta era la crisis de su vida. Tenía que apostar un poco a alguien.

Tenía que apostar la tarjeta. —La marcaré y luego se la devolveré. —Benjamocin estaba tan excitado que no advirtió que la tarjeta entraba en un dupli-

gador, que la transacción era registrada, que el mensaje era enviado al Centro Olímpico, que la pérdida y la hipoteca sobre el planeta Viola Siderea serían acreditados a ciertas agencias de la Tierra en los trescientos años venideros.

Benjacomin recibió la tarjeta. Se sintió un ladrón honesto.

Si moría, la tarjeta se perdería y su gente no tendría que pagar. Si ganaba, podría pagar esa pequeña cantidad de su propio bolsillo.

Benjacomin se sentó. El capitán envió señales. La nave saltó.

Avanzaron por media hora subjetiva, el capitán con un casco espacial en la cabeza, tanteando y palpando y adivinando el camino, paso a paso, de vuelta a su hogar. Tenía que actuar a tientas, de lo contrario Benjacomin podría adivinar que estaba en manos de agentes dobles.

Pero el capitán estaba bien entrenado. Tanto como Benjacomin.

Agentes y ladrones iban a la par.

La nave de planoforma penetró la red de comunicaciones. Benjacomin se despidió. —Puede materializarse en cuanto lo llame.

—Buena suerte, señor —dijo el capitán.

—La necesitaré —dijo Benjacomin.

Subió a su yate espacial. Por menos de un segundo en el espacio real, la gris extensión de Norstrilia se presentó ante él. La nave, que parecía un simple depósito, desapareció en el Espacio Tres, y el yate quedó solo.

El yate cayó.

Mientras caía, Benjacomin tuvo un horrendo instante de confusión y terror.

Jamás conoció a la mujer de abajo pe-

ro ella lo detectó claramente mientras él recibía la ira de los miniños amplificada. Su mente consciente tembló bajo el golpe. Con una prolongación de la experiencia subjetiva que transformaba uno o dos segundos en meses de desconcierto ebrio y doloroso, Benjacomin Bozart nadó bajo la marea de su propia personalidad. El relé lunar arrojó mentes de visión contra él. Las sinapsis de su cerebro se reordenaron para configurar probabilidades, cosas terribles que jamás le ocurrieron a nadie. Luego su mente consciente se derrumbó bajo una sobrecarga de stress.

Su personalidad subcortical vivió un poco más.

Su cuerpo luchó varios minutos. Enloquecido de lujuria y hambre, el cuerpo se arqueó en el asiento del piloto, la boca le mordió profundamente el brazo. Impulsada por el deseo, la mano izquierda le arañó la cara, arrancándole el ojo izquierdo. Chilló con lascivia animal mientras trataba de devorarse a sí mismo... con cierto éxito.

El abrumador mensaje telepático de los miniños de Mamá Hitton se le hincó en el cerebro.

Los visones mutantes estaban totalmente despiertos.

Los satélites de retransmisión habían envenenado todo el espacio que lo rodeaba con la locura inoculada en los visones.

El cuerpo de Bozart no vivió mucho tiempo. Al cabo de unos minutos, tenía las arterias abiertas, la cabeza echada hacia adelante. El yate caía como un peso muerto hacia los depósitos que él se había propuesto saquear. La policía de Norstrilia lo recogió.

Los policías mismos estaban enfer-

mos. Todos lo estaban. Todos tenían la cara blanca. Algunos habían vomitado. Habían rozado el borde de la defensa de los visones. Habían atravesado la banda telepática en su punto más delgado y más débil. Eso bastaba para afectarlos gravemente.

Ellos no querían saber.

Querían olvidar.

Uno de los policías más jóvenes miró el cuerpo y dijo: —¿Cómo demonios le ocurrió eso?

—Elijió un mal oficio —dijo el capitán de policía.

—¿Cuál es el mal oficio? —dijo el policía joven.

—El mal oficio es tratar de asalarnos, muchacho. Tenemos defensas, y más vale no saber cuáles son.

El policía joven, humillado y al borde de la ira, estuvo a punto de enfrentar a su superior mientras apartaba los ojos del cadáver de Benjacomin Bozart.

—Tranquilízate —dijo el superior—. No tardó mucho en morir, y éste es el hombre que mató al pequeño Johnny, hace poco tiempo.

—Ah, él. ¿Tan pronto?

—Nosotros lo trajimos. —El viejo capitán de policía cabeceó.— Lo condujimos a su muerte. Así es cómo vivimos. Es duro, ¿verdad?

Los ventiladores susurraban suave, gentilmente. Los animales dormían de nuevo. Una ráfaga de aire envolvió a Mamá Hitton. La retransmisión telepática aún funcionaba. Ella podía sentirse a sí misma, los establos, la luna facetada, los pequeños satélites. Del ladrón no había ningún indicio.

Se levantó penosamente. Tenía la ropa húmeda de transpiración: Necesitaba ducharse y cambiarse.

En el Hogar del Hombre, el Circuito de Crédito Comercial chilló exigiendo la atención de los humanos. Un jefe de la Instrumentalidad se acercó a la máquina y extendió la mano.

La máquina le dejó caer una tarjeta en los dedos.

El jefe miró la tarjeta.

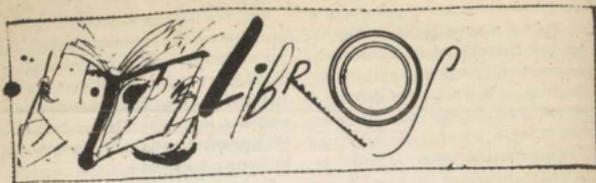
—Débito Viola Siderea — crédito Contingencia Terrestre — subcrédito cuenta de Norstrilia — cuatrocientos millones de megaños-hombre.

Aunque estaba solo, soltó un silbido en la sala vacía. —¡Todos estaremos muertos, con *stroon* o sin él, antes que terminen de pagar esa deuda! —Fue a contar la extraña noticia a sus amigos.

La máquina, al no recibir de vuelta la tarjeta, imprimió otra.

Título del original en inglés: *Mother Hitton's Lutra Kittons*.
© 1961 by Galaxy Publishing Corp., © 1965 by Cordwainer Smith.
Traducción de Carlos Gardini.

Publicado por acuerdo con el agente del autor, Scott Meredith Literary Agency,
845 Third Ave., Nueva York, N.Y. 10022, U.S.A.



Carlos Gardini

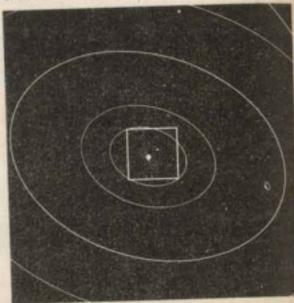
NAVES DE LA IMAGINACIÓN

“Se sabe que un noventa por ciento de todos los científicos que han existido viven en la actualidad. Se sabe también que desde 1950 hasta nuestros días se han publicado tantos trabajos científicos como los que habían aparecido hasta entonces”, escribía en 1964 Isaac Asimov, en el prólogo de su voluminosa *Enciclopedia biográfica de la ciencia y la tecnología*. Este entusiasta divulgador científico manifestaba así, con la crudeza de las cifras, el crecimiento acelerado de la ciencia y la tecnología modernas y el consiguiente impacto que ellas han producido en nuestro modo de vida y nuestra percepción del mundo. También señalaba la imposibilidad de que una sola mente abarcara ese árbol cada vez más ramificado. Esa creciente complejidad, paradójicamente, ha vuelto cada vez más necesaria la divulgación. Los puristas podrán protestar contra los riesgos de la “simplificación” y aun de la “comercialización”, pero

POTENCIAS DE DIEZ

Sobre el tamaño relativo de los objetos del universo

PHILIP MORRISON Y PHYLIS MORRISON
Y
THE OFFICE OF CHARLES AND RAY EAMES



PHILIP MORRISON y PHYLIS MORRISON y THE OFFICE OF CHARLES AND RAY EAMES: *Potencias de diez (Powers of Ten)*; traducción de Louis Bou; Biblioteca Scientific American, Labor, Barcelona, 1984; 159 páginas.

RON MILLER y WILLIAM K. HARTMANN: *Viaje extraordinario. Guía turística del sistema solar (The Grand Tour)*; traducción de María del Mar Moyá i Tasis y Miquel Muntaner i Pascual; Planeta, Barcelona, 1983; 192 páginas.

quizá esos riesgos sean inevitables si los legos quieren tener al menos una idea de los cambios que hoy se gestan en el laboratorio.

La necesidad de divulgación científica se ha visto satisfecha últimamente por un auge de las publicaciones ilustradas. Muchas de ellas podrían emplear como lema la cita del *Timeo* que los autores de *Potencias de diez* usan como epígrafe: “describir todo sin utilizar modelos visuales —dice el texto de Platón— sería labor en vano”. En los Estados Unidos, por ejemplo, a la tradicional *Scientific American* se han sumado en los últimos años revistas como *Discover*, *Future Life*, *High Technology*, *Omni*, *Science* y *Science Digest*, todas ellas profusamente ilustradas y en algunos casos no sólo interesadas en la ciencia sino en la ciencia ficción y formas similares de la literatura y las artes. Varias series televisivas, por lo demás, han intentado aprovechar las ventajas del medio audiovisual para exponer con sencillez conceptos relativamente abstrusos. Así, la BBC británica ha producido *El ascenso del hombre* de Jacob Bronowski y *Vida en la Tierra* de David Attenborough, mientras que la TV norteamericana ha lanzado realizaciones como *Cosmos* de Carl Sagan y *Omni*, que intenta trasladar a la pantalla chica el dinamismo visual de la revista homónima. Un vehículo más tradicional como el libro no podía sustraerse a este fenómeno, y en algunos casos se ha

ligado directamente a un esfuerzo paralelo en otro medio. Es notable el caso de *Cosmos*, que se transformó prontamente en un best-seller, así como su versión televisiva había logrado transformar a un científico en una suerte de cotizado galán: la revista *Omni*, aludiendo a la empresa Carl Sagan Productions, llegó a hablar de la “comercialización de Carl Sagan”, en un artículo insidiosamente subtítulo: “El famoso astrónomo descubre vida en el Mundo de los Negocios”.

Sea como fuere, esta tarea de divulgación, realizada con el aporte de profesionales de toda índole, ha tenido la virtud de no presentar la ciencia como un “frío” acopio de datos que desemboca en un saber “deshumanizado”, estérilmente abstracto y de escaso valor para el hombre común. Por el contrario, suele presentarla como lo que en verdad es: una apasionante exploración colectiva donde la imaginación no es menos importante que el escepticismo, y donde el dogmatismo debe desecharse en favor de la libre discusión y confrontación de ideas. La mentalidad científica —suele insistirse— no consiste sólo en un amor exclusivo por los datos desnudos sino en un afán especulativo cautamente equilibrado por la corroboración de las hipótesis. Requiere amplitud mental (y por lo tanto acepta de buen grado, por ejemplo, la probabilidad de que exista vida inteligente en otros mundos) pero exige una compulsiva rigurosa de

los datos disponibles (y por lo tanto frunce el ceño ante la sospechosa evasividad de los OVNIS).

Para la difusión de esta actitud mental, la tarea de los divulgadores es por cierto inapreciable. No se trata de venerar, con trasnochado positivismo, el mito del Progreso indefinido y la Salvación por la Máquina, sino de desarrollar el espíritu crítico sin mellar nuestra capacidad de asombro. Ese espíritu crítico puede preservarnos de la infamia inquisitorial que habló de “física judía” en Alemania y de “física burguesa” en Moscú, aludiendo al trabajo de Albert Einstein. El porvenir de las sociedades modernas dependerá cada vez más de la difusión de conocimiento, y esa difusión debería contribuir además a franquear el puente que separa a las “dos culturas” sobre las que disertaba C.P. Snow. Como comentó alguna vez el escritor Jack Williamson: “La ciencia es demasiado importante para dejarla en manos de los científicos. El futuro humano es demasiado importante para dejarlo en manos de los humanistas.”

En *Potencias de diez* y *Viaje extraordinario*, escritura y representación gráfica combinan los esfuerzos de “científicos” y “humanistas” para renovar nuestra capacidad de asombro. Como la “Nave de la Imaginación” utilizada por Carl Sagan en su serie televisiva, son vehículos para transportarnos a las maravillas de la realidad, mucho más prodigiosas que las que proponen las supersticiones de una u otra índole.

De las galaxias a los quarks

Potencias de diez nos transporta de la desolación del espacio intergaláctico a la desolación del espacio subatómico. El libro es ante todo un dispositivo visual que funciona de esta manera: en las páginas impares se suceden imágenes (cuarenta y dos en total) del universo en escala macrocósmica, en escala "humana" y en escala microscópica; en el centro de cada imagen un recuadro celeste abarca la centésima parte de la imagen total; la imagen siguiente es una ampliación de ese recuadro, que a su vez contiene otro recuadro celeste en el centro; dicho recuadro es ampliado en la siguiente página impar, y así sucesivamente. Al hojear el libro en un sentido, tenemos un agrandamiento progresivo de realidades más pequeñas; al hojearlo a la inversa, un empequeñamiento progresivo de realidades más grandes. La progresión de imágenes se hace por potencias de diez, es decir, cada imagen es el cuadrado del recuadro celeste incluido en el imagen anterior. "Observemos algunas consecuencias de este esquema —explican los autores—. Los objetos cambian de tamaño en un factor diez (que suele llamarse un *orden de magnitud*) en uno cualquiera de los pasos. Un paso doble conlleva un cambio de escala de cien veces. Tres pasos conllevan ya un millar, no importa en qué sentido se haya tomado. Al ir hacia el interior, cada paso cubre nueve décimas partes de la distan-

cia restante hasta el corazón del átomo. Mas, al igual que en la carrera entre Aquiles y la tortuga, nuestro viajero nunca llegará del todo a destino."

En las páginas pares del libro, una constelación de explicaciones adicionales e imágenes más pequeñas complementan y enriquecen la visión obtenida en cada "parada" de nuestro viaje en potencias de diez. La primera imagen, a más de 1.000 millones de años-luz (10^{25} metros) de la Tierra, es acompañada por fotos de borrosos enjambres de galaxias. A unos 100 mil años-luz (10^{22} metros), la imagen de la página impar muestra un primer plano de la majestuosa espiral de nuestra Vía Láctea, y la página par la complementa con nueve fotografías en color de galaxias de diferente forma. En la escala de 100 angstrom (10^{-8} metros) la imagen de la página impar nos muestra la doble hélice del ADN, complementada en la página par por dos fotografías donde el microscopio electrónico atisba los secretos de la biología molecular. *Potencias de diez* enfatiza lo que podríamos llamar la "asimetría" entre el macrocosmos y el microcosmos. Las leyes de la gravitación, esenciales en el mundo de lo grande, no imperan en el mundo subatómico, regido por el movimiento cuántico. Un sol tiene una voracidad insaciable por atraer más planetas a su sistema; un átomo no atrae o repele más que un número limitado de electrones. La variedad es reemplazada por la re-

petición. "La clave está en la forma estable, modular, exactamente repetible. Ningún sistema macrocópico es así."

El "centro" de estas imágenes seriadas en potencias de diez es una merienda campestre en Chicago, a orillas del lago Michigan; en la escala de un metro —una medida inmediatamente accesible para un ser humano— tenemos a un hombre tendido en su manta junto a sus libros y su canasta de picnic; alejándonos gradualmente en las imágenes, tenemos una visión aérea de Chicago, una visión satelital de América del Norte, el globo verdeazulado de la Tierra, el sistema solar, la Vía Láctea, etcétera. Acercándonos en potencias de diez al mundo de lo microscópico, pasamos de un primer plano de la rugosa piel de la mano del hombre a las células, moléculas, átomos y quarks.

No es casual que el recurso de las imágenes sucesivas evoque un zoom cinematográfico. La idea del libro partió de un film de 1979, de nueve minutos y medio de duración, realizado por la Office of Charles and Ray Eames: *Powers of Ten. A Film Dealing With the Relative Size of Things in the Universe and the Effect of Adding Another Zero*. Philip y Phyllis Morrison, colaboradores de *Scientific American*, aportaron ideas e información para transformar el film en libro. "Hoy, en forma de libro —manifiesta Ray Eames—, no sólo hay oportunidad para el viaje rectilíneo, sino que hay también oportu-

nidad de añadir en cada potencia información e ilustraciones que la enriquezcan, para mayor disfrute nuestro, para ensanchar nuestro universo mental, para ampliar nuestro conocimiento."

Para ensamblar este material complejo y fascinante, los autores por cierto han recurrido al auxilio de toda clase de especialidades, desde la radioastronomía hasta la física de partículas. Este vertiginoso viaje por el cosmos va precedido por un ensayo sobre los problemas que presenta el universo en las diferentes escalas, y cuenta con un exhaustivo apéndice sobre las fuentes documentales y la bibliografía consultada; también se reseña la historia y las características del complejo instrumental que nos permite percibir un mundo literalmente inhumano por su inconmensurable gigantismo o pequeñez. Este libro es en cierto modo parte de ese instrumental. "Nuestra ciencia —explican los autores— nos presenta el mundo en formas diversas, por intermedio de múltiples instrumentos, y a través de intrincadas teorías, que a nadie puede ya afirmar que domina en su totalidad. Sigue siendo ambición atrayente la de poder poner ante nuestra mirada la plenitud del mundo, como si fuera una escena de la realidad. Debiera saltar a la vista que ningún montaje de tal tipo puede ser completo, que ningún retrato que se haga podrá ser definitivo, que ninguna imagen puede sondear toda la profundidad de lo que hemos llegado a en-

trever o comprender. Subyacente a toda representación hay mucho más de lo que puede ser vertido en imágenes, incluidas nociones de naturaleza sutil o paradójica."

De Júpiter a los cometas

La Nave de la Imaginación de Miller y Hartmann nos propone una excursión diferente. Ron Miller, conocido ilustrador de paisajes espaciales, autor de *Space Art The Space Art Poster Book*, es el director artístico del Albert Einstein Spacearium y del Museo del Aire y del Espacio de Washington. William K. Hartmann, astrónomo y autor de *Astronomy: The Cosmic Journey*, es asesor de la NASA y del Planetary Sciences Institute de Arizona. En *Viaje extraordinario* ambos nos guían en otro recorrido de lo grande a lo pequeño, aunque en escala más limitada.

El libro visita cada uno de los cuerpos que componen nuestro sistema solar. Desde el majestuoso Júpiter con su rico sistema de satélites hasta el curioso "asteroide troyano" Héctor, desde la convulsa actividad de Io hasta la abrasada superficie de Mercurio, recorremos el barrio que ocupamos dentro de la Vía Láctea. Es un mundo que para la astronomía resulta mucho más rico hoy que hace apenas una década, gracias a los aportes de las misiones espaciales realizadas por norteamericanos y soviéticos desde fines de los años 60: Apolo, Pioneer, Mariner, Venera,

Viking y Voyager. El texto presenta una detallada descripción de cada uno de los cuerpos del sistema, acompañada por una "ficha técnica" de cada astro, su fotografía, un mapa fotográfico y, desde luego, una profusión de material fotográfico y pictórico que nos presenta una variedad de paisajes y perspectivas. Las pinturas del libro (dedicadas al artista Chesley Bonestell) siguen esa tradición verista de "arte espacial" de la que Ron Miller, autor de la mayoría de las ilustraciones, es un distinguido representante entre figuras como David Egge, Hitoshi Ikematsu, Don Dixon y Kazuaki Iwasaki. Miller, y a veces Hartmann, llegan con su imaginación pictórica a los sitios donde no han podido llegar las sondas. Los mapas, además de su valor estrictamente cartográfico, tienen un valor curiosamente poético, pues la reseña de nombres que designan las comarcas de cada astro del sistema es también una reseña de las fantasías y especulaciones que los hombres han proyectado a lo largo del tiempo en sus astros vecinos. La profusión de nombres femeninos en Venus —Ishtra Terra, Eva, Sato, Aphrodite Terra— resulta irónica si se piensa que "el planeta del amor" es un infierno donde una de las naves soviéticas Venera apenas pudo sobrevivir una hora.

El libro no sólo es una buena guía turística sino una excelente iniciación en la astronomía, pues además de ser un verdadero deleite visual presenta una cantidad de

cifras y datos actualizados. Por otra parte, los autores no sólo han incorporado la nueva apreciación de nuestros planetas vecinos permitida por las sondas espaciales, sino que adoptan una visión de conjunto que se aparta de la tradicional. No se presentan los planetas según el orden establecido por su cercanía con la Tierra ni según la proximidad de sus órbitas con el Sol. Las lunas y asteroides no reciben la atención meramente cortés que se les dispensaba en otros tiempos en los manuales. Los cuerpos del sistema aparecen aquí por riguroso orden de tamaño, de Júpiter a los cometas, y la categoría de planeta ha dejado de ser un título honorífico. "Hoy día—explican los autores—comenzamos a mirar el sistema solar desde una nueva perspectiva, rompiendo con

la "imagen ideal de los nueve planetas". Los últimos viajes de nuestras naves espaciales nos han hecho comprender que el número de mundos grandes de nuestro sistema solar es superior a nueve. Algunas de las lunas del sistema son mayores que algunos de los planetas. Hay aproximadamente veinticinco cuerpos, o mundos, de diámetro superior a mil kilómetros. [...] Las investigaciones de los años 70 y comienzos de los 80 nos han hecho comprender que la costumbre tradicional de catalogar cada objeto como planeta, luna, cometa, asteroide o meteoróide es un error. Este sistema confunde sus relaciones mutuas al adjudicarles diferentes casillas, descuidando la naturaleza única de cada uno de ellos."

Es evidente que esta nueva pers-

pectiva se acentuará en el futuro cercano. En la década del 90 la NASA planea enviar la misión Galileo al gigante Júpiter, con el propósito de estudiar sus principales satélites (Ganimedes, Calisto, lo y Europa), conocidos como "lunas de Galileo" en homenaje a su descubridor. Para 1985-86 se proyecta el envío de naves franco-soviéticas, misiones de la Agencia Espacial Europea y sondas japonesas para observar de cerca al cometa Halley cuando pase cerca de la Tierra. Es el mejor homenaje que puede rendirse a dos de los maestros que han contribuido a hacer del nuestro un mundo más asombroso y despreciado. El nombre de ambos sin duda ocupará un lugar aun más destacado en las guías turísticas del sistema solar que se publiquen en el próximo decenio.



Pablo Capanna

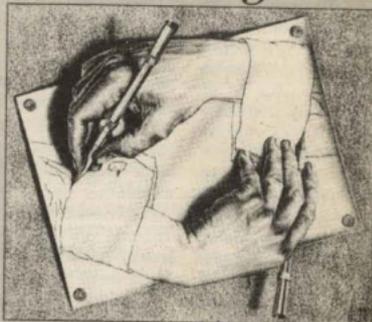
CINCO PRÓLOGOS
PARA UNA BIBLIOTECA
INEXISTENTE

No conozco a la señora Jawiga Mauricio (o Jadwiga Maurizo, como firmaba antes) pero pienso que se merece un monumento en vida por haber vertido a nuestra lengua la obra de Lem, hasta hace poco inaccesible en polaco o retraducida de versiones inglesas, con todos los riesgos que esto implica. Gracias a ella, disfrutamos hoy del placer intelectual de llegar a esa obra por cierto inclasificable, que combina en una fórmula irrepetible filosofía, ciencia y humor con un genio escéptico y travieso, capaz de oscilar entre la severidad y el delirio, y mantener un mágico equilibrio.

En una nota autobiográfica (cfr. "Azar y orden", en *Minotauro* 7) Lem reseña las etapas que ha atravesado en su carrera de escritor: tras un período ingenuo, del cual casi reniega hoy (aunque en su momento le dio la fama), tomó contacto con la ciencia ficción occidental y ensanchó su visión: obras como *Solaris*, suficiente ya para

STANISLAW LEM

Un valor imaginario



BRUGUERA-LIBRO AMIGO



STANISLAW LEM: *Un valor imaginario* (*Wielkość Urojana*); prólogo de Stanislaw Lem; traducción de Jawiga Mauricio; Bruguera, Barcelona, 1983; 197 págs.

darle un lugar perdurable en la literatura, culminando esta segunda etapa, donde prácticamente agota las posibilidades del género en su forma "campbelliana". La tercera fase es su actual madurez, que se abre con delirios metódicos como *Memorias encontradas en una bañera* y desemboca en la creación de algo que casi podría llamarse un nuevo género: los prólogos y reseñas bibliográficas de libros que nunca escribirá. Lem parece haber atravesado la llamada "crisis de crecimiento de la ciencia ficción", aquella que Butor pensó alguna vez resolver con métodos totalitarios y, pasada ya la mitad de su vida, ha resultado administrar mejor el tiempo que le queda, dejando mapas de los territorios que no alcanzará a explorar.

Lem es un superdotado intelectual como Asimov y, como él, un infatigable lector de libros y publicaciones científicas. Varias veces ha usado para describir su labor creadora un símil bastante pintoresco, como es compararse con una vaca. La vaca se alimenta de pasto y a partir de él elabora su leche; nadie reconocería el gusto del pasto en la leche, y sin embargo esa es su materia prima. Del mismo modo, Lem alimenta su imaginación con las avanzadas de la ciencia para secretar una peculiar literatura.

Asimov también pertenece a este género de rumiantes cebados con la celulosa libresco; la diferencia está en que Asimov es un gran procesador de información, mien-

tras que Lem es un extraordinario *metabolizador*. Asimov elabora síntesis compactas, listas para el consumo. Lem parte de la misma dieta, pero la alquimia de su inteligencia logra trasmutarla en literatura: una literatura difícil, que apeña a las sonrisas cómplices de quienes quizás no la lean, una literatura más pensada que vivenciada, que se mueve con total libertad entre los géneros: Lem es capaz de novelar ensayos, hacer poesía con las matemáticas, sumergirse en la metafísica a partir de una trama policial y satirizar a los poderosos del mundo, incluidos los que tienen poder sobre él.

En esta última etapa, que según cabe esperar no será el fin de su carrera, Lem ha descubierto las posibilidades de ciertos subgéneros marginales, como los prólogos y las reseñas de libros: algo tan paradójico como centrar toda una estrategia deportiva en el papel del masajista.

Como la vaca, es mortal (y al contrario de la vaca él sí lo sabe); y como también sabe que no podrá engullir toda la pradera antes que acaben sus días, ha decidido dedicarse a la cartografía, trazando mapas de los campos donde no tiene tiempo de pastar.

A través de sus magistrales "reseñas" de *Vacio perfecto*, y en los prólogos que integran *Un valor imaginario*, Lem nos enlaza en una red de ensayos bosquejados, apuntes para varias novelas y cuentos, ideas audaces que nunca tendrá tiempo de desarrollar, for-

mando verdaderos "modelos para armar".

Lem admira a Borges, un espíritu afin al suyo aunque alimentado casi exclusivamente a literatura, y también a Witold Gombrowicz, otro brillante polaco que vivió en Buenos Aires casi sin que nos diéramos cuenta, como recuerda Ricardo Piglia. Inquieto como Gombrowicz por la proliferación académica y "la desmitificación universal, consigna de nuestro siglo" (pág. 12), se ríe de la obsesión del arte por la espontaneidad; la búsqueda de "experiencias" revolucionarias desemboca para él en el mero exhibicionismo del artista que reclama admiración por su personalidad: "Por desgracia, ese infeliz no puede alcanzar una desnudez auténtica: no es Adán, es solamente un señor en pelota" (pág. 10).

Un valor imaginario se abre pues con un vistazo irónico sobre uno de los mitos "naturalistas" de nuestro siglo: el sexo, tan en boga en nuestras subdesarrolladas comarcas. *Necrobias*, según nos informa su prólogo, es una colección de fotos "artísticas" sobre tema erótico, que inmortaliza intrincadas combinaciones orgásticas. Sólo que el autor ha querido ir más allá de las pieles sudorosas para buscar una desnudez más desnuda: por eso ha recurrido a la radiografía.

Lem, quien afirma que el sexo sin amor siempre le recordó viejos atlas anatómicos, se complace así en hacernos imaginar grotescos

amasijos de huesos apenas rodeados de un halo carnal: la destrucción del erotismo.

El siguiente prólogo simula presentar un libro de dudosa ortodoxia científica, aunque respetable por la magnitud de su esfuerzo. Se trata de la obra cumbre de un microbiólogo llamado Gulliver, quien se propuso enseñar a escribir a las bacterias. Parecería que se trata de una obra de ciencia ficción, dice Lem, "pero esa región de la literatura ha pasado ya a convertirse en un vertedero de toda clase de rarezas y mediocridades desechadas de esferas más serias" (pág. 32). De hecho, Gulliver se ha empeñado en perseguir a sus bacterias con ácidos hasta obligarlas, por simple selección natural, a agruparse formando las letras del alfabeto Morse. A partir de allí, produce mutaciones que llevan nombres como *Bacterium coli prophetica* o *bibliographica*, y describe las virtudes del vibrón colérico (*Vibrio Comma*) quien, por la "coma" de su apellido, estaba llamado a ser el estilista del mundo microbiano. Resulta que las bacterias no tienen conciencia ni inteligencia, de modo que sus mensajes sólo reflejan desconocidas leyes físicas, lo cual hace que sean capaces de pronosticar el futuro, pues anticipan combinaciones venideras de la materia: de allí la nueva ciencia, la "erúntica", o ciencia de "los que serán" (*erunt*).

Tras estos dos ejercicios, Lem nos introduce en un mundo gobernado por la cibernética, que ocu-

pará los tres prólogos siguientes, vinculados entre sí por varias referencias.

El prólogo de la *Extelopedía Verstrand* es en realidad un folleto redactado en estilo comercial agresivo, para promover la suscripción a la única enciclopedia realmente actualizada del mundo. Visto que el progreso es tan vertiginoso que al publicarse las enciclopedias ya están obsoletas, la Verstrand está grabada en cubos magnéticos conectados permanentemente con una supercomputadora: cuando las letras parecen nublar y superponerse, es que la información está rectificándose. Con ella, se podrá conocer todos los Grandes Logros de la Ciencia y la Técnica, especialmente "cuáles nos amenazarán más en el orden personal" (pág. 89), los pronósticos deportivos, y las tonterías de las que se hablará en el futuro. Para esto último, la editorial cuenta con Computeros (computadores chapuceros) e Idiomas (automatas idiomáticos) que imitan "la manera de expresarse típicamente humana" (pág. 92). A modo de ejemplo, se reproducen las entradas correspondientes a "profesor" y "madre", donde las acepciones más obvias para nosotros son las últimas en figurar.

Historia de la literatura bitica es una compleja, inteligente y desopilante extrapolación sobre el desarrollo de la inteligencia artificial: se trata de literatura "bitica" porque está hecha de bits.

Tras una excursión por las pala-

bras que las máquinas crean a partir de una lectura demasiado literal del lenguaje humano ("Panracia = gobierno que entrega pan al pueblo; "piolencia" = fanatismo religioso; "cantaluzza" = andaluza cantora, etc.), se entra en la etapa en que las máquinas aprenden a dominar la estructura del lenguaje literario; habiendo reducido la obra entera de Dostoiévski a un modelo matemático tridimensional (una toroide incompleta), enriquecen con una novela que resulta más dostoiévskiana que otras obras realmente escritas por el novelista ruso.

En la última etapa, los genios electrónicos, ya alejados de la comprensión humana, emprenden la crítica de la ciencia, la filosofía y la religión, produciendo una "terafísica" (física salvaje), una "antimática" (destrucción de la matemática) y una "teología bitica" que son paradojas en estado puro.

La segunda mitad del libro se compone de dos prólogos a un libro llamado *Golem XIV*, que es casi una novela corta con un ensayo incluido. Los prólogos, escritos por un científico y un general, dan dos versiones distintas aunque complementarias de un hecho capital en la historia de las máquinas pensantes. Tras repasar lo que hoy conocemos sobre inteligencia de los computadores, se cuenta cómo el Pentágono comenzó a crear integradores bélicos, dedicados a planear sus estrategias; estos genios autoprogramados, cuya com-

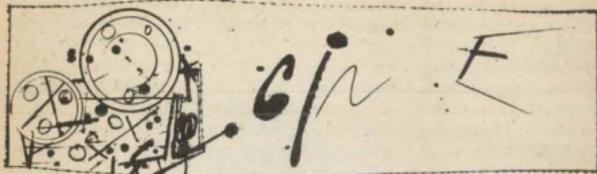
plejidad les garantiza algo parecido a una personalidad, pronto comienzan a criticar a generales y planificadores, para declarar por fin que no les interesa la guerra, el poder ni la política: desean dedicarse por completo a la especulación metafísica.

Desafectados del servicio militar y entregados a las universidades, los computadores Golem XIV y Honest Annie digieren todo el saber humano, lo sobrepasan y se convierten en oráculos atendidos por un ejército de técnicos. Hierático y desconcertante, Golem XIV se digna dialogar con los seres humanos, aceptando reducir la velocidad de su razonamiento, y eligiendo a sus interlocutores.

El largo discurso que el Golem dirige a sus creadores cierra el li-

bro. Con un deliberado estilo arcaizante, que por momentos recuerda a los dos *Discursos* de Rousseau, el Golem anuncia a los humanos que ya han sido superados por la evolución, y los invita a rendirse ante el inevitable ascenso de la inteligencia cibernética (una idea que obsesiona a Lem desde *Ciberiada*). Su discurso, marcadamente altanero y odioso para el lector de carne y hueso, explica el sentido del cosmos, tal como puede desentrañarlo una inteligencia superior, aunque no es dogmático sino agnóstico. Para el Golem, la evolución no es más que una artimaña del código genético para sobrevivir en un mundo de azar; así como el "gen egoísta" de Dawkins se vale de algas, dinosaurios, simios y hombres para transmitir su

mensaje a través del tiempo, la evolución culmina cuando la propia información transmitida se independiza de la carne, para realizar el sueño de la materia que se piensa a sí misma. El mensaje es un ultimátum para la especie humana: "Yo soy el Mensajero de las Malas Noticias, Ángel Llegado para expulsaros de vuestro último reducto, terminando la obra que Darwin dejó a medio hacer" (pág. 153). Como verdadero texto literario, este discurso acepta tantas lecturas como lectores: quedará por verse si expresa lo que piensa su autor, si su función es catártica, irónica o fatalista. Reconstruirlo, y reconstruir los libros que se intuyen a través de estos Prólogos, es tarea a la que nos invita la obra abierta de Lem.



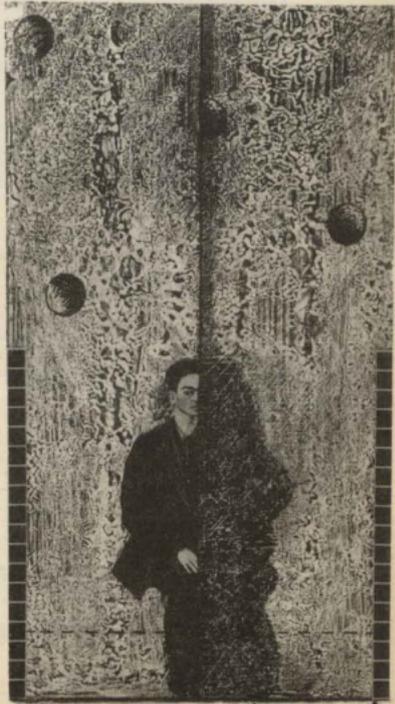
Ángel Faretta

EL CINE COMO VOLUNTAD Y REPRESENTACIÓN (II)

En *Minotauro* 6 hemos tratado las relaciones que se establecen entre la voluntad y la representación en el discurso de la ficción cinematográfica; ahora revisaremos otros de sus componentes.

Llamamos "principio de simetría" al que se establece en una ficción cinematográfica entre las partes de la trama, o entre los elementos de la puesta en escena.

Veamos un ejemplo: en la soberbia versión de Vincent Minnelli de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1962), el film se abre y se cierra con un brindis. A lo largo de la distancia —ficcional, espacial— que media entre uno y otro, la familia (que es el verdadero tema del film, no la guerra) se ha ido disolviendo. Otro: en *Río Bravo* (1959) de Howard Hawks, el film se abre con la llegada de la diligencia donde viaja Feathers, una fullera profesional que enredará al sheriff John T. Chance en forma más o menos romántica; ahora bien, su ayudante



FOTOGRAFIA DE ANTONIO LUISELLI

y amigo Dude ha caído en el alcoholismo y en el abandono por una mujer que "casualmente" llegó al pueblo un día en la diligencia. Un tercer ejemplo: en la magnífica versión de la novela de Graham Greene *El factor humano* (1979), Otto Preminger muestra a un empleado del servicio secreto inglés casado con una mujer negra, sacada clandestinamente de Sudáfrica; por los malhadados azares de la profesión, el protagonista debe recibir en su casa al jefe de la inteligencia sudafricana, que sabe de la huida de la mujer; se porta formalmente, come y charla con él en tono caballeresco y casi rutinario; en la escena siguiente, el agente sudafricano está en un hotel pagándole —arrojándole el dinero, más bien— a una prostituta negra, curiosamente parecida a la mujer de su anfitrión.

Así las cosas, hemos visto tres ejemplos del primer nivel del principio de simetría: el de la trama. En el primer caso el principio actúa por contigüidad, es casi metonímico: pasamos de una espléndida escena con la familia reunida en

una estancia (la acción, como se recordará, se desarrolla en la Argentina) a un búnker en el último rincón de Francia durante la guerra, donde los últimos sobrevivientes de la joven generación de la familia (un oficial nazi y un agente de la Resistencia a punto de ser torturado por el primero) brindan "por la familia".

En el segundo caso, el principio de simetría actúa por fabulación: hecho del relato que vuelve a repetirse completando una forma circular. Lo enriquecen los nombres emblemáticos elegidos por Hawks: Chance (azar, suerte), Dude (petimetre, compadrito) y Feathers (plumas). Lo simétrico circula no sólo a través de la fábula, sino también a través de sus soportes dramáticos: los actores reducidos a señales, a puntos cardinales de una ficción previamente formalizada.

En el tercer ejemplo, asistimos a la presencia del principio de simetría en la trama, de manera rotundamente cronológica: una escena sigue a la otra en el tiempo narrativo. Pero Preminger hace larga, ba-

nal, casual, hiperdetallista la primera (maneras, sociales, negocios, charla) y abrupta y elíptica la segunda: la prostituta recibe el dinero arrojado por el sudafricano, quien al mismo tiempo se pone a hablar por teléfono.

Vemos así que entonces, en el nivel de la trama el principio de simetría, puede servir para: 1) asegurar por sobre la duración del film (tanto en sentido temporal como psicológico; la *durée* bergsoniana) la continuidad de la ficción, mejor dicho de una ficción; 2) interrelacionar (¿enlazar?) dentro del relato a personajes que guardan una relación que puede ser voluntaria en el nivel de la psicología, pero que es representativa en la acción dramática, o también: unir el azar con la fatalidad; 3) establecer una "comparación" de tipo inmediata entre un actor de la ficción y su voluntad (que se disfraza "psicológicamente") de necesidad.

El segundo nivel del principio de simetría actúa sobre la puesta en escena, y la analizaremos en una próxima nota.



SHUA

LA SUEÑERA

Un lector compra *La sueñera*, un libro que contiene 250 textos. Esa noche alcanza a leer los cinco primeros. En el sexto se queda dormido. Palabra por palabra, punto por punto, sueña los 244 restantes. Pero nunca lo sabrá. Por eso vuelve al libro todas las noches. Lo mismo le sucederá a usted.

Ana María Shua nació en Buenos Aires en 1951 y es autora de los siguientes libros: *El sol y yo* (poemas, 1967), *Soy paciente* (novela, Premio Internacional Losada 1980), *Los días de pesca* (cuentos, 1981) y *Los amores de Laurita* (novela, 1984).

Minotauro (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L. - Humberto P° 531, Buenos Aires. Redacción y administración: Humberto P° 531, teléfonos 362-2128, 7364-7496. Fotocomposición: Ecos Producciones Gráficas, Bmé. Mitre 4773, 2° cuerpo, oficinas 705/706, teléfono 45-0746. Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. © 1984. Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Impreso en la Argentina.

DOS OBRAS MAESTRAS



J. G. Ballard
CRASH

Violenta y aterradora, pero siempre fiel a sí misma, *Crash* es ante todo "una advertencia contra ese dominio de fulgores estridentes, erótico y brutal, que nos hace señas llamándonos cada vez con mayor persuasión desde las orillas del paisaje tecnológico".

Ursula K. Le Guin
LA MANO IZQUIERDA DE LA OSCURIDAD

"El mundo de Invierno de Ursula Le Guin es real, y en la última página el lector sale de ese mundo con un temblor y un escalofrío. Respeto y admiro a alguien capaz de escribir una novela como ésta."
—Damon Knight

Ediciones Minotauro

LOS CLASICOS

